

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XII

1º DE JUNIO DE 1903

Nº 275

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



AGUADOR — Maracaibo. — Fotografía de H. J. Soto

RELACIONES EXTERIORES DE VENEZUELA

[CONTINUACIÓN]

Tercer período.—GOBIERNO DE LA OLIGARQUÍA

II. *Tratados con la Gran Bretaña.*—Convención de Londres (1834) para confirmar el tratado colombiano de 1825. La aprueba el Congreso de Venezuela (1835).—Proyecto de tratado sobre el tráfico de esclavos (1837). Le niega el Congreso su aprobación (1839).—Nuevo tratado sobre lo mismo, que el Congreso aprueba (1839).—Límites con la Guayana Británica. Gestiones del Gobierno de Colombia (1822). Dificultad de fijar los límites según los tratados entre España y Holanda y entre Holanda y la Gran Bretaña.—Exploración de Schomburgk (1834 y 1840).—Marcas de dominio británico en el territorio disputado. Reclama Venezuela, y se mandan quitar las marcas.—Negociaciones de Londres (1844). Frontera que propone Venezuela. Frontera que propone la Gran Bretaña. Línea de transacción.—Condiciones de la Gran Bretaña. Reparos y dilaciones.—Muere el ministro de Venezuela, y queda paralizado el negocio.—Comparación de los límites propuestos en 1844 con los que fija la sentencia arbitral de 1899.—Consecuencias de una imprevisión.



ONSTITUIDA Venezuela en Estado independiente, ¿qué suerte corrían los tratados concluidos por Colombia con varias potencias extranjeras? Largamente se discutió la cuestión en los congresos y en la prensa de 1834 á 1835, sosteniendo unos que Venezuela había quedado de hecho ligada por aquellos pactos, y alegando otros, cuya opinión prevaleció, que una vez verificada la transformación política de 1830 correspondía al congreso determinar las relaciones internacionales de la nueva República.

El tratado de Colombia con la Gran Bretaña (1825) fue materia especial de dicha discusión, así por la atención preferente que le prestó el Poder Ejecutivo enviando agentes diplomáticos á Londres con el fin de reconocerlo de nuevo, cuanto por la circunstancia de haberse concluido aquel tratado con el carácter de perpetuo, y además por establecerse en él una libertad recíproca de comercio que á muchos hombres de la época les parecía desventajosa desde luego que se refería á una nación insipiente como Venezuela que no podía igualarse con la potencia mercantil británica.

El general Mariano Montilla, plenipotenciario venezolano, y el vizconde Palmerston, ministro inglés de negocios extranjeros, firmaron en Londres á 29 de octubre de 1834 una convención en virtud de la cual, reconocida por la Gran Bretaña la independencia del Estado de Venezuela, quedaba adoptado y confirmado en todas sus partes el tratado colombiano de 1825. La cámara de representantes aprobó la convención especificando que la duración del tratado se limitaría á siete años; pero como no conviniese en ello el senado, la primera cámara volvió sobre sus pasos aceptando al fin el tratado sin modificación alguna. El decreto aprobatorio del congreso es del 31 de marzo de 1835, y se canjearon las ratificaciones en Caracas el 7 de agosto del propio año.

Otro tratado firmaron en Caracas, á 19 de mayo de 1837, el ministro de relaciones exteriores Santos Michelena y el encargado de negocios de la Gran Bretaña con el fin de cooperar á la completa extinción del tráfico de esclavos; pero le negó el congreso su aprobación (12 de febrero, 1839), considerando que dicho tráfico no existía ya por parte de Venezuela, cuyas leyes prohibían la introducción de nuevos esclavos, ni tenía la República marina con qué contribuir eficazmente á perseguir la trata en alta mar. Sin embargo, insistió en su propósito la Gran Bretaña hasta obtener que se fir-

mase en Caracas un nuevo tratado (15 de marzo de 1839) que negociaron el plenipotenciario venezolano José Santiago Rodríguez y el agente diplomático inglés. En él se dice que por tráfico de esclavos se entiende el que se hace con los negros extraídos de Africa para transportarlos á otros países como objetos de venta, y de ninguna manera el transporte de un punto á otro de la República de los esclavos existentes en ella, bien que se verifique con el objeto de venta, ó con algún otro no prohibido por sus leyes; y se fijan además las reglas que han de seguir los buques venezolanos é ingleses para oponerse á dicho tráfico en el mar. Tal tratado no lo explica sino el deseo de Venezuela de complacer al gobierno británico por haber reconocido su independencia, supuesto que, careciendo ella de marina y vedada por sus leyes la introducción de esclavos, no podía en realidad cooperar de modo alguno á que la trata de negros disminuyese ó se suprimiese en el mundo.

La mayor cuestión diplomática era por aquellos años atajar las entradas que los colonos de la Guayana Británica hacían en tierras que Venezuela consideraba suyas. Ya en el año de 1822 el gobierno de Colombia se ocupó en determinar los límites de la República por su parte oriental, y al efecto el ministro de relaciones exteriores, Pedro Gual, dió instrucciones á su agente en Londres, José Rafael Revenga, para hacer representaciones á la Gran Bretaña acerca de la ocupación por sus colonos de Guayana de terrenos situados á la margen izquierda del río Esequibo. «Los colonos de Demerara y Berbice, decía el ministro, tienen usurpada una gran porción de tierra que según los últimos tratados entre España y Holanda nos pertenece, del lado del río Esequibo. Es absolutamente indispensable que dichos colonos ó se pongan bajo la protección y obediencia de nuestras leyes, ó se retiren á sus antiguas posesiones.» No podía, empero, obtenerse entonces resultado alguno, porque el gobierno británico no había aún reconocido la independencia de Colombia.

Cuando se firmó el tratado de amistad y comercio de 1825 se dejó pendiente la controversia sobre límites, que por tantos años iba á llenar muchas páginas de la historia diplomática de Venezuela; y separada ésta de la unión colombiana, no tardó en revivirse la cuestión con motivo de los pasos que dió la Gran Bretaña para apoderarse de por sí de gran parte del territorio disputado.

Fue harto difícil al principio formarse idea exacta de los derechos de cada cual. El tratado de Münster (1648) por el que España y Holanda se reconocieron la posesión de sus respectivos dominios en las Indias Occidentales, y el tratado entre Holanda y la Gran Bretaña (1814) por el cual cedió aquella á ésta sus establecimientos de Demerara, Esequibo y Berbice, no fijaron límites claros, ni podían fijarlos porque esos territorios no habían sido explorados en su totalidad por viajeros fidedignos, ni existían poblaciones de europeos en las vecindades de la frontera. No era pues posible averiguar las respectivas soberanías sin nuevas exploraciones especiales y sin el indispensable estudio de los archivos españoles y holandeses.

En 1834, la Real Sociedad Geográfica de Londres confió al viajero prusiano Roberto H. Schomburgk una exploración de la Guayana Británica, y vuelto el viajero á Londres después de emplear varios años en aquellas regiones, el gobierno del rey le nombró su comisionado en 1840 para reconocer los límites de las mismas. En cumplimiento de su comisión puso Schomburgk postes y otras marcas de dominio desde Barima por los ríos Amacuro y Cuyuni has-

ta la montaña Roraima, con lo que quedaba Venezuela despojada de más de la mitad del territorio que reclamaba como suyo. Hizo nuestro gobierno enérgicas representaciones por medio del enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Londres, Alejo Fortique, y gracias al tino y habilidad con que éste se condujo, se logró que el gobierno británico declarase que los linderos plantados por Schomburgk, antes que signos de dominio eran solamente un medio tangible para prepararse á discutir la cuestión de límites, y ofreció mandarlos quitar.

A pesar de todo, la Gran Bretaña opuso obstáculos y dificultades para ajustar en seguida un tratado, y sólo en 1844 (31 de enero) pudo el ministro Fortique abrir formalmente la negociación proponiendo como línea divisoria el curso del río Esequibo y apoyando la propuesta con todos los documentos y razones que Venezuela creía con eluyentes. A esto contestó el ministro británico, Lord Aberdeen, proponiendo á su turno otra línea divisoria que desde la boca del Moroco fuese directamente á la unión del río Barama con el río Guaima, de allí por el Barama aguas arriba hasta el Aunama, por el Aunama aguas arriba hasta el punto en que esta corriente se acerca más al Acarabisi, y de allí por el Acarabisi aguas abajo hasta su confluencia con el Cuyuni, punto desde el cual seguiría la margen del Cuyuni aguas arriba hasta llegar á las tierras altas en las cercanías del Monte Roraima, donde se dividen las aguas afluentes del Esequibo de las que fluyen al Río Branco.

No aceptada por la Gran Bretaña la línea que propuso Fortique, ni por éste y su gobierno la propuesta por Lord Aberdeen, resolvió el gabinete de Caracas presentar otra línea de transacción, que partiendo siempre de la boca del Moroco fuese hasta el cerro de Imataca, y de allí directamente por el meridiano de dicho punto atravesando el Cuyuni hasta la sierra Pacaraima que divide las aguas afluentes al Esequibo y al Río Branco.

Entre la línea de Lord Aberdeen y la última de Venezuela no era tal la diferencia que los diplomáticos encargados de discutir las no pudiesen llegar á un avenimiento equitativo, sobre todo cuando se piensa que aquellos territorios eran entonces insuficientemente conocidos, apenas poblados por unas miserables tribus indias, y que Venezuela lograba, con cualquiera de las dos líneas, asegurar en la costa más de la mitad de la extensión disputada é impedir para siempre, una vez firmado el tratado, que los colonos de Demerara usurpasen algunas tierras del interior cuando allí se descubriesen minas de oro. Por desgracia, el gobierno venezolano creyó prudente poner trabas, con inútiles dilaciones y advertencias superfluas, á la negociación que seguía en Londres nuestro hábil y sagaz ministro.

Ya se ha visto que la línea de Lord Aberdeen, á distinción de la de Schomburgk, reconocía á Venezuela toda la costa comprendida entre la boca del Orinoco y la del Moroco; y para encontrar un equivalente, por decirlo así teórico, á este paso atrás en sus pretensiones, las cuales iban antes hasta las aguas mismas del gran río, añadió el ministro inglés que el territorio situado entre la línea propuesta por él y el río Amacuro y la cordillera de donde éste baja, la Gran Bretaña lo cedería á Venezuela bajo la condición de que el gobierno venezolano se comprometiese á no enajenar en ningún tiempo porción alguna de él á una potencia extranjera, y también á proteger contra todo daño y opresión á las tribus indias residentes dentro del mismo territorio.

Tales condiciones no comprometían en na-



ROMA : Palacio de la Exposición de Bellas Artes — Calle Nacional

da el derecho de soberanía de la República. Es verdad que el artículo 87 de la constitución señalaba entre las atribuciones del congreso la de «decretar la enajenación, adquisición ó cambio de territorio»; pero había de entenderse esto respecto del territorio legítimamente ocupado, no en disputa, y reconocido por todo el mundo como parte integrante de la nación. La otra condición, á favor de los indios, lejos de ser inaceptable podía considerarse antes bien como superflua y venía á confirmar la legislación nacional, porque los indios, desde los comienzos de la República, fueron igualados ante la ley con los demás ciudadanos. Sin embargo, el gobierno creyó que las condiciones eran depresivas de la soberanía, y fue preciso que el ministro Fortique representase repetidas veces desde Londres cuánta era la urgencia de aprovechar aquella ocasión favorable, para que al fin el consejo de gobierno y el Presidente de la República conviniessen en aceptarlas, si bien dándole á la cláusula de no enajenar el carácter de reciprocidad, y modificando la relativa á los indios en el sentido de que ni Venezuela ni la Gran Bretaña hiciesen nada para inducirlos á trasmigrar del un territorio al otro.

Cuando esto se resolvía en Caracas, túvose noticia de la muerte repentina de Fortique, y como no se proveyese en seguida la vacante de la Legación, quedó paralizado por largo tiempo el curso de las negociaciones. Al célebre historiador Rafael María Baralt, nombrado Secretario de Fortique con el encargo especial de acompa-

ñarle en el estudio de los archivos españoles para la busca de documentos á favor de Venezuela, se le había retirado el nombramiento con el fútil pretexto de ahorrar los doscientos pesos que recibía de sueldo, y el gobierno perdió así la ocasión, á la muerte del ministro, de sustituirle con un hombre de altísimas prendas intelectuales y ya muy versado en la cuestión, el cual habría rematado fácilmente el negocio y evitado á la República los enojosos conflictos y los incidentes de la derrota final que reseñaremos á su tiempo. (1) Baste apuntar aquí, que al reanudarse las negociaciones años después, y hasta que se firmó en Washington el tratado de arbitraje de 1897, Venezuela volvió á su pretensión, realmente insostenible, de fijar el límite en el Esequibo, y que el fallo arbitral de París (3 de octubre de 1899) cortó la cuestión señalando una frontera mucho más desventajosa que la propuesta por la misma Gran Bretaña en 1844, realizándose así la clara previsión de Fortique, quien llegó á decir que de no ajustarse entonces el tratado no tardaría la Gran Bre-

(1) Probablemente cuando volvamos á este asunto el autor podrá contar con el permiso de la cancillería de Caracas [que aún no ha solicitado] para referirse á los textos inéditos, en vez de apoyarse, como lo hace ahora, en los solos documentos publicados; y entonces podrán verse por la correspondencia confidencial de Fortique y las actas del consejo de gobierno los varios incidentes de un litigio que servirá siempre de ejemplo interesante y de útil enseñanza.

taña en llevar su reclamo hasta las bocas mismas ó hasta los ríos afluentes del Orinoco. Esto sucedió, y el tribunal arbitral de París fijó la frontera del modo siguiente. Desde la Punta Playa, en la costa (nótese la distancia de este punto á la boca del Moroco que proponía Lord Aberdeen), corre la frontera por línea recta hasta la confluencia del río Barima con el río Mururuma, y continúa por las aguas de éste hasta su fuente: de aquí á la unión del río Haiowa con el Amacuro, y sigue por el cauce del Amacuro hasta su origen en la sierra Imataca: de aquí al Sudoeste por las cumbres más altas del espolón de la sierra Imataca hasta el punto más elevado de la cordillera principal de dicha sierra fronterero al nacimiento del Barima: de este punto por la cima de dicha cordillera, al Sudeste, hasta donde nace el Acarabisi, y por la vaguada de éste hasta el Cuyuni: de aquí por la margen setentrional del Cuyuni, al Oeste, hasta su confluencia con el Weuamu, y sube por el curso del Weuamu hasta su fuente más occidental: de aquí en línea recta á la cumbre del monte Roraima, y continúa hasta la fuente del Cotinga: por la corriente de este río hasta su unión con el Takutu, y por el cauce de éste hasta su origen: de aquí en línea recta al punto más occidental de la sierra Akarai, y por la cima de esta sierra hasta la fuente del Corentín llamado río Cutari.

Declara además el fallo de París que en tiempo de paz los ríos Amacuro y Barima

quedarán abiertos á la navegación de los buques mercantes de todas las naciones, «salvo, dice la versión oficial, todo justo reglamento y el pago de derechos de furo ú otros análogos, á condición que los derechos exigidos por la República de Venezuela y por el gobierno de la colonia de la Guayana Británica con respecto del tránsito de buques por las partes de dichos ríos que respectivamente les pertenecen, se fijen á la misma tasa para los buques de Venezuela y los de la Gran Bretaña, la cual no excederá á la que se exija de cualquiera otra nación. Queda también entendido que ningún derecho de aduana podrá ser exigido, ya por la República de Venezuela, ya por la colonia de la Guayana Británica, con respecto de mercaderías trasbordadas en los buques, navíos ó botes pasando (sic) por dichos ríos; pero los derechos de aduana serán exigibles solamente con respecto de las mercaderías desembarcadas respectivamente en el territorio de Venezuela y en el de la Gran Bretaña.»

Fue preocupación constante de Fortique alejar la frontera de las bocas del Orinoco, lo cual se obtenía aceptando la del Moroco, y evitar así un peligro que ya habían señalado los exploradores. Humboldt escribía, en efecto: «La seguridad política de las provincias unidas de Caracas y de Nueva Granada depende íntimamente de la defensa de las bocas del Orinoco..... Esta importancia militar la previó, hace más de dos siglos, el célebre Raleigh. En el relato de su primera expedición (2) habla frecuentemente de la facilidad que tendría la reina Isabel de conquistar 'por el curso del Orinoco y por los innumerables ríos que en él desaguan', gran parte de las colonias españolas. (3).....»

Viendo ahora clavado en Punta Playa el pabellón británico, y observando que los ríos Barima y Amacuro, por donde pasa libremente el mismo pabellón, desaguan en la boca grande del Orinoco, resulta en toda su magnitud el error cometido en 1844.

III. *Tratado y convenio con España.*—Gestiones del ministro Montilla (1834).—Misión diplomática de Soublette (1835).—Tratado de Madrid (1845). Reconoce España la independencia de Venezuela. Reconoce ésta la deuda de tesorería del gobierno de la Colonia.—Convenio para el arreglo de la deuda. (1846.)

Si para discutir las cuestiones de límites tuvo Venezuela dos diplomáticos expertos, Michelena y Fortique, cuyas gestiones habrían asegurado el más favorable resultado, sin los reparos del congreso en el un caso y las inconsideradas dilaciones del consejo de gobierno en el otro, para los negocios de España halló también agentes avisados y hábiles en Mariano Montilla, Carlos Soublette, el mismo Fortique y Fermín Toro.

Cuando Montilla fué de ministro á Londres en 1834, llevó credenciales para negociar un tratado de paz con España, solicitando para ello la mediación ó buenos oficios de la Gran Bretaña y de Francia; pero habiendo la cámara de representantes negado los fondos necesarios para mantener la Legación en Europa, tuvo que regresar Montilla á Caracas en los fines del propio año.

Envió entonces el Ejecutivo con igual misión al general Carlos Soublette, quien empezó á tratar el negocio en Madrid por el mes de abril de 1835. Pretendía España que Venezuela se comprometiera á resarcir los perjuicios que los súbditos españoles hubiesen sufrido en sus propiedades por consecuencia de la revolución de la Independencia. A lo que replicó Soublette, que en el curso de la guerra habían sufrido los

mismos daños tanto los venezolanos cuanto los españoles, y que Venezuela desde 1830 había abolido las confiscaciones y mandado devolver los bienes secuestrados que aún no habían sido confiscados, de suerte que el mismo derecho que tendría España al resarcimiento de perjuicios por actos de los gobiernos americanos lo tendrían éstos por actos análogos del gobierno español mientras duraron las hostilidades. Insistió España en la indemnización, y en que Venezuela reconociera además las deudas contraídas sobre el erario por las autoridades que representaban á la metrópoli hasta que dejaron de gobernar la colonia. Así las cosas, Soublette se vió obligado á interrumpir su misión diplomática para encargarse del Poder Ejecutivo en su calidad de Vicepresidente por haber renunciado Vargas la Presidencia.

Las negociaciones las continuó Alejo Fortique en años posteriores hasta firmar el tratado de Madrid (30 de marzo de 1845). Por él reconoce España la independencia de Venezuela, y ésta acepta «como deuda nacional consolidable la suma á que ascienda la deuda de tesorería del gobierno español que conste registrada en los libros de cuenta y razón de las tesorerías de la antigua Capitanía General, ó que resulte por otro medio legítimo y equivalente.» Los bienes de cualquiera especie, pertenecientes á venezolanos ó á españoles, secuestrados ó confiscados con motivo de la guerra, y que se hallen todavía en poder ó á disposición de uno de los dos gobiernos, han de restituirse á sus antiguos dueños, herederos ó representantes, sin derecho á reclamar nada por productos de dichos bienes después del secuestro ó confiscación. A los dueños de los bienes secuestrados ó confiscados y de que hubiere dispuesto el gobierno venezolano, se les acuerda la competente indemnización, que se hará ó en papel de la deuda consolidable de la República de tres por ciento, ó en tierras del Estado, á elección de los acreedores. Estipúlase también (art. 13) que los españoles que habían adoptado la nacionalidad venezolana puedan volver á tomar la suya primitiva en el término de un año contado desde el cauje de las ratificaciones (1).

A 7 de agosto de 1846, el nuevo ministro venezolano Fermín Toro firmó en Madrid un convenio relativo á la deuda de tesorería reconocida por Venezuela en el artículo 5º del tratado del año anterior. La fecha hasta la cual se reconocía dicha deuda se estipuló que fuese el 5 de julio de 1811. Cuando por pérdida ó extravío de los libros de tesorería de la Capitanía General no constase alguna partida en las oficinas de la República, ésta reconocería la que constase en los libros de las oficinas de hacienda de España. Y para evitar complicaciones, fraudes ó abusos en esta materia, se dijo por último que Venezuela no admitiría en comprobación de reclamaciones la prueba de testigos ni la de certificaciones.

Así quedó sellada la amistad de la nueva República con la antigua metrópoli, y borrados los recuerdos ingratos de la guerra. Odios no existían, y en todo caso no era posible que durasen entre gente de la misma raza, y hasta del mismo abolengo, porque en la Independencia no hubo un solo hombre notable de pura sangre india y antes bien los que fundaron la patria eran descendientes de los conquistadores. Es de lamentarse, sin embargo, que España retardara por tantos años y con pretextos nada justificados el reconocimiento de la Independencia, y ello á pesar de las leyes generosas de Venezuela para los españoles y su comercio. En 1830 se dero-

garon las leyes colombianas de 1821 y 1824 sobre confiscación de los bienes, acciones y derechos de los súbditos del rey. En 1831 se declaró insubsistente la circular de Bolívar fecha á 9 de agosto de 1828 que prohibió á los españoles contraer matrimonio en Colombia mientras durase el estado de guerra. Por decreto de 1832 se les permitió la libre entrada en el territorio de Venezuela, para establecerse ó negociar en él, y por decretos de 1837 y 1838 se concedieron amplias franquicias en los puertos á los buques y productos españoles.

Sólo á un error político de los gobiernos de la Península, desde 1830, ha de atribuirse el lento progreso de sus relaciones mercantiles con Venezuela, y puede decirse que con la totalidad de las Indias Occidentales. Unidas las Repúblicas del Centro y Sur de América á su madre patria por la lengua, la sangre, las costumbres y la historia, España tenía en ellas abierto inmenso campo para rehacer su prosperidad estableciendo allí los naturales mercados de sus productos y manufacturas. No lo vió España, por aberración ó falso cálculo, y las nuevas nacionalidades buscaron en otros países europeos los elementos de su desarrollo mercantil y económico, y aun la fuerza iniciativa de su cultura intelectual.

II. *Reclamaciones extranjeras.*—Las de los Estados Unidos en 1836. Discusión de principios. Argumentos pro y contra la responsabilidad del Estado. El derecho internacional teórico y práctico.

Quedaría incompleta esta reseña de los asuntos internacionales de Venezuela en el período que nos ocupa si no mencionásemos la discusión que mantuvo el ministerio de relaciones exteriores con la Legación de los Estados Unidos á consecuencia de actos atribuidos á las tropas revolucionarias que ocuparon á Puerto Cabello en los últimos meses de 1835 y primeros de 1836. Las opuestas teorías que se defendieron entonces, los argumentos que se adujeron pro y contra la responsabilidad del Estado, y las circunstancias mismas que dieron lugar á las representaciones americanas, merecen una somera revista, así para esclarecer un precedente histórico como para señalar el origen de la tradición de principios que la República no ha abandonado nunca en las innumerables controversias y conflictos suscitados por las reclamaciones de extranjeros. A reserva de tratar á su tiempo del proceso y arreglo de cada cuestión, hé aquí cómo se discutió el punto en 1836.

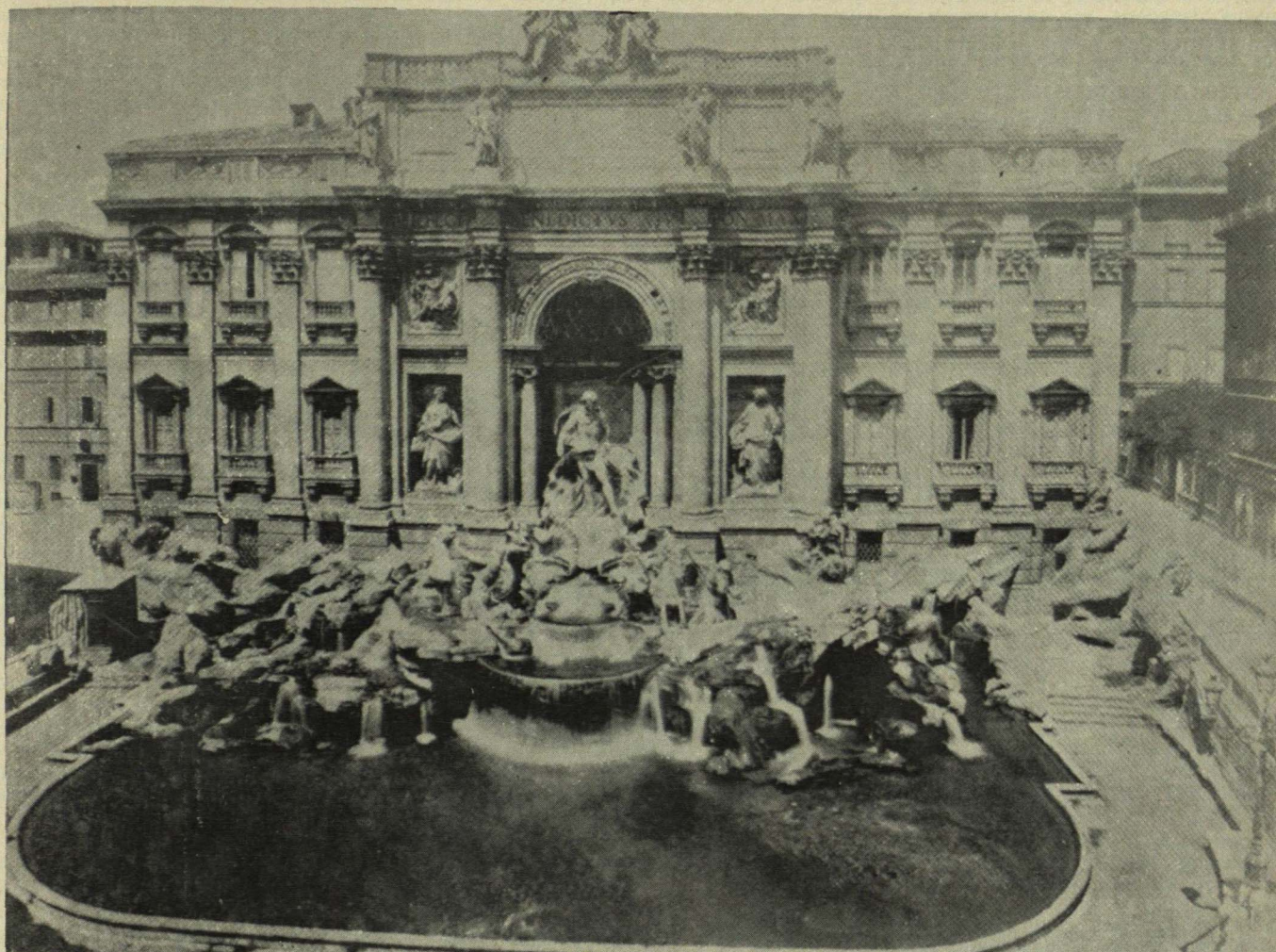
En el mes de febrero, la Legación americana avisa que ha recibido plenos poderes de su gobierno para entrar en negociaciones con el de Venezuela en lo referente á reclamaciones, é insinúa como medio práctico que Venezuela nombre un comisionado ó comisionados que con la Legación examinen el asunto hasta ponerlo á la sanción de los respectivos gobiernos. A esto responde el ministro de hacienda y relaciones exteriores (éramo José Eusebio Gallegos), excitando al encargado de negocios americano á exponer por escrito la naturaleza y fundamentos de las reclamaciones y la cuenta de cada una, con mención de los documentos que las justifiquen. «Para este modo de proceder, agrega el ministro, no se necesita que el Presidente confiera poderes á un comisionado *ad hoc*, porque según la organización de nuestro gobierno, el secretario de hacienda y relaciones exteriores tiene por la naturaleza de sus funciones la suficiente legitimidad para ser el órgano de las resoluciones del Presidente en materia de créditos contra el tesoro de la República.»

El 6 de abril, la Legación presenta unas copias de documentos que demuestran que ciertas mercaderías pertenecientes á ciudadanos americanos habían sido apropiadas por la facción de Puerto Cabello: que de una parte de las mercaderías habían dispu-

(2) *The discovery of the Empire of Guiana*, Londres, 1596.

(3) Humboldt, *Voyage*, t. VIII, p. 371.

(4) Este plazo se prorrogó por ocho meses más. Decreto de 10 de abril de 1848.



ROMA: Fuente de Trevi

to las fuerzas del gobierno después de rendida la plaza; y que la aduana de dicho puerto reclamaba á otro ciudadano americano los derechos de importación sobre una cantidad de harina que los revolucionarios tomaron también sin pagar.

Cuanto á los efectos consumidos por las autoridades legítimas no podía haber discusión, y el gobierno ordenó en seguida la liquidación correspondiente. No así de lo demás, porque el gobierno se negó categóricamente á resarcir los perjuicios de nacionales y extranjeros por actos arbitrarios de los facciosos. Lo mismo los nacionales que los extranjeros, dijo el ministro, tenían el derecho de reclamar ante los tribunales para que se les indemnizase con los bienes de los insurrectos, de igual modo que el gobierno se preparaba á hacerlo por las propiedades nacionales que éstos consumieron; y añadió que la revolución de 1835, "como todas las que suceden en cualquier país del mundo, fue una calamidad que á la vez hizo sufrir al gobierno, á los venezolanos y á los extranjeros, los cuales por los tratados vigentes no tienen en el país más seguridades en su persona y bienes que las que á los venezolanos conceden la constitución y las leyes de la República."

Replica la Legación americana, que los extranjeros no pueden entrar á averiguar en un momento dado quién es el gobierno legítimo y cuál no, y han de contentarse con reconocer al gobierno de hecho: que, á la sombra de un tratado público que les garantiza la protección de su persona y bie-

nes, conservan el derecho de reclamar por todos los agravios que sufran. Hácese la autoridad actual de cualquier modo, ó gobierno, ó facción, ó revolución: que los daños causados por los gobernantes usurpadores fueron siempre resarcidos por los soberanos legítimos, tales los reyes de Francia después de la dominación de Napoleón y los de Nápoles después de la de Murat: que si el gobierno puede negar á los nacionales el derecho de presentarle reclamos por sus pérdidas en las contiendas civiles, no sucede lo mismo en enanto á los extranjeros que, en el caso especial de los americanos y en virtud de un tratado, tienen el recurso de apelar á la intervención de su propio gobierno: que la Revolución de las Reformas llegó á establecerse como gobierno, aunque fuese por pocos días en la capital y por unos meses en parte de las provincias y en la plaza de Puerto Cabello (5): que los extranjeros, neutrales en las contiendas civiles, conservan su carácter cualesquiera que sean las personas á que pase el poder público y cualquiera el tiempo que lo ejerzan de hecho ó de derecho: que si bien el congreso venezolano declaró que los bienes de los facciosos respondían por los daños causados, resulta que la mayor parte de los facciosos nada tienen, y los que poseen alguna propiedad se apresuraron ya á librarla de reclamos acogidos á los arbitrios que les permiten las mismas leyes territoriales; de

(5) La revolución dominó en Caracas veinte días, y seis meses y medio en Puerto Cabello.

suerte que la resolución del congreso es inaplicable, tanto más cuanto el mismo congreso y el Presidente indultaron á muchos de los facciosos, y no les queda por consiguiente á los extranjeros otro recurso sino reclamar del Estado.

El ministro venezolano arguye finalmente las siguientes razones. Sólo representa á la nación y compromete al Estado aquel gobierno que, por la voluntad nacional "explícitamente manifestada ó implícitamente consentida, llega á ser obedecido sin contradicción por la generalidad de los individuos que componen la nación," y de ahí que los reyes legítimos de Francia y de Nápoles se hicieran responsables de los actos de los anteriores gobiernos que, siquiera temporalmente, tuvieron el carácter de nacionales. Los partidos revolucionarios que no llegan á establecer un gobierno podrán comprometer la responsabilidad de las personas que á ellos pertenecen; nunca la de la nación. Los insurrectos del 8 de julio de 1835 no dominaron en la capital más de veinte días, y establecido en ella el gobierno constitucional (28 de julio), fueron perdiendo rápidamente terreno en las provincias hasta quedar reducidos á la plaza y castillo de Puerto Cabello. De los actos que cometieron son ellos los únicos responsables; y al efecto el gobierno se apresuró á embargar los bienes conocidos de los jefes facciosos para que los tribunales procediesen á los debidos resarcimientos.....

Este duelo de opiniones contrapuestas, este diálogo en que ninguna de las partes cede

un ápice de las razones que le asisten, va á repetirse en la historia de la República con la misma frecuencia que las revoluciones. Unas veces, harán valer los representantes de las grandes potencias el supremo argumento de la fuerza, y otras veces se someterá por fin la República á permitir,—si bien protestando siempre,—que los extranjeros se sustraigan de hecho á las leyes territoriales en materia de reclamaciones, y á que terminen éstas ó por arreglos diplomáticos ó por arbitramientos especiales.

Realmente el derecho internacional, aunque el mismo en teoría para todos los Estados soberanos, tendió en la práctica durante el siglo XIX á formar varios cuerpos de reglas. Las grandes potencias europeas y los Estados Unidos respetan entre sí un derecho internacional determinado: aplican otro en sus relaciones con las potencias asiáticas: otro, que equivale al derecho de conquista, cuando tratan con los aborígenes de África: otro, finalmente, mezcla de doctrinas de equidad y de procedimientos brutales, en sus diferencias y conflictos con las Repúblicas de origen español.

Procuraremos averiguar en el curso del presente estudio cómo han evolucionado la idea y la práctica de la justicia internacional, y qué rumbos sigue y con qué obstáculos tropieza la aspiración de la conciencia pública á sustituir con el derecho la fuerza, y con los arbitrios de la paz el recurso salvaje de la guerra.

GIL FORTOUL.

M. JEAN FINOT

DIRECTOR DE «LA REVUE»

(ANTIGUA «REVUE DES REVUES»)

A continuación de estas líneas publicamos la traducción de un artículo de M. Jean Finot, cuyo mérito é importancia sabrán apreciar debidamente nuestros abonados.

La prensa de París, tanto la cotidiana, como la gran prensa hebdomadaria ó quincenal, que tiene voto de nota y lleva la voz alta en los grandes asuntos que interesan al mundo ilustrado europeo, en política y en diplomacia, en las ciencias, las letras y las artes, viene preocupándose hace algún tiempo de la vida, situación, asuntos y porvenir de los pueblos americanos de origen latino; interés que fijó por algunos días el asunto internacional venezolano.

Y entre los notables conductores de esa prensa, ha conquistado un puesto distinguido y un merecido renombre M. Jean Finot, cuya efigie reproducimos en el presente número.

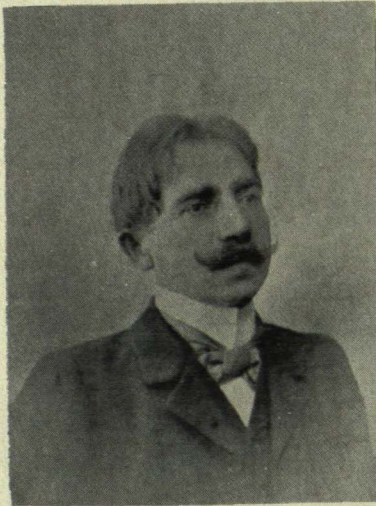
M. Finot es el actual Director-Redactor en Jefe de *La Revue*, publicación quincenal de la casa editora F. Juven y que, siendo la antigua *Revue des Revues*, adoptó el nombre que hoy tiene, cuando *La Contemporaine*, que salía de los mismos talleres, se refundió en aquella.

La brillantez, el acierto, la competencia y la consagración de M. Finot han hecho de su publicación una de las más importantes é interesantes de las grandes revistas francesas, hasta haber llegado á ser la única rival de la afamada *Revue des Deux-Mondes*.

La Revue nutre siempre sus páginas (regularmente 130) con estudios notables de los más renombrados escritores, hombres de letras, de ciencia y de arte de la Europa, tales como: Albalat, Albanel, Bérenger, Boucher, de Busnes, Briean, Bruneau, doctor Cabanès, Caye, Dornis, Dumoulin, Fagué, Ferrero, Ferriani, Flammarión, Lagrange, Leblond, Lolié, Lombroso, ambos Margueritte, Maclair, Max Nordau, Mélinand, Müntz, de Norvins, Pélissier, Prévost, Sully Prudhomme, Réclus, Mme. Rémusat, doctor Regnault, Retté, de Ricard, J. H. Rosny, doctor Romme, Mme. Schimacher, Simond, Strauss, Tolstoy, de Varigny, etc., etc.

Y entre todos ellos, dedica igual aptitud y bella voluntad M. Jean Finot, al estudio é ilustración de cuestiones políticas y sociales, ciencias y psicología, crítica literaria, histórica y científica.

Así, es justo que rindamos un homenaje de laborantes del progreso y la cultura á este hombre de voluntad, de trabajo y de inteligencia; y sea esta la oportunidad de protestar nuestro reconocimiento al señor Director de *La Revue* por las honrosas menciones que de la nuestra y de nuestra labor ha hecho alguna vez en la sección de análisis periódico de su notable publicación.



DESPUÉS DE DOCE AÑOS (1)

(TRADUCCIÓN DE "EL COJO ILUSTRADO")

Desde 1829 había comprobado Lamennais, que ya no se leían obras de grande aliento, tal así como si el humano espíritu se sintiera cansado de sí mismo. Y si esto,—con visos de cierta verdad se escribió entonces,—¿qué diríamos hoy de esta humanidad de nuestros días, envejecida ya en más de medio siglo?... La vertiginosa evolución que arrastra el mundo, es decir, al hombre, hácelo cada vez más inconsistente y febricitante. Andando, siempre andando es como escucha el hombre de nuestro tiempo; y por de contado que sólo ha de querer pensamientos claros, estudios breves y una forma precisa. Sobre tal concepto, nuestro periódico tendía, ante todo, á romper el idolo antiguo de estudios interminables que dejaban en pos de sí más sinsabores, que provecho y adelantos; y esto mismo que fue en los principios como una pequeña revolución operada en el campo de las revistas, ha venido á ser después un movimiento de carácter casi absolutamente general.

Considerado desde este punto de vista, es decir, como una recapitulación de los

(1) *La Revista* publicará próximamente un *Índice analítico* que encierra el período trascurrido desde su fundación hasta fines del año de 1902.—Este Índice ó Tabla de materias, redactada por nuestro amigo y colaborador el señor Carlos Simond de una manera tan metódica como concienzuda, corresponderá, al fin, á las exigencias formuladas hace ya muchos años por una gran porción de nuestros lectores.

Precederá al *Índice* un prefacio en que el autor se esmera en dar algunas indicaciones sobre el pasado y las tendencias de *La Revista*;—y nosotros, en la esperanza de que puedan interesar á la gran mayoría de lectores que nos hacen el honor de acompañarnos, tenemos el gusto de reproducirlas en estas páginas.

[N. del A.]

esfuerzos de tantos años y de un método de trabajo poco usado, este *Índice analítico* se presenta como una obra de significación. La divisa de: *Pocas palabras y muchas ideas*, que en mi concepto debía guiar á todos nuestros colaboradores, salió victoriosa de la prueba decisiva, mostrando cómo, (gracias á la economía de voces y al mérito de pensamientos muy meditados), puede condensarse, y hasta ponerse en circulación en el hacedizo de una revista, muchos hechos, ideas muchas, sensaciones y enseñanzas.

¿Qué diremos, finalmente, de la riqueza de una obra que cuenta tras de sí, doce años de perseverante trabajo?

Pero, seamos exactos.

Ese período de existencia *formal*, se reduce, en verdad, á diez años, á lo sumo, sin que exageremos con estas cifras la cantidad señalada.

En los momentos en que el firmante de estas páginas tuvo el honor de tomar á su cargo la dirección de nuestro periódico, hallábase éste á punto de sucumbir. Fundado en julio de 1890, había podido llegar á fines de 1891 habiendo sacado á luz pública unos quince números, más ó menos, y sin que nunca contara arriba de 47 suscritores. (2) Los lectores que le hicieron séquito á su salida y estremo, tan luego como satisficieron la deuda que siempre se paga á la curiosidad al aparecer un nuevo órgano de manifestación intelectual, apresuráronse á abandonarla; y para los comienzos del año de 1902, el número de abonados había caído al infimo punto de.....23!

Es indiscutible que el orador que se viera condenado á hablar delante de unos asientos vacíos, perdería mucho de su presencia de ánimo y elocuencia; pero el escritor, por fortuna, no es así. Consuélese éste al pensar que sus renglones impresos sobrevivirán á la indiferencia pasajera, y encontrarán en no lejano día, lectores,—si no convencidos,—por lo menos que sepan agradecer. Animado con esta esperanza, el director de la *Revista de Revistas* llegó á multiplicarse por muchos;—siendo hoy motivo de un enternecimiento que sería pueril querer disfrazar ó ocultar, recordarnos de aquellos nuestros primeros años de labor incansable en el periódico.

Las funciones de director, de colaborador, de corrector, administrador y aun de repartidor de la *Revista*, se centralizaban entonces en la misma persona. Cierta es que,—para no fatigar á los lectores,—el escritor tenía á sus órdenes una docena de seudónimos, sin contar con que el público, si por demás benévolo, era asimismo muy escaso, y tal circunstancia hacía la distribución del periódico en extremo fácil y cómoda.

Para 1892 contribuyó á sacarnos de nuestro retiro, un retumbante artículo publicado por *Le Temps*. Comentó un estudio de psicología comparada, intitulado: *Rusos y Alemanes* que acabáramos de dar á la luz; é hizo lo con un interés tan comunicativo, y supo exaltar de tal modo los méritos del desconocido escritor que entre las iniciales J. F. velaba su nombre, que, de súbito, la *Revista* de

(2) En aquella época, la *Revista de Revistas* debía salir una vez al mes; pero hacíalo de una manera absolutamente irregular. Por otra parte, su texto no constaba más que de artículos republicados en Francia, y nada más.



ROMA: Plaza del Quirinal, con vista de San Pedro

Revistas llamó así la atención simpática de las prensas nacional y extranjera.

La desconfianza del público respecto al título de nuestro periódico, comenzó para aquellos días á disiparse. También es cierto que ha sido preciso rendirse á la evidencia. Nosotros no habíamos salvado del desastre,—en que poco faltó para que se hundiera nuestra publicación,—sino el título: *Revista de Revistas*, y un tintero adornado con un soberbio busto de Gambetta, que, en nuestro uso personal parecía glorificar la tenacidad del esfuerzo. En tanto, sucedíanse los abonados; y, oh! milagro, para seguir con nosotros, han elegido la senda encantadora de la progresión ideal y desinteresada.

Pues hay que consignar el rasgo característico que ha distinguido en toda época á nuestra *Revista*: haber crecido por su propia vitalidad. Todo el vuelo de su evolución, débelo á su propia savia, y á la fuerza que allegaron las razones mismas de su existencia. La enseñanza general que de aquí se desprende, merece, no cabe duda, estimarse y señalarse, puesto que, á pesar, y á las veces, no sólo á pesar sino contra la organización capitalista que se hace valer en medio de la balumba de publicaciones periódicas y hojas volantes, hay siempre un puésito para el esfuerzo constante del pensamiento, aun cuando éste se halle privado del poderoso apoyo del dinero.

Los 23 suscritores de 1892, subieron en 1893 á 1.300; en 1894, á 2.200; en 1895, á 3.900; en 1896, á 5.200; en 1897, á 6.800, y así sucesivamente. Demás es decir, que, con su creciente prosperidad, la *Re-*

vista de Revistas aumentaba su forma ó dimensión. Varios escritores de mucho talento y hombres de sentimientos abnegados, comenzaron á agruparse en torno de ella, entre los cuales distinguimos á nuestro inolvidable amigo Jorge Lefèvre, quien, por más de seis años, y hasta el de su muerte, acaecida en 1900, no dejó nunca de consagrar su celo inteligente al periódico que amó con ilimitado cariño.

Debemos agregar á lo anterior, que la *Revista* puede,—decimoslo muy alto,—reclamar la honrosísima distinción de haber sabido transformar sus numerosos colaboradores, en sus mejores y más constantes amigos.

Si bien se ve, no fue ésta una labor complicada, pues facilitaba la afinidad ó armonía entre tantos diversos cerebros como agrupó la *Revista* á su alrededor, el haber querido y sabido desterrar de sus columnas, todo espíritu de intolerancia y todo sectarismo de sacristía. Nada de dogmatismo de ningún género, porque nuestros escritores sólo realizan en sus trabajos, su conciencia y su talento; y sobre esto, hay que decir que el amor de la libertad, del progreso, de la justicia y el sentimiento de solidaridad humana que eran como el alma de todos nuestros empeños, determinaban una armonía completa con todos los colaboradores que iban viniendo de todos los centros,—grandes y pequeños—de la moderna civilización. Para dar una especie de resumen, que bien expresa nuestras aspiraciones y tendencias, repetiremos aquí la graciosa ocurrencia de Mannon Philipon, en su misiva á la señorita

Canet «Alejandro Magno quería que otros mundos hubiera para conquistarlos él; y nosotros deseáramos que hubiesen otros más, pero para unirlos y amarlos».

Es esta la razón por qué en casi todas nuestras entregas se descubrieron nuevas literaturas y autores desconocidos, de los que se hablaba, no obstante, con una simpatía verdaderamente fraternal.

Desde 1895 contamos entre nuestros colaboradores extranjeros, á Carmen Sylva, á Bjørnsterne Bjørnson, César Lombroso, Knut Hamsun, Mme. Suttner, Enrico Ferri, Guillermo Ferrero, J. Novícow, el marqués Paulucci di Calboli, Max Nordau, el conde Tolstoy, Juan de Bloch, Augusto Strindberg, W. T. Stead, Jorge Brandés, Herbert Spencer, Sir Carlos Dilke, etc., etc.

Con sólo echar una ojeada y recorrer la lista de autores,—unida á la *Tabla de materias*,—puede verse que un resultado idéntico obtuvimos en Francia, es decir: que más ó menos, todas las glorias de estos últimos tiempos, han tratado de realzar con el brillo de sus nombres, el renombre de la *Revista*.

Mas también, al lado de tan grandes firmas, ¡cuántos nombres desconocidos de sabios confinados en sus laboratorios! ¡Cuántos, de profesores que viven silenciosos é ignorados en lo profundo de sus universidades! y ¡cuántos, en fin, de escritores, que, después de haber enriquecido la *Revista* con sus cantos de cisne, han desaparecido para siempre, sin que nunca más se haya oído hablar de

ellos! Bien pudiéramos decir que era como continuo va-y-ven de fuegos-fatuos, de brillantes luces que partían hacia lo desconocido, sin rumbo determinado y fijo.... y que se desvanecían después de haber consignado sus pensamientos, como ciertas mariposillas que mueren en las convulsiones de su amor.

Más de un millar de nombres de esta especie, señala nuestro *Índice* de autores, pues todo lo que era «luz», no tuvo nunca necesidad para nosotros de consagración oficial.

Poco, muy poco importábanos la muestra ó distintivo exterior y los títulos justa ó injustamente adquiridos; porque la belleza, la claridad y profundidad de los pensamientos, así como lo *sensacional* de los hechos ofrecidos por el autor, bastaban ámpliamente para su legitimación. Nuestros lectores, á su vez, con una comprensión inteligente, se avenían de un modo admirable en este foco siempre renovado de rayos de luz, y en no pocas ocasiones, de genio, que á bien tenían brillar en nuestras columnas. Y así es cómo de esas lágrimas, de esos gritos de piedad, innumerables y elocuentes, de esos hechos, de esos vuelos y fantasías de la imaginación y de esas páginas de cólera y dolor de tantos millares de almas, ha nacido este múltiple organismo, del cual toma grave empeño el *Índice* en darnos una imagen viva y palpitante.

Los caracteres, las individualidades, las aspiraciones de tantas inteligencias divergentes, fundiense, sin embargo, en el mismo-grande objetivo, que, silencioso é irresistible como los dioses de la antigüedad cuando en la sombra presidían á los misterios, daba sello de unidad á nuestros trabajos. Nadie podrá negarnos que esta tendencia manifiesta de la *Revista*, merecería figurar como su segunda divisa: *desarrollar la inteligencia y la bondad humanas*.

Despréndese de aquí el principio de amor inseparable de todos los estudios sociales que hemos publicado, así como el optimismo de nuestras especulaciones filosóficas ó psicológicas; excusándonos estos motivos tener que explicar la fe inquebrantable con que la *Revista* ha trabajado por la abolición de la guerra y la armonía de los pueblos, y el ardor con que ha preconizado la fraternidad de las diferentes clases sociales. Como Elisabeth Browning que soñaba con el rejuvenecimiento espiritual de la raza humana, nosotros también hemos creído que «la hora de las almas ha sonado».

..

Corresponde á otros, no á nosotros, dar la razón de los triunfos de la *Revista*. Nosotros nos limitaremos sólo á decir que se ha excedido á nuestros méritos y á nuestras esperanzas. Al cabo de doce años, la *Revista* ha alcanzado la tirada y reputación que otros congéneres nacionales ó extranjeros, han llegado á obtener después de medio siglo, por lo menos, de trabajo y lucha.

Mal haría quien quisiera comparar la marcha victoriosa de los diarios ó *magazines* populares destinados á las masas ó multitudes, con la de los periódicos que solamente se dirigen á la parte intelectual más escogida. Muchas veces un *magazine* crece en el trascurso de un año, y aun, de una estación; pero también,

mueren tan pronto y con la misma facilidad con que se presentan en el mundo.

Por el contrario, las revistas serias ne cesitan, á las veces, más de cincuenta años antes de alcanzar la posibilidad de vivir de sus propios recursos; mas, como hay en todo la ley de compensación, si salen aceptadas y triunfadoras, pueden evolucionar libremente, sin miramientos á un público, que es por lo común apasionado y versátil. Las que más beneficios reportan de esta independencia, una vez adquirida, son las revistas francesas é inglesas.

¿Por qué?

Porque la situación internacional de estas dos lenguas, permite á los grandes periódicos franceses ó anglo-sajones, llevar sus ramificaciones hasta los puntos extremos de la tierra. Y después de haber gastado mucho tiempo para introducirse en los hábitos del mundo civilizado, difícil es, si no imposible, lograr desarraigarnos.

Creáblemente el éxito y la aceptación nuevos deberes que la *Revista* ha tratado de llenar cuanto mejor ha podido.

Sus entregas, de mensuales, llegaron á ser quincenales; y además, la dimensión de los números ha aumentado seis veces en diferentes ocasiones hasta tener la forma actual, que, muy probablemente alcanzará un nuevo aumento. Gracias á un efecto de óptica debido á los artificios de la composición, (los lectores han tenido la amabilidad de perdonarnos ese subterfugio persistente!), la *Revista* ha doblado, casi, su forma, y eso, de un modo imperceptible. Es así como un artículo, por ejemplo, de 16 páginas de la *Revista*, encierra, por lo general, la materia que corre en 30 páginas de los periódicos equivalentes.

..

Tolerante y liberal, en el verdadero sentido de estas voces, la *Revista* se ha elevado siempre sobre toda influencia religiosa, porque considera toda creencia acreedora al respeto de los hombres. Hemos tenido ocasión de debatir las materias más dolorosas que agitan las conciencias humanas, sin que jamás hayamos herido á ninguna de ellas, á pesar de no haber ocultado nunca nuestra independencia integral á la faz de todas las confesiones.

Hémosla conservado igualmente faz á faz del dogmatismo científico, porque de continuo se ha inspirado la *Revista* en este concepto irrecusable: que hasta las leyes físicas, absolutamente irrefutables, presentan desacuerdos y errores en sus últimas decimales. Y bien; estos errores de los cálculos matemáticos, aun los más rigurosos, ¿no nos dicen claramente, que algo hay desconocido siempre, y misterioso, que se escapa á la certidumbre científica del hombre? Luégo, pues, es racional y muy lógico condenar todo sentimiento de intolerancia en presencia de fenómenos desconocidos ó inexplicables,—porque todo tiene al fin su oportunidad, su demostración y motivo de ser,—y somos nosotros mismos los que en un momento dado no podemos apreciar. ¿Qué resultados, entre muchos, nos dió ese método de procedimiento? Pues no menos que la satisfacción muy halagadora y honrosa, (por no citar más que una), que es en las páginas de nuestra publicación donde se encuentran las

primeras menciones de la telegrafía sin hilos, y en ellas, donde hallaron favorable acogida los fenómenos telepáticos, que hoy reclaman ya con tanta instancia, su puesto en los estrados de la Ciencia moderna.

Tal independencia tocante á las ideas, situábanos en mejores condiciones todavía, respecto á los hombres y á las instituciones sociales. Nunca fue la *Revista*, ni jamás lo será, enfeudada á partido alguno político, ni maniatada, tampoco,—por concendencias de más y menos,—á los ricos ó á los poderosos del interior ó exterior; ¿qué mucho, pues, que en tan propicio medio, los colaboradores de la *Revista* no oyeran más que la voz de su conciencia?

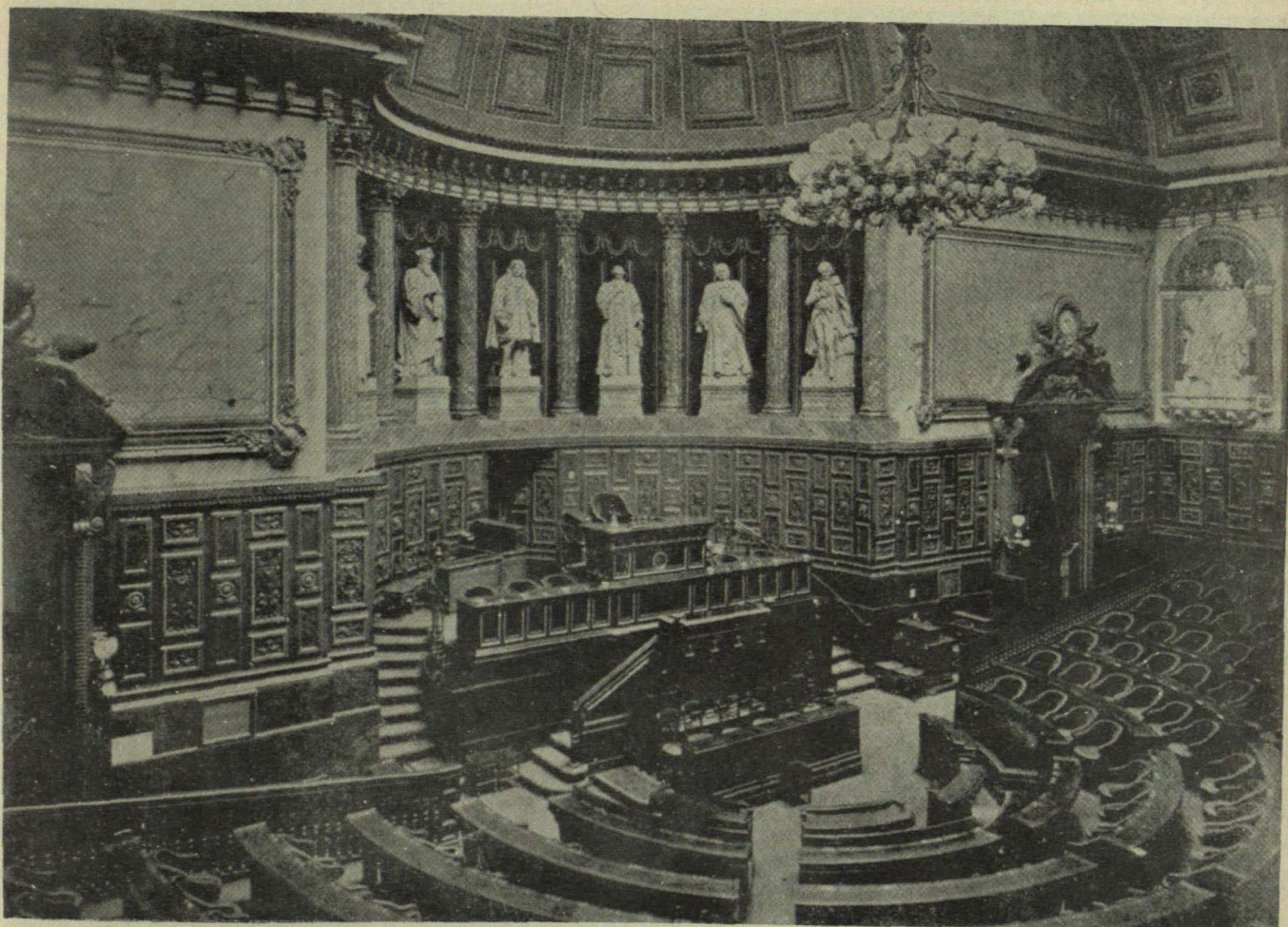
Hay algo más todavía. Como la razón, en lo general, acompaña á los débiles y desvalidos, y la justicia está de parte de ellos, la *Revista* ha puesto tanto tesón en defender los Armenios contra los Turcos, á los Filipinos y Cubanos contra España, como á los Finlandeses contra los Rusos, á los Polacos contra Alemania, ó á los Boers é Irlandeses contra Inglaterra. ¿Qué ventaja,—preguntará cualquiera,—nos ha valido esa actitud? Fácilmente responderemos: la de que todas las materias, los asuntos todos han estado abiertos á la discusión; y todos y todas al debatirse y contender, hacerlo enteramente libres de preocupaciones de intereses ó imposiciones del momento.

La reputación de independencia completa hasta con nuestros lectores y amigos, ha hecho de la *Revista* una tribuna de opinión absolutamente libre. Para convencerse de ello, no hay más que fijarse en que cuando para ilustrar esas altas tesis porque tanto se apasionan ciertos espíritus, hemos hecho un llamamiento á todas las inteligencias, á todas las buenas voluntades de ayudarnos á resolver los punzantes problemas de *hijos naturales, matrimonio y divorcio, proletarios intelectuales, vagancia, dirección del espíritu francés, autoridad*, etc., etc., escritores y pensadores de todos los matices no han dudado en darse cita en nuestras columnas, persuadidos como lo están, de antemano, que hasta las opiniones diametralmente opuestas á las de la *Revista*, encontrarían en ella la posibilidad de expresarse con entera y cabal franqueza.

..

Pero, no desfloreemos así el *Índice*. Un vistazo rápido sobre este resumen analítico, demostrará mejor que todo razonamiento, ¡qué rica es la cosecha de motivos tratados, de documentos, de hechos é ideas! Los trabajadores intelectuales hallarán, no sólo indicaciones inapreciables sobre los puntos que los preocupan, sino además, inspiración para trabajos sucesivos. Historiadores ó críticos, publicistas ó simplemente diaristas, romanceros ó sabios, filósofos ú hombres de Estado, allí buscarán,—con mil probabilidades de encontrarlos,—detalles ó documentos importantes para sus lucubraciones y estudios. Encontrarán, repetimos, no sólo con qué enriquecer su pensamiento, sino á la vez, cómo orientarlo.

Basta decir que la *Tabla ó Índice* consigna por centenares, estudios inéditos é importantes artículos; y por decenas de miles, análisis de trabajos publicados en



PALACIO DEL LUXEMBURGO: Cámara de sesiones del Senado

todas las lenguas por los periódicos de ambos mundos. Forma su conjunto una inestimable perspectiva de buena parte del tesoro intelectual de toda nuestra época.

Muy lejos de contraerse la *Revista* exclusivamente á asuntos de literatura universal, ha querido siempre dejar ancho, muy ancho campo á la ciencia y todos sus ramos. *Humaninihil a me alienum puto*..... lo llevamos constantemente escrito en nuestra mente. Todo lo que es humano, todo lo que haga relación á la conquista del pensamiento, tenía derecho de entrada en nuestro texto. Con sólo alterar los cuadros de ciertas clasificaciones generales de la *Tabla*, encontraremos las ramificaciones misteriosas de las ciencias ocultas ó de las matemáticas abstractas. Por consideraciones muy especiales á cierto público, se les da,—pero reducidas á la más lacónica expresión,—su lugar en el análisis de los diarios franceses y extranjeros.

Porque, no debemos olvidar que estos pequeños compendios ó sumarios son únicos en su género. En ninguna literatura del mundo entero existe en la actualidad publicación alguna, que presente de los periódicos, un análisis tan nutrido y completo.

Ha tocado sólo á Francia, (tan cruelmente burlada por su ignorancia de los idiomas y literaturas extranjeros), hacer

sólo ella, lo que no han sabido ó podido realizar ni Alemanes ni Ingleses.

Llevando avante esa tarea, hemos creído corresponder, ó mejor, llenar un doble deber que se impone á una revista como la nuestra: instruir á sus lectores, y al mismo tiempo, pagar el tributo que el genio y la cultura francesas exigen de sus servidores y apóstoles. El pueblo francés ha sido en toda época, y según las circunstancias, un gran *adaptante* ó un gran iniciador del pensamiento humano. Por esto, su civilización y literatura se distinguen, sobre todo, como las resultantes de todas las conquistas alcanzadas por los demás, pero embellecidas y amplificadas, gracias á su genio creador y espíritu de comprensión.

Absorber el pensamiento de los otros, modificarlo por su ingenio, rehacerlo, digamos, y darlo como un presente ó un beneficio á toda la humanidad, tal ha sido y tal será la misión gloriosa de la Francia, á través del tiempo y de las vicisitudes humanas.

Ya lo hemos escrito en alguna parte: la ausencia en Francia de raza *pura* y hasta de raza de *liga impura* como base de su nacionalidad, permítele asimilarse fácilmente todos los elementos humanos. Y tiene Francia el deber de estar al corriente del pensamiento universal, porque de las chispas que de él brotan, surgen en

el cielo francés, soles que recalientan y vivifican el mundo entero.

Para no perder el privilegio que le envidian tantas naciones, cual es el de crear ó consagrar las glorias extrañas, no puede la Francia dejar de interesarse por la literatura general. Así pues, nosotros hemos creído útil,—en nuestra modesta esfera de acción,—iniciar á nuestros lectores, no solamente en la literatura de los principales pueblos, sino también en las literaturas que, ó nacen ahora, ó ya agonizan, de países ignorados. La fama de ciertos grandes escritores extranjeros es parte de la *Revista*; y es bastante hacer un brevísimo estudio comparativo de las fechas, según la *Tabla*, para convenirse de ello.

Lo que ha coadyuvado inmensamente á nuestra labor, ha sido, sin duda, la resonancia de nuestra tribuna. Efecto del acaso, ó de la lógica de los acontecimientos, nuestro periódico ha tenido la rara suerte de poseer un grupo de lectores, positivamente excepcional. Cuenta, en particular, más de 800 diarios y periódicos de ambos hemisferios entre sus *abonados*. Nuestros colegas del interior y exterior, que así nos hacen el honor de suscribirse á nuestra obra, nos lo hacen todavía mucho mayor, trabajando en la difusión de sus ideas. Se nos cita muy á menudo, pero también, inspíranse frecuentemente, y sin escrúpulos, en mu-

chos de nuestros trabajos; mas, ¿qué importa? ¿Qué vale eso, si lo esencial es que nuestras ideas estén siempre en incesante movimiento. Y dígasenos, ¿puede calcularse el número de nuestros lectores, cuando pensemos que algunas de nuestras páginas se reproducen ó comentan por millares de diarios y periódicos?

Vista desde este punto, la tribuna de *La Revista* se convierte en una gran fuerza civilizadora que ha estado, y seguirá estando, al servicio del pensamiento independiente y generoso.

Y como la pléyade de amigos y aliados se aumenta siempre, nada se opone á que *La Revista* llegue á ser, con el tiempo, una de las expresiones más cumplidas y eficaces de la solidaridad del pensamiento humano.

* *

Al recorrer la *Tabla*, el lector llegará, sin duda, á esta conclusión: que cualquiera que sea el valor de *La Revista*, tiene el sello particular de que, buena ó mala, ha sido siempre, y aún lo es, idéntica en sus aspiraciones y constante en sus tendencias. Y esto constituye mérito, pues como ya lo observó Javier de Maistre: no hay nada tan difícil, como conservarse siempre uno. . . .

Ya para cerrar estas páginas, repetiremos una vez más, que nuestra ambición se limitó, desde el principio, á llenar un puesto que estuviera desocupado, y á decir cosas que no se hubiesen dicho anteriormente. Y parécenos que con esto, la razón de ser de *La Revista* se encuentra plenamente justificada, hasta en el concepto de aquellos que no comparan sus entusiasmos y esperanzas.

Al reflexionar sobre la cantidad de ideas que *La Revista* ha sabido agitar, y en los innumerables lazos que la han encadenado á los placeres y tristezas de nuestros días, imposible sería discutirles á los que en ella han colaborado, los títulos magníficos de haber dejado huella impresa de una obra esencialmente humana, trabajada sobre los vastos horizontes del pensamiento siempre en marcha.

JUAN FINOT.

ABISMOS

Dios puso en los abismos del espacio
esos vapores tenues,
que, en nube convertidos, se coloran
con tinta suave cuando el alba viene.

La nube engendra el rayo
que esparce por doquier estrago y muerte:
¡Culpad á Dios, que derramó en la altura
del huracán el germen!

Dios puso en el cerebro esas ideas
que poderosas crecen
y, comprimidas sin piedad, estallan
soberbias, indomables y rebeldes.

La rebelión engendra
brisas de fuego y rálagas de muerte:
¡culpado á Dios que puso en el cerebro
del huracán el germen.

LUIS MUÑOZ RIVERA.

«LOS PARIAS»

(NOVELA DE VARGAS VILA)

CAPITULO FINAL



Los leones se cazan á la hora del crepúsculo, cuando bajan hacia la fuente, vencidos por la sed.

Era la hora crepuscular del heroísmo. . .

El gran león bélico, descendía en silencio por la montaña sombría.

Iba hacia lejanos abrevaderos, á apagar su sed inextinguible de batallas y de triunfos.

Claudio Franco, había roto el círculo de hierro, en que lo habían encerrado sus contrarios, y ganando los montes vírgenes, intentaba llegar á los llanos orientales, donde al frente de focos dispersos que aún resistían, pensaba resucitar la rebelión.

Hacia diez días, que con dos ordenanzas y un guía, atravesaba la montaña bravía, abriéndose camino por entre sus laberintos inextricables, tallando senderos en las rocas, vadeando ríos profundos, combatiendo con las fieras del desierto.

Y, esa tarde, habían llegado á la gran altura, á un pico de cerro, que se inclinaba sobre un torrente tormentoso, que se precipitaba en cascada hacia un abismo. Habían hecho alto allí.

Por entre los claros de la arboleda gigantesca y la vegetación opulenta, se alcanzaba á ver, allá abajo, como una mar oleginosa, verde y gris, la llanura oriental, donde los partidarios de Claudio Franco, dispersos en guerrillas, lo aclamaban y lo esperaban, para ir con él, á nuevas batallas á cortar nuevos laureles en las florestas del triunfo.

Y, la visión de la victoria, con sus decoraciones magníficas, volvió alzarse á los ojos del héroe extenuado y vencido, llamándolo con sus mirajes, allá en el llano infinito, que silueteaba bajo ondas de oro, en el esplendor de un cielo tropical, que se extendía sin límites, como una superposición de firmamentos.

Y, el alma del héroe se llenó de una infinita tristeza, recordando las injusticias, las calumnias, las infamias de que había sido víctima en esa ascensión penosa en busca de la victoria y de la libertad. . . .

Y, tuvo vergüenza de los hombres por quienes se había sacrificado, vergüenza de su patria, vergüenza de todo. . .

La multitud había corrido á prosternarse de nuevo, ante sus amos, temblorosa, queriendo hacer olvidar por nuevas bajezas, el instante de rebelión que había tenido.

En medio del gran silencio, todas las frentes se inclinaban ante el hacha del verdugo, que se alzaba en el horizonte como una grande hostia pálida, y caía, cercenando cabezas de vencidos. . .

El cadalso proyectaba su sombra, como un terrible monstruo de leyenda, sobre la tierra roja de sangre.

La muerte aleteaba y descendía, como

un siniestro pájaro de presa, sobre las cabezas más altas.

Icaro, monstruoso y terrificante, se mostraba desde su palacio, á la muchedumbre adoratriz y á las turbas de mercenarios, que merodeaban en las ciudades con un fracaso de borrasca. Su cabeza, empenachada de orgullo imbécil, se alzaba con un inmenso gesto de cólera sobre la faz sombría. El chacal no se dulcificaba con el deslumbramiento de la Apoteosis. Quería nuevas víctimas. En el alba engrandeciente de sus triunfos, era inconsolable, porque sus venganzas aún no estaban satisfechas. . .

Nuevos turiferarios habían venido á aumentar la estallante sinfonía de adulación, que cosquilleaba los oídos del César. . . Eran los traidores, escapados á los ejércitos vencidos, los delatores urbanos, los enemigos personales de la gloria, los *héroes de la paz*, como ellos se llamaban. Alejandro de la venalidad, legionarios del hartazgo, eran los delatores patentados de ese nuevo Diocleciano. Sus bocas eran inagotables de adulaciones y de denunciaciões, incansables en su viaje vertiginoso hacia la infamia, el vientre contra la tierra, los labios contra las gradas del trono, pedían con voces suplicatorias, el honor de ser aplastados, de ser ungidos, por la planta del amo, que los honraba con la limosna de un desdén misericordioso, inagotable. Ellos eran los perseguidores y los delatores de los héroes. . .

¿Por qué rara combinación, por qué extraño espíritu de presciencia Claudio Franco pensaba en ellos en ese momento?

Buitres majestuosos y cuervos lúgubres, ennegrecieron el horizonte con vuellos asustados. . .

Un rumor confuso llenó la selva.

Una descarga, se abatió sobre Claudio Franco y sus tres compañeros.

El guía y un soldado, escaparon hacia la montaña, otro cayó muerto al pié del jefe.

Cuando Claudio se puso en pié, se vió rodeado por todas partes. Eran los mercenarios de César, que llegaban. Hizo uso de su revólver.

Le hicieron una nueva descarga, casi á quema ropa, y herido por dos balas cayó al suelo.

Entonces los legionarios, enviados para eso, lo despedazaron á machetazos.

Vivo aún, lo amarraron á un árbol, y á bayonetazos le vaciaron las entrañas. . .

Tardo en morir, él los apostrofaba irreductible, desamparado de los hombres en la montaña trágica.

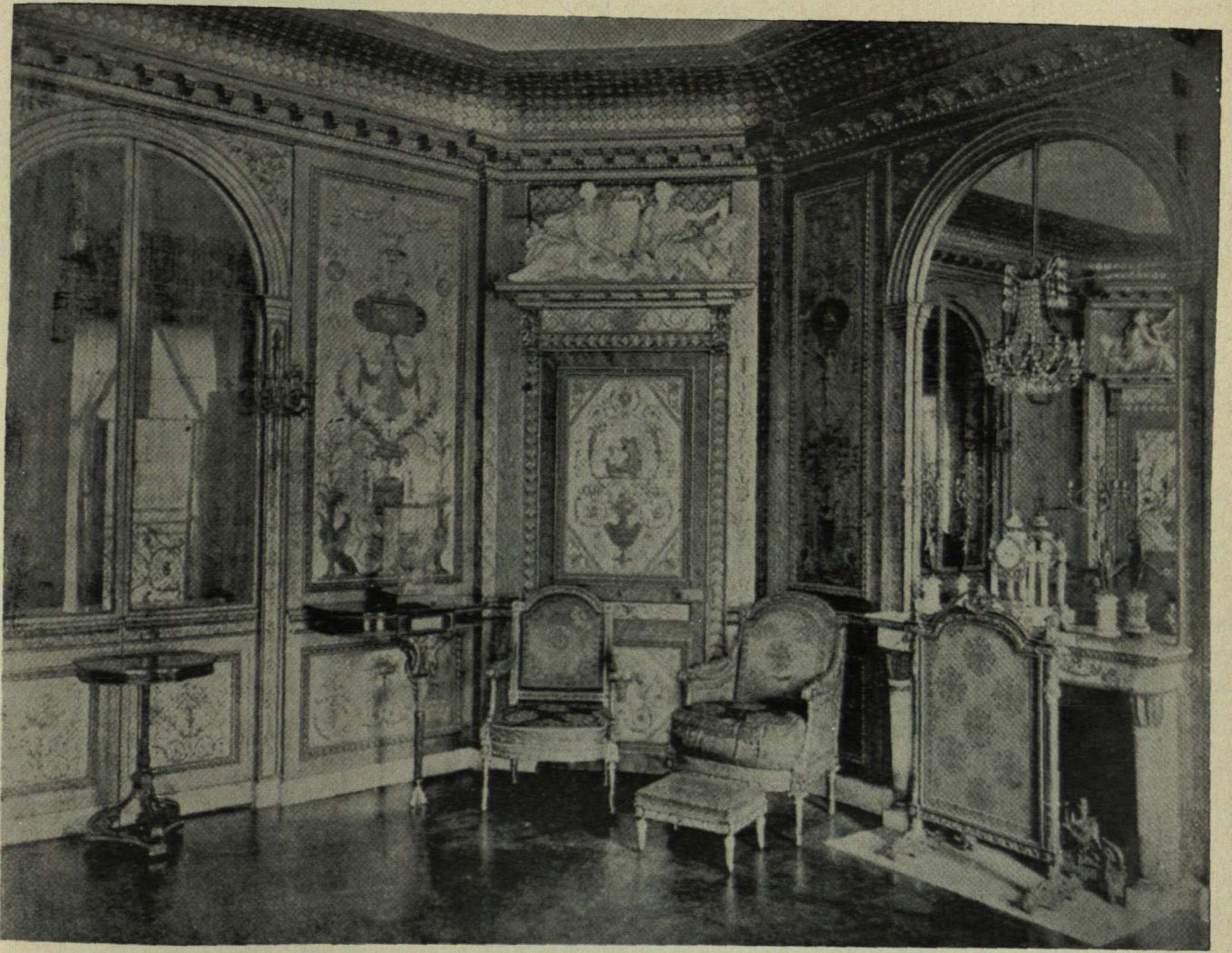
El sacrilegio se unió al crimen. Le desnudaron y ejercieron sobre él, la más impura y cobarde mutilación. . .

Retorciéndose en la agonía, el héroe ya no hablaba, agonizaba torturado en el gran silencio de la selva.

Lo desataron entonces, le ciñeron la soga al cuello, le prendieron á la rama de un grande árbol, para inclinarlo, ataron la soga á esta rama y la soltaron. . .

Al erguirse de nuevo, el árbol levantó el cuerpo del ahorcado, que dió uno como vuelo, girando en el aire y levantando los pies hacia el cielo. Después, cayó sobre las ramas nudosas y quedó oscilando, como la péndula de un reloj, tocada con furia.

Los asesinos se divirtieron en tirar al



TOCADOR DE MARIA ANTONIETA. — Palacio de Fontainebleau

blanco sobre ese cuerpo, y lo acribillaron á balazos...

Después, se alejaron, riendo y cantando, por la montaña estremecida, donde caía la noche, en amplias ondas de silencio, llenando el bosque de deslumbrantes reverberaciones de oro.....

El cuerpo del ahorcado, se agitó largo tiempo, como en una convulsión desesperada; luego, fue gradualmente regulando la oscilación, que después de cierto tiempo se hizo casi imperceptible.

La lengua afuera, cuasi despedazada por la contracción de los dientes, los ojos salidos de las órbitas, el cuerpo chorreando sangre, desnudo, en el horror de sus vergonzosas mutilaciones, aquel cadáver pendía lamentable y siniestro, en la luz lívida, que flotaba aun sobre la gran selva, venida de una última irradiación del sol, que había muerto bajo pórticos de ónix, en una marea creciente de nubes incendiadas.

Los cuervos, que habían volado asustados con los giros y estremecimientos de ese cuerpo, lo miraban ahora sin miedo, revoloteando en torno á su quietud.

Abajo, era una charca de sangre y materias viscosas, que rodaban del cuerpo lacerado.

Los cuervos, miraban al ahorcado des-

de las ramas más vecinas, á veces volaban sobre él, tocándole con el ala la cabeza. Pero lo que los detenía para devorarlo, eran los ojos, los espantosos ojos del muerto, que parecían mirarlos...

Uno, más audaz, se le posó en el hombro, el cadáver se movió al peso y el pájaro voló asustado.

Otro, repite el ensayo, y quedó quieto sobre el hombro, en la actitud heráldica del pájaro de Minerva, enarcado el cuello, vuelto el pico voraz hacia el rostro del muerto. Y, desafiando la mirada fija de aquel rostro, le picó uno de los ojos protuberantes. El ojo se reventó. Entonces el pájaro abriendo las alas, apoyando las patas en el cuello de Claudio, introdujo el pico todo en la cavidad y quedó allí aleteando feliz en el hartazgo. Otro lo imitó, y bien pronto los ojos del muerto fueron dos agujeros negros, que parecían llorar dos ríos de sangre.

Los cuervos todos se lanzaron graznando y el cadáver desapareció bajo aquella mortaja negra...

El festín fue largo.

Cuando los cuervos hubieron partido, no quedó sino una masa informe y sanguinolenta, un amas de piltrafas y de huesos de aquel que había sido el soberbio y sublime triunfador.

El silencio en derredor era profundo, turbado sólo por el frotamiento de las ramas, y el canto agorero de los pájaros nocturnos.

El cadáver se había hecho quieto, y parecía con sus ojos sin pupilas mirar el cielo, donde á la luz intermitente de una luna triste, se agrupaban nubes negras, en el horizonte tempestuoso, formando extrañas cuádrigas, corceles alados, en que parecían cabalgar guerreros conquistadores y caprichosos, terribles carros de Visión, que semejaban carros de conquistas.....

De súbito, un gran soplo de viento agitó el árbol donde pendía el ahorcado. La rama en que estaba el cuerpo, crujó, se resquebrajó, se rompió... El muerto cayó sobre unas ramas, de ellas contra la roca, y de la roca rebotó al precipicio donde el torrente mugidor se desplomaba también, como un león con melenas de espuma, pronto á devorarlo.

Y, el cadáver del Gran Paria, desapareció en el abismo, bajo el sudario de encajes que le hacían las aguas en tumulto, y el cántico apasionado de la selva y los himnos gloriosos de la Noche.

.....
¡Espartaco había desaparecido!
¡Alarico tardaba en aparecer!

VIEJO ESTRIBILLO

¿Quién es esa sirena de la voz tan doliente,
de las carnes tan blancas, de la trenza tan bruna?

—Es un rayo de luna que se baña en la fuente,
Es un rayo de luna...

¿Quién gritando mi nombre la morada recorre?
¿Quién me llama en las noches con tan trémulo acento?

—Es un soplo de viento que solloza en la torre,
Es un soplo de viento...

¿Dí, quién eres, arcángel cuyas alas se abrasan
en el fuego divino de la tarde y que subes
por la gloria del éter?

—Son las nubes que pasan,
Mira bien, son las nubes...

¿Quién regó sus collares en el agua, Dios mío?
Lluvia son de diamantes en azul terciopelo...

—Es la imagen del cielo que palpita en el río,
Es la imagen del cielo...

Oh Señor! La Belleza sólo es, pues, espejismo,
Nada más Tú eres cierto, sé Tú mi último Dueño.
¿Dónde hallarte, en el éter, en la tierra, en mí mismo?
—Un poquito de ensueño te guiará en cada abismo,
Un poquito de ensueño...

AMADO NERVO.

TRISTEZAS

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzaba á Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales;

hoy que mi frente atónito golpeo,
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor niño inocente
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto, parecido
á un doliente gemido,
que retumbaba en la espaciosa nave;

las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas,
aspiración del arte á lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito,

haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando á los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara;

en el gótico altar inmoble y fijo
el santo Crucifijo,
que extiende sin vigor sus brazos yertos
siempre en la sorda lucha de la vida,
tan áspera y reñida
para el dolor y la humildad abiertos,

el místico clamor de la campana
que sobre el alma humana
de las caladas torres se despeña,
y anuncia y lleva en sus aladas notas
mil promesas ignotas
al triste corazón que sufre y sueña;

todo eleva mi ánimo intranquilo
á más sereno asilo:
religión, arte, soledad, misterio...
todo en el templo secular hacia
vibrar el alma mía,
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y á esa voz interior que sólo entiende
quien crédulo se entiende
en fervoroso y celestial cariño,
envuelta en sus flotantes vestiduras
volaba á las alturas,
virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su rauda, viva y luminosa huella
como fugaz centella
traspasaba el espacio, y ante el puro
resplandor de sus alas de querube,
rasgábase la nube
que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!
¡Oh perdurable gloria!
¡Oh sed inextinguible del deseo!
¡Oh cielo, que antes para mí tenías
fulgores y agonías,
y hoy tan oscuro y desolado veo!

Ya no templas mis íntimos pesares,
ya al pie de tus altares
como en mis años de candor no acudo.
Para llegar á tí perdí el camino,
y errante peregrino
entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;
grito, y nadie responde
á mi angustiada voz; alzo los ojos
y á penetrar la lobreguez no alcanzo;
medrosamente avanzo,
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto
á su impiedad ¡oh Cristo!
Su grandeza satánica me oprime.
Siglo de maravillas y de asombros.
Levanta los escambros,
un Dios sin esperanza, un Dios que gime.

¡Y ese Dios, no eres tú! No tu serena
faz, de consuelos llena,

alumbra y guía nuestro incierto paso.
Es otro Dios incógnito y sombrío:
su cielo es el vacío,
sacerdote el Error, ley el Acaso.

¡Ay! No recuerda el ánimo suspenso
un siglo más inmenso,
más rebelde á tu voz, más atrevido:
entre nubes de fuego alza su frente,
como Luzbel, potente;
pero también, como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga,
es mayor su fatiga,
es su noche más honda y más oscura,
y pasma, al verlo que padece y sabe,
cómo en su seno cabe
tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota,
que el ronco mar azota,
incendia el rayo y la borrasca mece
en piélago ignorado y proceloso,
nuestro siglo—coloso
con la luz que le abraza resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!...
á los tristes reflejos
del sol poniente se colora y brilla.
El huracán arrecia, el bajel arde,
y es tarde, es ¡ay! muy tarde
para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,
á todo yugo ajeno,
que al impulso del vértigo se entrega,
y al través de intrincadas espesuras,
desbocado y á oscuras
avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adónde?... El pensamiento humano
en vano lucha, en vano
su ley oculta y misteriosa infringe.
En la lumbre del sol sus alas quema,
y no aclara el problema,
ni penetra el enigma del Esfinge.

Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto
que tu poder no ha muerto!
Salva á esta sociedad desventurada,
que bajo el peso de su orgullo mismo
rueda al profundo abismo,
acaso más enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de tí se aleja,
en nuestras almas deja
el germen de recónditos dolores,
como al tender el vuelo hacia la altura,
deja su larva impura
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría
es, señor, todavía
raudal de vida tu palabra santa,
dí á nuestra fe desalentada y yerta
—¡Anímate y despierta!—
como dijiste á Lázaro:—¡Levanta!—

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

AMA Á TU ENEMIGO

Diligite inimicos vestros et benefacite his qui oderunt vos.



L Cristianismo es una columna de luz: su pedestal, el amor.

El amor es la ley de la existencia y de la vida. La creación del Universo es obra suya, y todo lo que permanece y vive, vive y permanece por el amor. Los astros del espacio infinito giran, se sostienen y perduran sin destruirse, por la atracción, que es su manera de amarse. Si los soles no amaran á los planetas hasta derramar sobre ellos todas las energías y todas las caricias de la luz, globos negros, estériles y fríos cruzarían éstos como fantasmas tétricos por las regiones del éter. Sin el amor,—fuerza creadora,—humanidad, vivientes de los aires, de la tierra y de las aguas, flores de los campos, árboles de las selvas,—todo habría desaparecido en años, en días, en horas después de ser creados. ¿Qué colores sin el amor de la luz á las cosas? Qué dolor—ése que purifica, perfecciona y salva—sin el amor al hijo muerto, á la dignidad ultrajada, al honor vilipendiado?

Sólo el amor es útil; sólo el amor es necesario.

Así fundó Jesús toda su divina doctrina sobre el amor. «Amaos los unos á los otros» Esta es toda la Ley.

¿Y qué ha querido decir Jesús con esto? Ha querido decir y ha dicho: no seas espía, no seas delator, no seas maldiciente, no seas calumniador, no seas adúltero, no seas homicida, no seas ladrón, no seas ingrato, no seas envidioso, no seas traidor, no seas avaro, no seas soberbio, no engañes, no deshonres, no te vengues, no ultrajes . . . no seas enemigo.

Ha querido decir y ha dicho: sé benévolo, sé humilde, sé compasivo, sé paciente, sé avenidero, sé caritativo, excusa, defiende, perdona . . . ama!

Pero ¿amar también á los enemigos? Sí;—á todos; porque, aunque ningún cristiano es enemigo, como dice Tertuliano (*Christianus nullius est hostis*), y ningún enemigo es cristiano, como digo yo que es más cierto, este deber no se circunscribe á unos sino se extiende á todos los hombres, para quienes abrió sus brazos Jesucristo en la cruz de la redención.

Cosa dura parece, es cierto. Solicitada la sensibilidad por el afecto ajeno, natural y lógico es corresponder á él con adhesión igual, como hasta el hierro responde al reclamo del imán,—como hasta las piedras atienden con el eco, que es su correspondencia, á la instancia de la voz. El cariño atrae, el halago conquista, la ternura seduce, la adhesión abnegada rinde: ahí viene bien llamado el amor. Pero responder con amor al odio, á la persecución, á la calumnia, á la tortura, que irritan el ánimo, encienden la sangre, ponen maldiciones en los labios y proyectos de venganza en la voluntad ¿qué corazón lo puede?

El corazón que no esté enfermo. La ley de



Éxtasis de San Francisco. — Por José M. Marqués

su naturaleza es el amor: placidez en el espíritu, encanto en la vida, dulces ilusiones en el alma, paz en la conciencia, abnegación generosa que ennoblece;—de eso se alimenta, para eso ha sido creado. El odio es su veneno. El hombre que no ama padece dolencia extraña, falto del equilibrio de la razón. El odio es un género de locura homicida que ennegrece la existencia, amarga el alma, corroe las entrañas, envejece el cuerpo: guerra íntima, tómpestad implacable;—aridez, hastío, desesperación,—muerte moral.

No; aquellos discursos no son expresión de la razón humana, sino explosión del instinto de la bestia que en nosotros vive.

El ente razonable no juzga de los hechos por la brutal materialidad de su apariencia; investiga las causas, examina su origen, medita

sobre sus fines, escudriña todas sus faces hasta construir la idea perfecta que ha de quedar como noción de su entendimiento. De otro modo, y cuando la luz de nuestra mente no alcanza á iluminar esas regiones, corremos el riesgo, demasiado común, de tomar bienes por males, y males por bienes.

Te odia tu enemigo; no lo has herido ¿por qué te odia? Busca el origen. ¿En dónde? En los ejemplos de la historia, en el triste corazón humano, en tu propia experiencia.

El primer odio en el mundo fué el de Caín; ¿por qué se hizo enemigo de Abel, con ser su hermano? Porque Abel tenía corderos, y él no tenía sino hortalizas. ¿Por qué á José lo odiaron sus hermanos y tiñeron en sangre su vestido y lo vendieron al extranjero? Porque el valía más que todos ellos, y lo vestía mejor el padre.

¿Por qué odiaba Saúl á David? Porque había vencido á Goliath, ante quien él había sido impotente. ¿Por qué odiaba Abimelech á Isaac? Porque Isaac era más rico. ¿Por qué aborrecían los Sátrapas á Daniel? Porque Daniel era más sabio que ellos. ¿Por qué Lía no era amiga de su hermana Raquel? Porque Raquel era fecunda y ella estéril. ¿Por qué Raquel no era amiga de Lía? Porque Lía era hermosa y ella distaba de serlo.

No pongo ejemplos sino antiguos, por donde nadie quede lastimado, para que quien me lea, sea él quien haga aplicaciones secretas de estos casos á las enemistades modernas ó contemporáneas, sin peligro de que nadie se duela.

Si rastreamos la causa común de esos aborrecimientos, ya me parece oír decir unánimemente que es la envidia, pasión primera de que dió ejemplo la humanidad, como por estar en la superficie de su naturaleza y ser la más impulsada á brotar fuera. «Cavad, dice un ilustre Predicador, cavad bien al pié de todas las enemistades y odios del mundo, y hallaréis que esas son sus raíces. Ninguna gentileza hay tan confiada, á quien no piquen los alfileres de ver á otra más bien prendida».

No por otro motivo escribió Séneca esta sentencia: «Infeliz y desgraciado te juzgo, porque nunca lo fuiste: pasaste la vida sin tener enemigos.» (*)

Y es porque, como dice el Predicador citado, «Hay desgracias tan honradas, que tenerlas ó padecerlas es ventura: no padecerlas es desgracia. No tener enemigos tiénese por felicidad; pero es tal felicidad, que es mayor ventura la desgracia de tenerlos».

Andaba Temístocles muy triste en su primera juventud. Preguntado por la causa, siendo amado y estimado de toda la Grecia, respondió: «Por eso mismo; señal es el verme amado de todos, de que no he hecho acción tan honrada que me grangease enemigos». Creció Temístocles y con él la fama de sus victorias; y no destruía tantos ejércitos enemigos en campaña cuantos se levantaban contra él en la patria. Dióse cuenta de ellos, y los llamó: *hijos del favor de los Dioses*.

Bien dió á entender Jesucristo esta verdad cuando ordenó, no sólo amar al enemigo, sino hacerle bien; porque en él era conocimiento elemental que sólo el que puede hacer bien es quien puede tener enemigos. Quien carece de bienes, ó de fortuna ó de elevación social ó de inteligencia, bien sabía él que no tendría enemigos á quienes amar ni proteger.

Luego tu enemigo, por sólo serlo, está siendo vocero de tu superioridad, y haciéndose testigo en causa propia de carecer él de las calidades que posees y que le hacen tan infeliz. ¿Le odiarías por servirte de pedestal y de propagandista de tu valer? ¿No ves su tristeza? Comienza por compadecerlo. ¿No está dando honroso testimonio de tí? pues acaba por amarlo, siquiera sea solamente en nombre de tu gratitud.

No; no es difícil amar al enemigo,—antes es natural y lógico.

Mejor que yo epilogramé estas reflexiones el ilustre Predicador lusitano (*) á quien copio así:

«Infinitas son las razones y motivos que pudiera dar el Señor para persuadir lo que manda.

Ama á tu enemigo,—pudiera decir—para que él también te ame; porque no hay medio, ni modo, ni diligencia, ni hechizo más eficaz para ser amado que amar.

Ama á tu enemigo, porque amándole á él me amas á mí, y si él no te merece que le ames, yo te merezco que me ames en él.

Ama á tu enemigo, porque si él te ofende con su odio, más te ofendes tú con el tuyo: y el tuyo te mete en el infierno, y el suyo no.

Ama á tu enemigo, porque amigos ya no los hay, y si no amares á los enemigos estará ociosa tu voluntad, que es la más noble potencia, y privarás á tu corazón del ejercicio más natural, más dulce y más suave, que es el amor.

Ama á tu enemigo porque no le ayudes contra tí, y tengas dos enemigos: uno que te quiere mal, y otro que te haga el mayor mal de todos.

Ama á tu enemigo, porque si él te aborrece con razón, debes enmendarte, y si contra razón, debes enmendarlo.

Ama á tu enemigo, porque si su odio vil es hijo de la envidia, muestre tu amor generoso que por eso no es digno de venganza sino de compasión.

Ama á tu enemigo, porque, ó él es ejecutor de la divina justicia para castigar tu soberbia, ó ministro de la Providencia para ejercitar tu paciencia y coronar tu constancia.

Ama á tu enemigo, porque Dios perdona á quien perdona, y más nos perdona él en la menor ofensa, de lo que nosotros al odio de todo el mundo en los mayores agravios.

Ama á tu enemigo, porque las saetas de su odio, si las recibes con otro odio son de hierro, y si le correspondes con amor son de oro.

Ama á tu enemigo, porque mejor es la paz que la guerra, y en esta guerra, la victoria es flaqueza, y el quedar vencido es triunfo.

Ama á tu enemigo, porque él en quererte mal imita á Satanás, y tú en quererle bien te pareces á Dios.

Ama á tu enemigo, porque ese mismo enemigo, si bien lo consideras, es más verdadero amigo tuyo que tus amigos, pues él extraña y condena tus defectos, y ellos los adulan y lisonjean.

Ama á tu enemigo, porque, si no quieres amarle por ser enemigo, debes amarle porque es hombre.

Ama á tu enemigo, porque si él te parece mal, amándole tú no serás como él.

Ama á tu enemigo, porque las mayores enemistades las cura el tiempo, y mejor es que sea el médico la razón que el olvido.

Ama á tu enemigo, finalmente, porque, ó él es más poderoso que tú, ó menos; si es menos poderoso, perdónale; si es más poderoso, perdónate á tí».

EDUARDO CALCAÑO.

RECUERDOS

POR

Heraclio Martín de la Guardia

PREFACIO

Vive la juventud de esperanzas, la ancianidad de recuerdos, y, acaso, esto, motivo sea para que escritores, artistas y guerreros, que han envejecido con la pluma, la paleta, el cincel ó la espada, y alcanzado alguna notoriedad, se dejen llevar, sugestionados por esa ley de la vida ó por una inocente vanidad, á escribir sus «Memorias», queriendo así que la posteridad les aprecie no sólo por sus obras sino por el conocimiento íntimo de su personalidad. Y es mentida esperanza que se forja el amor propio, con la ilusión de alargar la vida, aunque ficticiamente, conversando en amistosa plática con los hombres que les sobreviven!

Yo que quizás incurro en el mismo pecado: pues tengo la vanidad de hacer gala y alarde de no tenerla, experimento, cargado de años, la necesidad de ver hacia el pasado ya que inútil fuera mirar hacia el porvenir cerrado para mí: y, al desandar la larga y accidentada vía que he recorrido, vienen á mi pensamiento aquellos hermosos días de sol de primavera, en que se abrieron, á la luz, á la vida, las blancas flores del sentimiento, junto con el recuerdo de la atropellada actividad de mi adolescencia; á la que no bastaba á satisfacer, cuanto ofrecía á la sed de sus anhelos, los tiernos halagos de un hogar dichoso por el amor y la abundancia; el celoso interés con que, previosores, mis padres me abrían todas las sendas para hacerme más fácil y agradable la existencia, armándome para la lucha. Todo era poco á la impaciencia de mis juveniles ambiciones, y atolondrado y sin fijeza llamé á todas las puertas de la vida.

Desde entonces empecé á encontrar en mi camino, á tratar y conocer, así á los restos gloriosos de la épica generación que me precedía, como á la de los que buscaban, como yo, puesto en el escenario social, movidos por generosas esperanzas.

Afortunado y feliz, me acogieron aquellos con cariño paternal y me distinguieron siempre con especiales deferencias, que aun hoy no sé á qué atribuir; y de ellos obtuve el conocimiento del mundo y de los hombres; aprendizaje que ha entristecido para siempre mi alma, y que no ha desmentido la experiencia. A ellos, pues, y á los que junto conmigo lucharon y he visto caer uno á uno sin alcanzar la realización de sus sueños, circunscribiré mis «Recuerdos»; pensando, que podrán ser de alguna utilidad para que se aprecien debidamente ciertos hechos de nuestra historia contemporánea y á los hombres que en ellos tomaron parte; pues presumible seguridad de acierto tie-

(*) *Miserum te judico quia non fuisti miser: transisti sine adversario vitam.*

(*) Fray Antonio de Vieyra de quien he tomado el tema y algunas razones.



PAISAJE

que había en mí, acaso por el medio en que corrió mi infancia, de resistencia á toda fuerza que no tuviera por escudo la razón, la libertad, el derecho ó el deber. Y esta influencia de la edad y de la gloria, me deslumbró y decidió de mi suerte, inspirándome una salvaje independencia que me pone en rebeldía contra toda imposición y no me ha permitido medrar, no pudiendo, ni comprar los favores de los poderosos al alto precio en que ellos los estiman, ni dejar de pesar todo acto humano sin apasionamiento ni prejuicios.

Y de tal manera se ha endurecido esta faz de mi carácter, que ni el afecto, ni el partidismo, ni el interés han disculpado nunca lo que el sentimiento del bien, de la libertad, del derecho ó de la justicia condena; llegando hasta examinar si el interés ó la pasión extravían mis propios juicios y aconsejan mis actos. Y fue por eso que hasta aquel que he visto descollar más alto entre todos los hombres públicos de nuestra América después de Bolívar, me apostrofó de «Ideólogo», porque buscaba en la política hidalguía, en la lucha tolerancia y en la fuerza justicia que disculpase su empleo. Sé que de ahí han emanado todas las angustias de mi vida; porque aunque por naturaleza manso de carácter, no he podido nunca, ni callar mis juicios, ni inclinarme ante ídolos, no ocultar heridas, ni pedir voz á la lisonja; pues hasta el ruego y la súplica justificados, no encuentran palabras en mis labios para formularlos.

Nacido un año antes de la disolución de Colombia me fue dado presenciar, niño aún, la primera revolución que vino á perturbar la marcha legal de la República y que puso en el surco maléfica simiente que, engendradora de rencores, fue poco á poco desarrollándose al calor de errores y ambiciones; y aumentada con resistencias indiscretas y procedimientos bárbaros, fue como el volcán que acumula combustibles y en el momento menos esperado revienta; y así sucedió, y vino un acontecimiento inevitable, preciso, necesario, fatal, que decidió de la suerte de Venezuela dificultando la paz y oscureciendo el porvenir. Y de ahí la inestabilidad de cuanto forma la vida social y lo imposible de una normalidad que ampare el hogar, aliente el trabajo, dé horizontes á las industrias y haga del poder amparo para el derecho humano. Y yo que creí hallar senda amplia á la vida sin ver el ceño de los poderosos, pedí ya á la madre tierra sus generosos dones, ya al taller sus alegrías sirviendo á las necesidades sociales, ya á los campamentos la victoria de los ideales de la República, ya á la pluma en el periodismo y á la armonía de los versos sus efímeras satisfacciones, señalando sendas al bien, al amor, á la esperanza, y llevando el consuelo á otras almas distraer la propia pena. Hoy fatigado de la lucha,

ne el que por más de medio siglo, como expectador ó como actor, ha vivido la agitada vida de Venezuela en estrados, comicios, congresos, cárceles, campamentos, palacios y plaza pública.

Dando al desdén el artificio de la frase y el convencionalismo escolástico, por parecerme falta de honradez, en materias como ésta, distraer con el deleite del arte y la armonía de la palabra, el estudio de la verdad y de los hechos, cuando la hermosura de la sencillez y la gracia de la ingenuidad bastan á cumplir el propósito, procuraré no preocuparme, sin sutilezas de ingenio ni afectada dicción, sino de la fidelidad del recuerdo, y de persuadir al que lea de la realidad de lo relatado y del parecido de los retratos, sin que por esto tenga la presunción del acierto aunque sí la conciencia de la verdad.

Es en el trato amistoso é íntimo que

puede conocerse el carácter verdadero de los hombres, y sus ideas, sentimientos y propósitos, pues todos aquellos que tienen algún papel en la vasta escena del mundo, por fuerza asumen, ante el público que los ve y juzga, el carácter del personaje ó tipo que representan, falsificando su íntima y natural manera de ser. Yo los pintaré como los vi y juzgué, ya en las trágicas ó cómicas escenas en que tomaron parte, ó ya cuando despojados del traje convencional se revelaban en el seno de la amistad tales como eran por el corazón y por la inteligencia.

Mis relaciones con los hombres que figuraron en los hermosos días de Colombia y con los que sobre sus ruinas fundaron la República me hicieron amar los ideales que habían sido su culto en los campos de batalla y en los parlamentos, y fortalecieron la predisposición natural

debilitada la energía por la edad, me acojo al recuerdo, á mis antiguos afectos, á mis pasadas venturas, á mis sueños juveniles, en que el sol brilló siempre para mí dando á las aspiraciones de mi alma el milagroso privilegio del fabuloso Anteo.

Si errare en mis juicios y apreciaciones, será por la falibilidad natural del criterio humano, no con intención ni por apasionamiento.

No creo dar motivos á protestas ni rectificaciones, pues desconfiando de mis propios juicios, ni haré afirmaciones, ni estableceré dogmáticamente aquellos, sino diré lo que he visto y creído, sin análisis y sin examen de pasados ó posteriores hechos. Tampoco me será dable precisar épocas y fechas, pues por natural aversión he huido siempre de hacer apuntes, escudriñar archivos, tomar notas y compulsar datos, y así posible ha de ser algún error cronológico, por ser frágil mi memoria y creer juego de la vanidad humana subdividir y poner límites á lo inmutable y lo eterno.

Sin plan premeditado y fijo empiezo á escribir, y sin establecer orden ni gerarquías en mis «Recuerdos», que eso sujeto queda al capricho de mi humor, á una impresión cualquiera que despierte la memoria; y serán acaso como esos sencillos relatos, que al calor del hogar en noches de invierno hace á mujeres y niños el viejo veterano.

Puede que mi propósito quede en proyecto, por lo instable del tiempo, lo estrecho del espacio que me falta para concluir la jornada y el propio, diario afán; y si lo que dejo dicho en este Prefacio no anima al lector á continuar la lectura, justo ha de ser que me lo agradezca porque á tiempo le advertí; y si á pesar de ello alguno quiere proseguir, ni le pediré benevolencia ni perdón: pues obligado no estoy á dar sino lo que tengo y puedo, y á él le toca avaluar la dádiva y discernirle aplauso ó castigo.

LAS SOMBRAS DE HELLAS



ON este título acaba de publicar en Ginebra uno de los más distinguidos literatos de América, el poeta argentino Leopoldo Díaz, un tomo con más de cien sonetos, precedidos de un prólogo de Remy de Gourmont.

El señor Leopoldo Díaz, con cuyas producciones hemos honrado muchas veces EL COJO ILUSTRADO, no ha tenido en esta vez la cortesía de enviarnos su libro; pero lo hemos solicitado para tener el gusto de insertar á continuación de estas líneas el Prefacio de Gourmont y algunos sonetos del autor:

PREFACIO

La lengua española, que no hace mucho ruido en España, revive felizmente, libre, rejuvenecida, en las viejas colonias castellanas convertidas en orgullosas repúblicas, aun un poco atormentadas por la fiebre del crecimiento.

La América del Sur tiene sus poetas, sus novelistas, sus críticos, sus filósofos. No hay allí gran ciudad de donde no se reciba de tiempo en tiempo algún volumen que nos afirma que se piensa ó que se sueña en esos países que nuestros escritores populares llamaban todavía vagamente, hasta no hace mucho, las «Pampas» ó la «Foresta virgen». Las pampas se pueblan y la foresta virgen se llena de hombres.

Esta literatura nueva no debe á España sino su lengua; sus ideas son europeas. Su capital intelectual es París, donde como en su hogar residen algunos de sus representantes más conocidos, tal como Rubén Darío, uno de los iniciadores del movimiento literario suramericano. El autor del volumen que presento y que va á leerse es de los que una larga permanencia entre nosotros ha familiarizado con nuestros hábitos intelectuales, sin arrebatarle nada de su originalidad americana.

Es en la más pura lengua neo-española que él canta la belleza griega, á la manera de su maestro Heredia. Esta lengua, más flexible que el rudo castellano clásico, es también más clara; la frase, construida á la francesa, sigue una marcha más lógica, más conforme al movimiento natural del pensamiento. Leopoldo Díaz la maneja con seguridad, la somete sin violentarla, al ritmo y á la melodía. Su verso tiene algo de la bella simplicidad griega; aligerada de los epítetos inútiles que prodigan los malos poetas, marcha erguido con el noble aspecto de un héroe desnudo.

Héroes, dioses y diosas; y también mortales viven en el libro. Es un poema bien agradable aquel en que Leda acoge amorosamente su cisne:

I se une, sobre el tálamo ligero de las ondas
Con el glorioso cisne la náyade risueña.

Pero este libro de versos españoles es también un libro de versos franceses. Un excelente poeta, Federico Raisin, ha traducido página á página, la obra de Leopoldo Díaz. Pásase sin sorpresa del texto á la traducción; son otras palabras, mas es el mismo pensamiento hábilmente expresado hasta en sus menores matices:

Et dans le lit léger de l'onde transparente,
Léda s'unit au cigne, hereuse et souriante.

Regulares ó irregulares, lo que importa poco, los sonetos franceses son los hermanos gemelos de los sonetos españoles: Eros y Anteros.

Las Sombras de Hellas se dirigen pues á dos públicos. En los países de lengua española como en los países de lengua

francesa, estos bellos poemas tendrán lectores y admiradores.

Debería alabar también el lujo tipográfico sobrio y de seguro gusto del volumen, si ello no pareciera inútil al que vuelve ya las hojas del libro.

REMY DE GOURMONT.

Las Vendimias

Ven á olvidar la vida junto á mis cepas de oro!
Los opulentos pámpanos te brindarán asilo,
Embragarán tus ojos las danzas de Batilo
I oirás de las vendimias el capricante coro!

Tú, del placer ignoras el íntimo tesoro...
Mis años se deslizan en el hogar tranquilo;
Sobre la blanda cera grabo con áureo estilo
Estrofas palpitantes á la beldad que adoro.

La gloria es fugitiva... La juventud es breve...
Mañana, los cabellos se cubrirán de nieve,
Corceles fatigados serán nuestras pasiones...

Mira!... La viña escala de mi jardín el muro,
Las rosas nos invitan, desde el rosal obscuro,
I en los racimos laten inéditas canciones.

El Pasado

Yo he nacido con alma de fauno... En otros días
Habité de los bosques la sagrada espesura,
En siete tubos frágiles canté mis alegrías
I conocí el divino sabor de la hermosura.

Aprendí de los pájaros las gratas armonías
I á veces, al impulso de una inmortal locura,
(Las Ménades lo saben!) lancé en la fronda oscura
El clamoroso grito que anuncia las orgías.

Mas quiso un dios injusto, para colmar mi daño,
Hacer del fauno un mísero pastor, cuyo rebaño
Verás, oh caminante, detrás de las colinas.

Huyeron, para siempre, las ninfas á mi paso
I en mi doliente flauta saludo al sol de ocaso,
De algún antiguo templo sentado entre las ruinas.

Las Amazonas

Al viento desplegadas las libres cabelleras,
Con sed devoradora de lucha y de matanza,
Sobre sus potros cruzan las vírgenes guerreras
Golpeando en los broqueles la brilladora lanza.

Desnudas como lirios, terribles como fieras,
Arrojan al espacio sus himnos de venganza
I el escuadrón ligero, como torrente, avanza
Entre rugidos breves de elásticas panteras.

Bella y dominadora, bajo el casco de plata,
Con las verdes pupilas, que su furor dilata,
Fulgura, como el genio del mal, Penthesiléa:

Mas, súbito, resuenan de algún clarín lejano
Las notas... Aparecen los Griegos en el llano,
I la invencible lanza de Aquiles centellea.



Srta. L. Mante, artista francesa, en "Bacchus"

Inscripción funeraria

Pasajero: no turbes mi placidez serena
Con libación inútil ó sufrimiento vano:
El vuelo de las Horas me arrebató temprano
Como, al pasar, arrastra la brisa una falena.

Mi largo y dulce sueño no amargaré tu pena;
Como de las cigarras el sibilante lejano
Se perderá en los aires todo gemir humano,
Rumor de espuma ó dulce llanto de Sirena.

Mas, si tu marcha sigues con rumbo á Mytilene,
Si ante mi hogar, un día, tu planta se detiene
I cruzas los umbrales, y si mi madre llora,

Besa su frente, donde crecieron albos lirios,
Ocúltale mi muerte, y engaña sus martirios
Diciéndole que habito las islas de la Aurora.

El Anfora

Cincela, orfebre amigo, una ánfora de oro
Para encerrar la roja púrpura de la viña,
Que poséa la gracia de un dáctilo sonoro
I que el alegre pámpano de Anacreonte ciña.

Una ánfora que tenga las curvas de una niña
I evoque del ensueño el singular tesoro:
Cincela, orfebre, el ánfora con la doble ansa de oro,
Para encerrar la roja sangre que dá la viña. . . .

Despertará la flauta viejas mitologías
I bajo los laureles, en blancas teorías
Desfilarán las vírgenes de la tierra de Paros;

I junto al mar de Myrtos, bajo el azul del cielo,
Como un alcyón, el himno levantará su vuelo
En alas de los versos magníficos y raros.

LEOPOLDO DIAZ.

CORAZON DE MUJER

La conocida escritora Matilde Serao, acaba de publicar—con el titulo con que encabezamos estas líneas,—una nueva producción de la cual extractamos el siguiente magnífico relato.

ROMEO Y JULIETA

Renovaban estas dos familias,—Pasqualis y Dericas,—las muy antiguas y ardientes luchas de los Capuletos y Montegos, con la sola diferencia que no se vertía la sangre, pero derrochaban dinero; entre sí no se daban aquellas muertes atroces de otro tiempo, pero por daca las pajas, allá va un pleito, cuyo término era imposible prever. Pleiteaban con aquella voluptuosidad *procesal*, propia de la gente provinciana; como que fuera ésta una de sus más gratas aspiraciones, uno de sus más hermosos deseos. Así se explica que pleitearan ó por despecho, ó por ira ó por disgusto. Desde luego, (y fácilmente se comprende), eran fútiles y de ninguna significación los motivos de aquellas litis incesantes: un arroyo que cambiaba de dirección; una cabra que saltaba por encima de un vallado, ó un arbusto que dañaba un cercadito, etc., etc. Y llovía el papel sellado; y los secretarios escribían en

su estilo bárbaro, providencias amenazadoras; y los juicios se seguían, los gastos aumentaban y los abogados pedían su licencia ó su retiro, seguros como lo estaban, y según la marcha de los sucesos, de transmitir estas querrelas,—como herencia,—á sus hijos. Nadie podía darse cuenta de cómo se había formado tan grande enemistad entre los Pasqualis y los Dericas. Eran vecinos en la ciudad y en el campo; pero cuando se encontraban, veíanse,—y aun, tratábanse,—como unos perros de presa. Iban las mujeres á misa, pero á distintas iglesias. Si las señoritas Pasqualis usaban trajes azules, era evidente que en el acto se presentarían las Dericas con vestidos color de rosa. En el Concejo Municipal, los Pasqualis eran siempre conservadores; los Dericas oposicionistas siempre, y, naturalmente, jamás estaban de acuerdo. Hay que agregar á todo eso, los cuentos, las maledicencias, los dichos mordaces, las alusiones malignas, las palabras de doble sentido,—en una sola frase:—las chismografías más bajas, y tendremos la medida de todas las suciedades y ofensas que pueden lanzarse, en provincia, dos familias rivales.

Pero en medio de éstas y aquéllas, Carlos, el mayor de los Pasqualis, y Maria, la segunda génita de las Dericas, se enamoraron ciegamente: fue aquella una pasión violenta, y tanto,

como había sido la enemistad de las familias.

Salvo que en los pueblos, no tiene variedad ni accidentes el amor. Las relaciones comienzan, por lo general, desde la infancia; siguen su marcha en los juegos del *escondite*, continúan en las fiestas de familia, y van á terminar ante el prefecto y el cura. Con muy pocas excepciones, forma el amor, sentimientos conocidos, vigilados, establecidos, anotados y protegidos por las abuelas indulgentes; estimulados por las madres, sabidos por todo el mundo; en una palabra: son sentimientos sin fuego, sin lágrimas, sin ternura, sin caprichos, muy tranquilos, muy lentos y muy fríos....

Pero Carlos Pasquali había tenido la buena suerte de pasar una vez, quince días en Nápoles, circunstancia ésta que le hacía tratar con cierto desdén, las costumbres de provincia; y María Dericá, por su parte, pasaba íntegras las noches, llorando á moco tendido por las heroínas de novelas, y enviando sus desgracias, sus lágrimas ó su muerte.

Bien habrá de comprenderse que necesitaban estos seres, un amor excepcional. Hubo primero miraditas furtivas, palabras murmuradas muy quedas, claveles caídos de un balcón, sorpresas y satisfacciones fortuitas.... En seguida, ayudados por la complicidad de una obrera que iba á ganar el día de su labor casa de la madre de María, corrieron entre las manos de los jóvenes, unos veinte renglones y la consiguiente respuesta; más luego llegó una diminuta cartica, después una muy larga, y finalmente diéronse á escribir epístolas de ocho y diez páginas, que muestran en el más alto grado, la insensatez de los que están enamorados.

Mas ah! tan cortas fueron las dichas de estos amantes, como pronto los alcanzaron las lágrimas y los dolores! Todo el mundo los asechaba, los expiaba; tenían placer los vecinos en sorprenderlos, en denunciarlos, y todas las iras paternas,—avivadas por once voluminosos procesos,—caían sobre las cabezas de aquellos desventurados, como un manojo de rayos. Se dispuso condenar las ventanas; se cerró con candado la puerta de la azotea; se contaron los claveles, prohibiéronse los paseos, y se cambiaron cada domingo las horas de ir á misa.... mas á pesar de todo esto, amábanse ellos siempre lo mismo. Los regaños, sermones, prohibiciones y el cúmulo de dificultades, sólo servían para levantar más la llama de aquella hoguera. Aun en las más rigurosas noches de invierno, levantábase María, se vestía, envolvíase en un chal, calzábase sus anchos pantuflos, y conteniendo la respiración, temblorosa y llena de miedo, bajaba

la escalera para mirar por la ventana del primer piso, á Carlos, que esperaba en la calle, apoyado á la pared. Así conversaban por dos ó tres largas horas, sin darse razón ni cuenta del frío, de la lluvia, ni del sueño perdido; hablaban sin verse, á cinco metros de distancia, callándose al menor ruido y temiendo por instantes que los interrumpieran en su coloquio aéreo. Pero, ¿qué les importaba? De seguro que no cambiaban ellos su situación, por ninguno de los imperios de la tierra.

Mas, la noche menos pensada, el hermano de María, que no podía dormir, se levantó, encontró que la puerta estaba abierta, oyó ruido de voces y sorprendió á su hermana. Tiró la ventana á Carlos en la cara, dió un solemne bofetón á María, y la encerró en su cuarto por muchos meses....

Al día siguiente; se tapiaron las ventanas. ¡O vosotros todos, fieles amantes, que sufrís por un amor desgraciado, imaginaos los tormentos de aquellas dos criaturas infelices! Eran ilegibles sus cartas, borradas las letras por las lágrimas. Largos renglones de signos de exclamación se alineaban como una hilera de soldados prusianos que están bajo las armas, y prorrumpían en imprecaciones contra la suerte, contra el destino, contra la fatalidad, y demás seres impersonales que son sordos y mudos, y que como se sabe, ni oyen ni responden. Mil y mil proyectos fantásticos, muchos, irrealizables, todos, se elaboraban y discutían; pero horas después ya no satisfacían, y relegábanlos al olvido. Muchas veces había querido Carlos huir con María; pero su padre lo tenía sin blanca en el bolsillo, y no podía el pobre joven reunir un par de duros con qué pagar dos puéstos hasta Nápoles. Por un momento llegaron á pensar en el suicidio!!... pero muy pronto pudieron apreciar que no era el suicidio solución de aquel estado....

Al fin y á la postre, su amor tomó el tipo de todos los amores regulares: las imprecaciones siguieron siendo las mismas, y ni una noche pudieron conciliar el sueño, *sin antes haber vertido sobre el papel amigo, el exceso de su dolor!!*

De no otra cosa se trataba en el pueblo, que de la constante, de la firme pasión é indecibles tormentos de aquellas pobres criaturas. Despertaban el interés general; y si un extranjero, por casualidad, acertaba á permanecer allí unas horas, en el acto hacíanle visitar las ruinas del anfiteatro romano, y de seguida, como necesidad impretermisible, contábanle la historia de Carlos y María. Estos, á su vez, halagados, y si se quiere, henchidos de vanidad, tomaban actitudes

circunstanciales, muy del caso: ella, por ejemplo, estaba pálida, triste, extenuada, sin risas jamás. Sólo hablaba de «sus días sin luz y sin amor», rechazaba toda distracción, y se esforzaba de mañana á tarde, por parecerse á una heroína de Jorge Ohnet. Y Carlos, dábase largos y solitarios paseos; melancólico el carácter, aire pensativo, cerrado todo de negro, y considerándose feliz si lograba inspirar piedada.... Nada; por todas partes no hacía más la gente que conversar de estas pobres víctimas y pensar en ellas; siendo agraciados, y muy bien y especialmente recibidos, todos los que tuvieran noticias últimas y buenas. No tenemos para qué decir, después de escrito lo anterior, que Carlos y María llevaban dignamente el peso, no muy liviano, de su absoluta popularidad.

II

Pero como todo tiene término, 'hé aquí que al cabo de tres ó cuatro años de continuas luchas, de llantos cotidianos, de quejas y gemidos, cambiaron de aspecto los acontecimientos. Una mujer de mucho corazón,—pues todavía las hay,—haciendo lujo de persuasiva elocuencia, convenció á los padres, que los pleitos costaban mucho; que lejos de dejar utilidad personal, sólo convenía á los abogados, los que, de los expedientes hacían su agosto. Deciales aquella buena mujer, que con toda seguridad aquellos jóvenes morirían, sintiéndose tan contrariados en su amor, y que no podíamos ni debíamos ser más severos ó intolerantes que Jesús, el Cristo, que había tenido perdón para sus mismos enemigos. Para ser concisos, diremos, que hizo aquella mujer tanto, tan bien y con tanto acierto, que llegaron las dos familias á pactar una transacción, en la que figuraba como primer capítulo el matrimonio de Carlos y María.

Todo el mundo pensará—es natural,—que fueron dichosos aquellos jóvenes con semejante afortunado desenlace: ciertamente.... Sólo que para ser verídica, véome obligada á confesar, que fue su primera entrevista embarazosa y molestísima. Tenían ellos costumbre de verse desde lejos, á hurtadillas, y á hablarse en la oscuridad, muy por lo bajo. El cambio de situación los desagradó, y al desagradarse, se encontraron un tanto ridículos. No encontraban tema de conversación; no sabían qué decirse, y esperaban con impaciencia febril el momento de separarse. Como ya no habría más lágrimas que mezclar con las gotas de su tinta, dejaron de escribirse. Como la vida se había hecho fácil para ellos, no había tampoco padres suspicaces que engañar, ni palabras voladas al oído, ni mucho me-



Bacchus — Srta. L. Mante



Sra. Lucía Jousset — Del Teatro del "Palais Royal"

ARTISTAS FRANCESAS

nos proyectos audaces formados para el porvenir....Iban á casarse estos jóvenes enamorados, tan prosaicamente, como todos los novios se casan. Y como en la ley común habían entrado, nadie les prestaba la más ligera atención, ni mucho menos se les mostraba como un ejemplo de singular fidelidad. Ahora, la curiosidad del lugarejo ó pueblito se había despertado por la mujer del Prefecto, que parecía tener una culpable simpatía por el sustituto.....Un caso muy grave.

Halláronse abandonados los dos prometidos, y una frialdad glacial los se-

paraba. Juzgaba Carlos que la virtud de su María, aquella virtud que él tanto había exaltado en sus cartas, venía muy á menos en el hogar. Y á María se le representaba su bien amado, como un joven muy trivial en sus gustos; dándose por otra parte á pensar, que, concluir por un matrimonio estúpido, un amor como el que ella antes había experimentado, era totalmente indigno de una admiradora de Jorge Ohnet.

Dijéronse algunas palabras intencionadas sobre las *ilusiones rotas por la realidad*; sobre esperanzas que eran co-

mo *mirages engañosos del desierto*; sobre las *decepciones de la vida*, y otras frases románticas y alusivas. En esto, sobrevino una disputa, á poco, otra.... hasta que el día más claro, dijo María con irritable acento:

—Carlos, separémonos.....

—Bueno, separémonos, respondió tranquilamente.

Temprano, al siguiente día, despedíase Carlos para un viaje de negocios, y María para Nápoles, á casa de una de sus primas, á donde soñaba encontrar un héroe digno de ella.

Quebraron de nuevo las relaciones

de ambas familias. El padre de María abrió una ventana que daba ó caía sobre el patio de su vecino; y éste, para vengarse, construyó un palomar sobre una pared medianera. En el acto, como del cielo caida, llegó la primera citación, *incontinenti* la segunda, una tercera, etc. Por último recomenzaron también los procesos, y por esta vez, al decir de los abogados, sin esperanzas ningunas de transacción posible.

MATILDE SERAO.

RECUERDOS UNIVERSITARIOS

JOSÉ MARTÍ

Tienen los hombres dotados de fuerza superior para llevar á cabo cosas extraordinarias, en el lenguaje de sus obras, una elocuencia que se impone á los espíritus, atrae y cautiva. Esta excepcional grandeza, esta fuerza superior, les son ingénitas, y por ello, ora recorran los caminos de la vida, aplaudidos de la fama y espléndidamente favorecidos de la fortuna, ora, anden peregrinos de la desgracia, acosados de cruces infortunios, se imponen á la expectación pública y merecen la admiración de la posteridad. Una mirada orgullosa de Mario, escondido en un pantano, bastó para infundir miedo al militar enviado á quitarle la vida. El fuego del alma, el valor del corazón, el genio, el hombre mismo, se revelan en la mirada: con razón dijo Montalvo refiriéndose á Bolívar, que mirarle de frente era considerarse perdido.

Si á los grandes hombres, además de sus hechos singulares, les concede el cielo de modo especial las más espléndidas galas del genio y de la elocuencia, adquieren aureola de gloria, con luz inmortal como bajada de las miríficas regiones. Napoleón es grande, acaso la figura más descollante del mundo, porque su obra no tiene paralelo en los tiempos antiguos ni modernos; pero no sabemos por qué al estudiar su historia, más grande que el mismo Napoleón, nos parece su genio fulgurante, que se revela casi en su niñez, y á los 26 años le hace admirar en Europa, y á los 30 señor del mundo, ya vencedor en las Pirámides. En horas de reflexión, para la inteligencia no hay hombres grandes, revoluciones fecundas, hechos trascendentales, redenciones posibles, donde no fulguran las ideas, donde la civilización no ha hecho sólidas sus conquistas, por el imperio de los principios y el respeto del derecho. En aquella conflagración de Francia, en aquella lucha de cíclopes, en aquel centellear de esclarecidos ingenios, en aquel vasto escenario, lleno de luz y de glorias militares, se encarnó el genio en Napoleón, y se alzó el casi adolescente tan alto, como las empinadas cumbres, donde la naturaleza con fuerzas desconocidas, estremece la tierra coronándola con ríos de fuego. Tal pareció aquel capitán famoso, adueñándose por su genio de la humanidad y sus destinos. Si brilla la corona del genio en la frente de los guerreros insignes, alumbrando sus obras inmortales, por sí mismas, ¿quién podrá

dejar de admirarlos, si personifican la gloria más aquilatada, y sus ideas, eternamente fijas y luminosas en las aspiraciones más excelsas, el porvenir anhelado?

En días de entusiasmo, dedicados á honrar héroes y enarrar virtudes, llegó á las playas de Venezuela, un republicano insigne, un apóstol de la libertad, un egregio pensador, un hombre joven, de continente gallardo y respetable, de mirada penetrante y luminosa, de frente ancha y despejada, como para contener muchos y altos pensamientos; de modales cultísimos, de actividad constante y sobresaliente, y de tal modo comunicativo, franco y atrayente, que recién llegado, fue dueño de voluntades, tuvo amigos y admiradores. ¿Quién no recuerda á José Martí, y no sabe que sólo dejó simpatías entre nosotros, inspiró entusiasmos, y vivió en propaganda de libertad y de ciencia? Aquel hombre tenía del fuego que animaba los antiguos profetas, y creía en el triunfo de su causa con una esperanza cierta, que daba á su rostro el encanto del placer y á su palabra vencedora, la elocuencia de un salvador de la Patria, discurriendo ante sus conciudadanos, á presencia de los trofeos de su gloria.

La juventud venezolana, de suyo amiga de los pensadores y héroes, pues tales fueron sus ascendientes, no podía recibir sino con entusiasmo al egregio hijo de la Perla Antillana, á la cual quiso el Libertador ir á combatir con sus legiones triunfadoras, y en la cual combatieron después, ofrendándole intereses y vida, varios patriotas venezolanos. Martí respiró en Caracas brisas regeneradoras, encontró corazones entusiastas, voluntades firmes, almas inspiradas, y culto ferviente por aquellos hermosísimos ideales, que dieron á su constante combatir, á su generosa, gallarda vida, á su verbo fulgurante, la trascendencia de elevar y revolucionar el espíritu de sus compatriotas, de preparar y sostener aquella gigantesca lucha, de la cual surgió independiente y gloriosa la República de Cuba.

Martí durante su estada en Caracas, agrupó en torno suyo numerosos admiradores, y su palabra sonora, con cadencias, tenía miel, y brotando de sus labios parecía cascada de luz, de perlas, de flores, cuando hablaba de su bella patria, de su independencia, de su libertad; y parecía también, torbellino atronador, tempestad de relámpagos y rayos, si maldecía las tiranías, sus oprobios, y la repugnante miseria de la corrupción humana, cuando se ven hombres de rodillas ante los malvados victimarios de la República, conculcadores del derecho. Su pluma era estilete agudo de dos filos, que hería y rasgaba, dirigido contra los réprobos de la especie humana, contra los que pudiendo embellecer la existencia de sus semejantes, la deshonran, la humillan, para destruir la libertad y entronizar el despotismo, con su cortejo de ignominias y bajezas, cubiertas con mantos purpúreos, como si bajo ellos no pudieran andar despreciados de la gente honrada, los figurones del orgullo y los indiciados de deshonra.

Deseosos algunos jóvenes de recibir clase de oratoria del insigne Martí, obtuvieron

su beneplácito entusiasta. Sabedor de lo que ocurría el ilustrado y benemérito doctor Guillermo Tell Villegas, nos ofreció el principal salón de su Colegio, regentado entonces en el edificio que hoy ocupa la Academia Nacional de Bellas Artes. En él, varias veces á la semana y por algún tiempo, de las ocho á las diez de la noche, vibró poderosa la voz elocuentísima de aquel peregrino de la libertad, de aquel atleta incansable, que anhelaba dejar en el ánimo de la juventud venezolana, vinculados todos los tesoros de su alma, todos los ensueños de su inagotable fantasía, todas las grandezas de un porvenir apenas concebible. Aquellas dos horas sensiblemente no trascurrían para los que le oíamos: estábamos encantados, habíamos encontrado el verbo de nuestros ideales, habíamos como ascendido en alas de gratas ideas, alentados por la dicha, con los corazones rebosantes de júbilo, con las almas llenas de esperanzas y de paz, á un Tabor de inmortales transfiguraciones. Cuando aquella palabra, amor de la libertad y de la ciencia, dejaba de cantarlas armoniosamente, despertábamos como de un sueño, volvíamos sobre nosotros mismos y todavía encontrábamos en el plácido rostro del apóstol, la maravilla de una inspiración superior, la claridad de un espíritu iluminado. ¡Qué noches aquellas! ¡Cuán imperecederos sus recuerdos! El maestro nos decía preciosidades del hogar, de la familia, de la poesía, de la ciencia, de los héroes, de los libertadores, de sus impresiones, de sus tristezas, de los caprichos de la imaginación, pero siempre fijándose en cada ocasión propicia, sobre los más excelentes dones de la libertad. ¡Cómo pretender que el condor se detenga en la colina, y no vaya al peñasal de altísima cumbre, donde se siente libre en el espacio y ve de cerca el sol? La palabra de Martí era inagotable y flúa límpida, sonora, elocuente, bella y pintoresca de sus labios: era él, artista de obras delicadísimas: era cíclope de trabajos rudos y formidables: tenía á veces aquel encanto inefable que inspira Fenelón, ó la energía incontrastable de un escritor gigante como Bossuet, armado de dialéctica inflexible y centelleante.

Ha trascurrido largo tiempo, hemos cruzado los mares de la vida y, sin embargo, como flores frescas recién cogidas, nos han acompañado dulcificando nuestras penas, en nuestras vicisitudes, los recuerdos de aquellos paseos triunfales del pensamiento, de aquella elocuencia que todavía tiene vibraciones deleitables. Los recuerdos señalan en el alma de modo perdurable, los hechos de la existencia, y son la vida con sus encantos y dolores.

En una de aquellas sesiones oratorias, sirvió de tema el pueblo de Israel, y con lenguaje expresivo y sublime, enarró el orador las maravillas de aquel pueblo excepcional. Creíamos que no era posible decir cosas más hermosas y poéticas, pero cuando el orador se considera en la cumbre del monte Nebo, y presenta al pueblo israelita y á Moisés contemplando la tierra prometida, su elocuencia fue nueva, sorprendente, y lo sublime parecía poco ante aquel



LA COMEDIA HUMANA. -- Cuadro de J. Rolshoven

espíritu transfigurado por el poder cuasi divino de las ideas. Con cuánto dolor nos dijo que Moisés á los noventa años de vida, joven, sano, sin haber perdido uno solo de sus dientes, á presencia de la tierra de promisión, iba á morir, teniendo á la vista casi al alcance de la mano, la felicidad acariciada en prolongados años de inconcebible peregrinación, por arenas y desiertos llenos de peligros. Aquellas patéticas figuras conmovían el corazón, aparecían con vida y movimiento, y llevaban al alma, generosos y sublimes ideales.

Recibieron de Martí saludables enseñanzas, Luis López Méndez, David Lobo, Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, César Zumeta, Víctor Manuel Mago, Andrés Alfonzo, Ramón Sifuentes, Gonzalo Picón Febres, José Mercedes López, José Elías Landines y muchos otros, como los nombrados, conocidos ventajosamente por su ilustración y altas ejecutorias.

El noble apóstol murió en día inesperado, por manos alevosas: debió al sentir herido su noble pecho, al ver la tierra de su adorable patria regada con su sangre, vertida en defensa de sus ideales, parecerle menos doloroso su cruel infortunio. Dicen que los grandes patriotas que mueren por la libertad, conservan en el rostro como sonrisas inefables.

JUVENAL ANZOLA.

LOS DORMILONES

En eso de dormir todos somos maestros más ó menos competentes.

Sin embargo, el dormilón propiamente dicho es como el poeta, como el músico, como el pintor, es decir, que nace y no se hace. Es el artista del sueño. Se hace llamar de propósito para gozar del inmenso placer de volverse á dormir.

Hay dos clases de dormilones: el que duerme largo de turbio en turbio, ó sea el que se acuesta con las gallinas y se levanta con el sol; y el que tiene el sueño pesado, contra el cual no valen gritos ni tirones.

De uno y otro nos ocuparemos en esta especie de *morfeniana*.

En los climas fríos, como Mérida, v. g., la gran hora, el periodo supremo para los dormilones artistas es la madrugada y las primeras horas del día, cuando el frío aprieta por fuera y la cama se siente voluptuosamente confortable.

Para los chicos de escuela y estudiantes mayores, sin distinción de sexos, no hay mayor tormento que verse despertados por la voz imperiosa del jefe de la casa á esas horas de la mayor delicia.

¡Cuántos estirones de brazos y piernas,

cuántos bostezos, cuántos gestos de mal humor y de pereza profunda antes de tomar la heroica resolución de sentarse en la cama!

Y cuántos hay que, después de este primer acto de valentía, sentarse en la cama, viendo que quedan de nuevo solos, se dejan caer en el lecho para continuar durmiendo á pierna suelta.

Ah, dichosos los que así duermen, porque esos gozan de tranquilidad de espíritu y buena salud. En cambio, cuán dignos de lástima son los que padecen de insomnio, porque á esos la salud les falta ó el espíritu les sobra.

Entre las calamidades que produce el sueño, unas son del fuero interno, como las pesadillas; y otras del externo, como los ronquidos. Unas y otras dan materia para un tratado, pero tranquilícese el lector, porque no estamos dispuestos á escribirlo ni ahora ni nunca.

Vaya sólo una anécdota relativa. La escena pasa en un cuartel, en noche de alarma.

—Sargento Rodríguez, déme acá el fusil y acuéstese á dormir aquí mismo— le dijo el capitán, señalándole un puésto en el mismo cuerpo de guardia.

—¿Qué es eso, capitán?—le dijo el

oficial del cuerpo.—¿Por qué manda usted á dormir á ese sargento, contra toda disciplina?

—Es porque este sargento ronca como un trueno, y así no dejará dormir á ningún soldado.

De un dormilón de sueño pesado se cuenta—caso histórico—que tuvo la inmensa dicha de no sentir en Mérida el terremoto del 28 de abril de 1894, que fue á las diez y cuarto de la noche.

Y de otro, no menos afortunado, se refiere que habiendo sentido entre sueños la tremenda sacudida, contestó entre dientes, creyendo que lo movían para que se levantase:

—¡No, no, todavía es muy temprano!...

El finado siglo XIX, que fue manilargo en todo, hasta en el arte de matar á los hombres, en guerra y fuera de ella, no se olvidó de los dormilones é iluminó al alemán Herr Langue, para que hiciese una máquina anti-morfeica, que consiste en una cama despertadora, de la cual se publicó una descripción en 1888 y que perfeccionada hasta el extremo, produce los efectos siguientes:

1º Llegada la hora de levantarse, suena un repique de campanas largo y sonoro en las orejas del dormilón.

2º Si con esto no despierta, se mueven sobre el lecho unos brazos automáticos que le quitan al paciente el gorro de dormir, las sábanas y las cobijas.

3º Si esto es ineficaz, se enciende una lámpara de alcohol por medio de la electricidad y empieza á hervir el café, al són de una ruidosa pieza musical.

4º Si el olor del café y la música no hacen levantar al dormilón, vuelven las campanas, y sobre el cielo de la cama, iluminado con luces de bengala, aparece una invitación por escrito en que se le excita á levantarse en términos muy corteses y suplicatorios.

5º Si el paciente aún continúa rehacio, entonces funciona la parte más ruidosa del aparato, haciendo resonar un tambor y dos cornetines de guerra é incendiando debajo de la cama un depósito de triquitraques y cohetes.

6º Si nada de esto basta, entonces un resorte muy potente arroja de la cama al dormilón con grande estrépito y lo deja tendido en el suelo de la habitación.

Pues bien, puesto en práctica este gran invento con un dormilón de tuerca y tornillo, resultó que, agotadas en balde todas las maniobras, se llegó al caso final de la voltereta por el aire; y cuando el dormilón se vió tendido en el suelo limpio y pelado, se restregó los ojos y acomodándose de medio lado, exclamó con perfecta calma:

—¡Vaya, hombre, ahora podré seguir durmiendo con más tranquilidad!...

Hay tipos que cuando cogen el sueño no despiertan ni con la trompeta apocalíptica.

TULLIO FEBRES CORDERO.

LA CAUTIVA

No sé por qué soberbio é inexplicable pecado está cautiva la fría princesa en la sala de los muros de cobre; inmóvil y como enorgullecida por miradas de invisibles multitudes, sentada en un trono, entre dos quimeras de oro, ha languidecido y sin duda contempla en el espejo de las murallas su insolente belleza.

Sin embargo, se levanta, y con los ojos ardientes aún por los sueños que no ha borrado la vigilia, va hacia los muros metálicos. En su transparencia ve, como en una bruma de aurora, venir una forma vaga, una forma voluptuosa de mujer, con los cabellos sueltos; estrechada de amor sobrenatural, murmurando palabras de bienvenida, corre con los brazos abiertos hacia la real visión... Pero reconoce su propio esplendor, percibe en la sala el único perfume: el de su carne... Entonces, desfallecida y triste, desabrochado el traje de púrpura, viene á sentarse y á llorar en medio de las quimeras irónicas:

«Yo—dice—todavía yo!» y á su rededor la sala eleva sus implacables muros pulidos: ni flores amigas, ni viejas armas! dondequiera reflejada por los muros, tan sólo la cautiva adorna su prisión.

¡Cuántas horas se fastidia y sufre la fría princesa guardada por su imagen! Entretanto, ella se odia: querría cubrir con velos los grandes espejos que la convierten en su carcelera eterna.

Una ventana se abre: si ella pudiera ver por esa ventana los vendimiadores errantes por las viñas ó las segadoras metiendo sus brazos en el toisón de los trigos, ó siquiera—y esto sería divino—los graves bueyes ahondando los surcos negros en las llanuras crepusculares! ¡Cómo se inclinaria locamente en su ventana y cómo mandaría á los campos en labor largos y fraternales besos!

Ah! el sendero que pasa allá, abajo, está para siempre desierto; no tiene principio ni fin, y los árboles negros que lo adornan tienen un susurro solemne de aguas que corren hacia el Océano. En su dolor la princesa desgarras sus vestidos; los collares arrancados desgran sus gemas con un ruido de burla; bajo los jirones de su púrpura desgarrada, aparece toda en los espejos que exaltan la inútil gloria de su rica nubilidad.

Al fin, la puerta va á abrirse: ¡si fuera esta la hora del perdón! ¡Si el bello vencedor, vestido de luz, fuera á entrar! ¡Si alguna voz armoniosa fuera á gritarle: «Vengo á librarte de tí!»

No. Es una esclava que ofrece en copa de esmeralda, frutas raras y preciosos vinos; y esta esclava lleva también traje de púrpura, deja también caer á tierra el pesado tesoro de sus cabellos, y, de

cuerpo y faz, es—más que una hermana—semejante á la princesa; es además buena y dulce, y habla un rauco lenguaje de Oriente que hace parecer las palabras de amistad como arrullos de paloma.

Pero en la belleza de la enviada, la cautiva no encuentra sino su propia belleza y las palabras consoladoras sólo la hacen soñar en su propia voz; por eso la princesa dolorosa arroja coléricamente á la amante, á la bella esclava, más cruel que los espejos.

EPHRAIM MIKHAEL.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—¿Qué mujeres son las que más agradan á los hombres?—Por qué agradan las fábulas á los niños.—Resurrección y longevidad.—El «reconocimiento» de los grandes hombres.

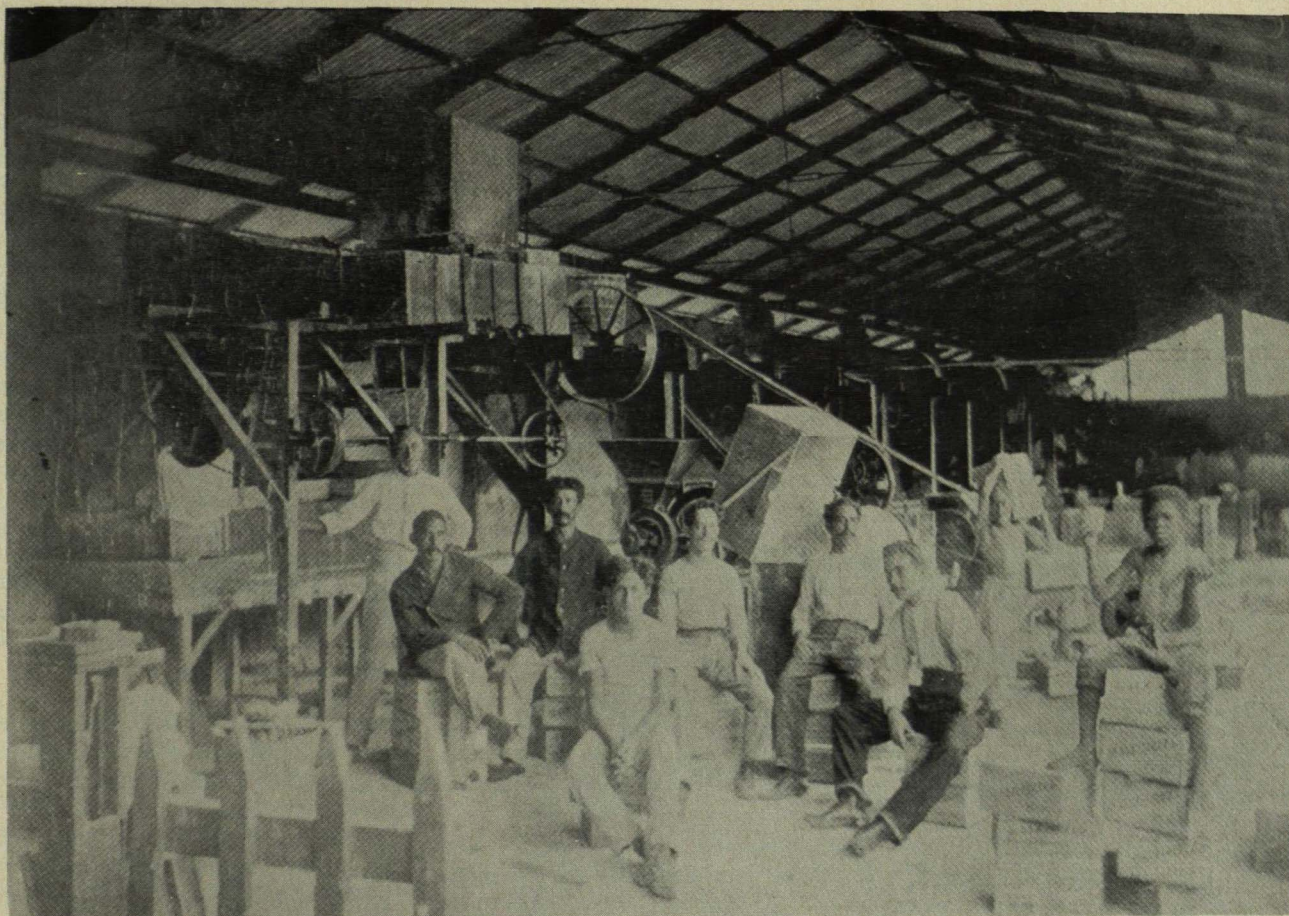
¿QUÉ MUJERES SON LAS QUE MÁS AGRADAN Á LOS HOMBRES?—Primero Rafford Pyke en *The Cosmopolitan*, y luego Emilio Faguet en la *Revue Bleue*, se han hecho esta pregunta, procurando darla una respuesta satisfactoria.

Si como cree Schopenhauer, todo sér humano, cuando siente el amor, no hace más que tratar de completarse y compensarse, obedeciendo á la ley de la naturaleza, que quiere la perpetuidad y la no degradación de la especie, y que para ello le excita á buscar en otro sér las cualidades y los defectos mismos que le faltan, no hay ni puede haber «mujeres que agraden á los hombres», sino tal mujer que agrada á tal hombre: la enana, al gigante; la ingeniosa, al imbécil; la autoritaria, al tímido, y en este caso claro es que no hay cuestión ni cabe si quiera formularla como lo hace Pyke.

Todo el mundo sabe, dice el escritor americano, que hay hombres que agradan á todas las mujeres, y todo el mundo sabe quiénes son y cuáles son; pero en cuanto á las mujeres que agradan á los hombres, la cuestión es mucho más compleja y delicada. Faguet se asombra, no sin razón, de la primera de estas afirmaciones, y no cree en la existencia de esos hombres que agradan á todas las mujeres. Los éxitos de los hombres feos, ó por lo menos de los que parecen feos á los hombres, son innumerables y asombrosos, y eso significa que las mujeres desconfían del hombre guapo, le creen infatuado y soberbio, y sobre todo infiel, y prefieren al feo, con el que están tranquilas; esto puede ser una explicación; pero en todo caso el éxito de los feos destruye la teoría de Rafford Pyke, porque no existe más que un tipo de belleza, mientras que, á Dios gracias, existen cien tipos de fealdad.

Prescindiendo ahora de métodos y teorías, hé aquí las conclusiones de Rafford Pyke y las observaciones de Faguet:

1ª La mujer que agrada á los hombres, dice Rafford Pyke, no es la mujer her-



Taller de la fábrica de "Mafz-Oriza"

mosa; la hermosura no ejerce ya influencia en los hombres; se admira, pero no se ama.—Las mujeres bonitas son numerosas; pero las mujeres que pueden llamarse hermosas son excepciones muy raras, dice Faguet. Por consiguiente, nos faltan datos para resolver, porque ¿cuántas mujeres hermosas podemos contar que no tengan dueño ó adorador? Si hay alguna, es pura casualidad, de la que nada puede deducirse.

2ª La mujer que agrada á los hombres es la mujer graciosa, más bien que la mujer bonita.—Es verdad, añade Faguet. El hombre, siempre torpe y desgarbado, adora en la mujer lo que á él le falta, la gracia. Por eso el baile ha sido en todos los pueblos como la introducción al amor, porque la danza despliega toda la gracia de la mujer, y la muestra en toda la perfección á que puede llegar. La marcha, sin embargo, puede reemplazar hasta ventajosamente al baile como manifestación de la enritmia personal. La gracia inmóvil es la estatua armoniosa; la gracia andando es la vida armoniosa.

3ª La mujer que agrada á los hombres es la mujer elegante, la mujer que *sabe encajarse*: es la mujer que viste bien (primer cuadro) y cuyo salón está decorado (segundo cuadro) con gusto propio, co-

mo si formara un accesorio ó prolongación de la persona misma. Una mujer que en su casa está como en visita, aunque esté elegantemente vestida, podrá ser «una elegante», pero no es elegante. Faguet asiente, y aquí, como en el caso anterior, encuentra la aplicación de la teoría de Schopenhauer, pues el hombre es el sér menos elegante, lo mismo en su vestido (desde fines del reinado de Enrique IV) que en su habitación, siendo natural que busque en la mujer elegante lo que le falta para completarse.

4ª La mujer que agrada á los hombres es la mujer franca, absolutamente franca. La franqueza absoluta—dice Rafford Pyke—es en la mujer el rasgo de carácter que merece mayor admiración por ser el más raro. Según Faguet, el escritor yanqui no está en lo cierto; ni la franqueza absoluta es posible dentro de las exigencias del trato social, ni haría nacer el amor en el hombre, sino que lo espantaría.—Si lo que Rafford Pyke ha querido decir es que agrada á los hombres la mujer que no es embustera, eso es ya otra cosa.

A la mujer graciosa, elegante y sincera, añade Faguet la mujer amante, pareciéndole que esta cualidad es la principal, la esencial de la mujer amable. El

medio de ser amada es amar. La alegría es también una seducción poderosa; la alegría es la salud del alma, es una gracia, es una promesa de felicidad, y debe también ser tenida en cuenta entre las cualidades que hacen más agradables á las mujeres.

—
POR QUÉ AGRADAN LAS FÁBULAS Á LOS NIÑOS.—Paula Lombroso dedica en la *Revista Moderna* un interesante artículo al estudio de esta curiosa cuestión. ¿Por qué los niños toman con tanto interés esas historias fantásticas de árboles que bailan, piedras que cantan, botas de siete leguas, anillos que hacen invisibles á sus poseedores, y tantos y tantos otros cuentos extraordinarios é inverosímiles?

Muchos creen que esto depende del desarrollo de la imaginación; pero no debe ser así, porque yo—dice la escritora—he tenido á la vista mucho tiempo gran cantidad de niños, y estoy persuadida de que tienen poquisima fantasía y de que los relatos maravillosos son interpretados por ellos de un modo que ni siquiera sospechamos ni menos podemos imaginar. Este mundo supranatural no tiene para ellos nada de mágico ni de increíble, sino que les parece sencillo y natural, ya que lo que ven y oyen real-

mente es tan maravilloso como aquello para ellos.

Yo he visto, por ejemplo, á mi hijo, de diez á catorce meses, preocupado por un hecho que debía parecerle portentoso: las campanas. Vivíamos cerca de una iglesia, y cuando las campanas sonaban, llenando el aire con sus alegres tañidos, el niño se maravillaba, buscando la causa de aquel ruido. Otro hecho no menos curioso es la pasión de los niños, entre los nueve y los diez y ocho meses, por los zapatos. Nada les entretiene tanto como sus zapatitos. Y es porque los estiman como parte de la propia persona, debiendo sucederles lo mismo con los anteojos, pues las personas que los gastan llaman extraordinariamente la atención de los niños.

También creía el niño de la Lombroso que las ovejas balan con la cola, porque cuando tiraba de la cola á una oveja que le habían regalado, balaba. Un niño de dos años tenía grandísimo miedo de los árboles, y esto era muy natural: si un bastón no se tiene en pié por sí solo, ¿cómo los árboles pueden sostenerse? De aquí el temor de que se cayeran y le hicieran daño. Otra niña, de tres años, no quería mirar las estrellas, porque quemaban; y es que las asimilaba á las chispas, que sin duda la habían quemado.

En el curso de la vida ven los niños cosas maravillosas: un día de invierno se asoman á la ventana, y ven el paisaje transformado, todo vestido de blanco; unos creen que es azúcar, otros que es sal, otros que es el Señor, que envía migajitas de pan á los pájaros; ¿por qué no han de creer en lluvias de confites y bombones, ó de monedas, después de haber visto una nevada?

Me acuerdo—dice la Lombroso—de una niña de cuatro años, que ayudando á su madre á llevar un cesto, donde había un trozo de carne cruda, vió dos ó tres perros acudir y girar en torno del cesto.—Sienten la carne—dijo la madre.—Pero ¿cómo, si el cesto está tapado? ¿cómo saben que llevamos carne si no la ven?—decía la niña, maravillada.

Esta misma niña viendo poner al sol ropa mojada, que á la media hora estaba seca, preguntaba: Pero ¿dónde va el agua, quién se la lleva? ¿Cómo esta niña, antes de ver seco lo húmedo, ha de sorprenderse de que lo dulce se vuelva amargo, y lo blanco negro? ¿Y el eco? Se oye el grito que repite la palabra, se busca de dónde sale, y no se encuentra nada. ¿Qué puede ser eso? Una voz del aire, un espíritu, una persona invisible que se esconde.

Hay otro grupo de cuestiones que los niños se plantean y que demuestran que lo que es imposible para nosotros es para ellos cosa natural y corriente. Un niño de Egger decía á su abuelo:—Cuando yo sea grande y tú pequeño, yo te lleva-

ré. Otra niña no comprendía cómo se hace para crecer, y creía que bastaba añadir un poco las piernas, los brazos y el cuello. Otra niña, hermana de la Lombroso, creía que las personas nacían como son: unos como niños, otros como hombres hechos, y otros como viejos. Otra niña creía que, así como los niños son hijos de los hombres, las piedras pequeñas son hijas de las grandes, y los bastoncitos de los bastones.

Gran número de niños creen que los recién nacidos se encuentran dentro de los huertos, ó en las flores. Una amiga mía—dice—me ha confesado que hasta los nueve años andaba buscando en las plantas del huerto un niño á punto de nacer. En realidad, esto no es más maravilloso que ver salir un pollo de un huevo.

Para el niño no existe la distinción entre el reino mineral, vegetal y animal; el antropomorfismo es innato en él. Así la niña de Taine cree que la luna juega al escondite, y el niño de Paula Lombroso, de dos años, cree que el tren va á Turín para hablar con el abuelo: así los niños que oyen un fonógrafo creen que hay dentro un hombre escondido. Nada, pues, tiene de extraño que les parezca corriente que los animales hablen.

Es, pues, muy probable que las fábulas agraden á los niños por la realidad que ellos les dan. Creemos transportarlos á un mundo fantástico, cuando la realidad es para ellos tan fantástica como nuestros cuentos. Al niño le sucede con las fábulas lo que á los jóvenes con la poesía y á los adultos con la ciencia.

RESURRECCIÓN Y LONGEVIDAD.—Los hechos revelados por Kuliako en su nota á la Academia de Ciencias—dice el doctor Romme en *La Revue*—son de tal modo sorprendentes, que el mundo científico se hubiera negado á recibirlos si la autoridad del gran filósofo Marey, portador de la nota, no les hubiera servido de garantía. Hé aquí el pasaje principal de la famosa nota:

«He podido—dice Kuliako—reanimar del 3 al 16 de agosto el corazón de un niño de tres meses, muerto de pneumonía doble. El corazón, veinte horas después de la muerte, se ha sacado del cadáver, llevado al laboratorio sin precauciones especiales y sometido á la circulación artificial según el método de Laugendorf y con el líquido de Locke, caliente y saturado de oxígeno. El corazón permaneció inmóvil largo tiempo; pero al cabo de veinte minutos, aparecieron débiles contracciones rítmicas, primero en los tejidos y luego en el ventrículo derecho, hasta que al fin el corazón entero ha dado pulsaciones regulares durante una hora. Este experimento he podido repetirlo más tarde en otros corazones humanos, y he conseguido varias veces

provocar pulsaciones en los tejidos y en las aurículas treinta horas después de la muerte, á pesar de coágulos voluminosos en el corazón.»

¿Poseeríamos, pues, un método que, gracias al empleo de un líquido, permitiría hacer revivir el corazón de individuos muertos veinte ó treinta horas antes? Para responder, importa conocer los antecedentes del descubrimiento de Kuliako.

El corazón no es tan frágil como creemos. Todos los estudiantes de Medicina saben que el corazón de una rana ó el de una tortuga, puesto sobre una bandeja, sigue latiendo durante varias horas y hasta varios días, según las condiciones del experimento. En los animales de sangre caliente, el corazón ofrece menos resistencia; pero por un artificio de laboratorio es posible reanimarlo. Basta para ello hacer circular por las arterias coronarias una corriente de sangre arterial ó simplemente la solución Locke, una solución de sal saturada de oxígeno; de este modo ha podido Locke hacer latir doce horas el corazón de un conejo. La novedad del experimento de Kuliako está en haber operado sobre corazones muertos, y, sobre todo, sobre corazones de seres que habían dejado de existir hacía veinte ó treinta horas. Ahora bien: ¿qué alcance práctico tienen estos hechos?

Ante todo, hay que decir que el masaje directo del corazón ha sido practicado en estos tiempos por varios cirujanos, que se han encontrado con el fenómeno de la muerte por el cloroformo. Esta muerte es debida á la parada brusca del corazón. En uno de estos casos, en 1898, Tuffier no vaciló; abrió el vientre y se puso á amasar el corazón, como Prus y Batelli lo habían hecho con los perros y los conejos; el fracaso fue completo. Sólo un médico dinamarqués había conseguido reanimar el corazón parado y hacer vivir trece horas á su operado.

Es difícil decir por qué el masaje directo del corazón, que produce maravillosos resultados en los animales, fracasa en el hombre. Se ha dicho que el fracaso proviene de que en la muerte súbita se pierde un tiempo precioso empleando otros procedimientos terapéuticos en lugar de practicar inmediatamente el masaje del corazón. Es posible; pero por el momento no es menos cierto que en lo que en los animales se obtiene con exactitud matemática no da resultados en el hombre. En todo caso, no olvidemos esto: aunque se consiga reanimar el corazón, no se logra resucitar al animal.

Estas restricciones y estas reservas hay que hacerlas, hoy más que nunca, en vista de los experimentos de Kuliako. Nada más fácil, en efecto, que caer en la tentativa de creer que con estos experimentos se puede cambiar la terapéutica de las enfermedades cardíacas. En mu-

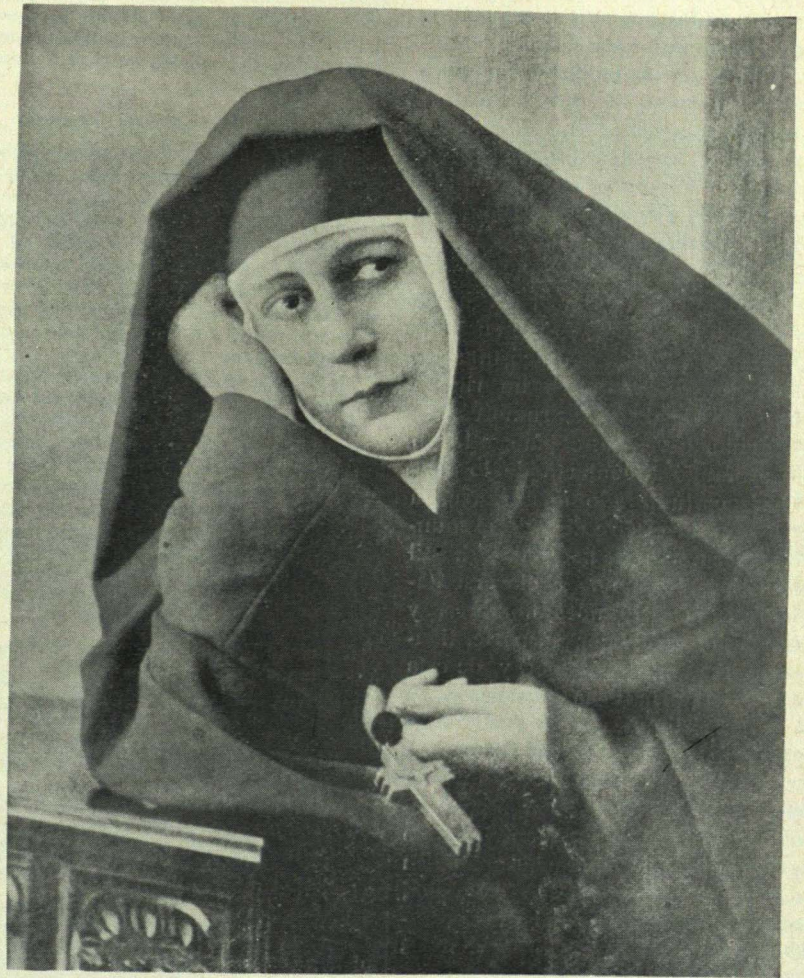
chas enfermedades, se dirá, se muere porque el corazón, envenenado por las toxinas tíficas, pneumónicas, diftéricas ú otras, se niega á trabajar y se para. ¿No bastará llamar á un cirujano? Abrir el tórax, hendir el corazón para sacar el coágulo obstructor, recoserlo y acabar con una inyección de Locke es asunto de unos minutos para quien sabe manejar sus diez dedos... Esto es peligroso, y no hay que dejarse arrastrar por el entusiasmo. Pero, aun poniendo una sordina al entusiasmo, es también ocasión de repetir con Horacio: *¡Nil admirari!*

Lo indiscutible desde luego es el gran alcance científico de los experimentos de Kuliako, que muestran lo poco precisas de nuestras nociones sobre los límites de la vida y la muerte; que enseñan que la autonomía de los órganos va más lejos de lo que se creía, y que, abriendo nuevos campos á la investigación, nos dicen que las relaciones entre las funciones y los órganos pueden ser distintas de las que creemos.

EL «RECONOCIMIENTO» DE LOS GRANDES HOMBRES.—En toda Europa—dice en la *Nueva Antología* Paula Lombroso—asistimos á un verdadero concierto de fiestas conmemorativas celebradas en honor de los grandes hombres. En Italia, por Leopardi y por Mazzini; en España, por Calderón y Colón; en Portugal, por Camoens y Pombal; en Francia, por Victor Hugo y Dumas; en Noruega, por Nansen; en Alemania, por Virchow, y hasta en Polonia hemos visto el espectáculo de todo un pueblo que para celebrar el 25º aniversario del *¿Quo vadis?* regala á su autor un castillo magnífico, con su parque correspondiente.

Todas estas fiestas revelan la tendencia actual de los pueblos de admirar y reconocer con mayor prontitud y facilidad á sus grandes hombres. Savonarola y Jordán Bruno fueron quemados vivos por haber predicado la libertad del pensamiento; Galileo fue atormentado por afirmar que la tierra se movía; Colón muere miserablemente por haber descubierto un nuevo mundo; Dante no era en sus tiempos más conocido que lo son hoy Trilussa y Pascarella, y Shakespeare pareció á sus coetáneos tan poco digno de ser tenido en cuenta, que se han perdido las huellas de su persona.

Más tarde, los grandes pensadores no han sido quemados; pero han sufrido todo género de amarguras. Jenner fue ridiculizado por su descubrimiento de la vacuna; Beccaria fue tratado de loco por combatir las crueldades de la tortura y de la pena de muerte; Mazzini tenía que emigrar y ganarse la vida con artículos de revistas; para el gran Cataneo, sociólogo, lingüista, legislador y matemático, no se encontraba más que un cargo modestísimo de profesor del Instituto de Lu-



Rosa Bruck, artista francesa del teatro Antoine, en "La Fille Sauvage"

gano... Pues bien: de treinta años acá las cosas han cambiado mucho.

Los compositores contemporáneos Mascagni, Franchetti y Puccini, en Italia; Massenet, Bizet y Saint-Saëns, en Francia (Bretón y Chapí, en España), se han hecho célebres en edad juvenil, mientras que Beethoven moría ignorado y miserable, y Wagner mismo tuvo que esperar veinte años las caricias de la fama. Y lo mismo pasa con los literatos. Leopardi, Foscolo y Alfieri tuvieron escasa fama, mientras que Amicis, Fogazzaro y Annunzio la gozan grande y productiva; Balzac andaba siempre abrumado de deudas, Flaubert no conseguía reparar las brechas abiertas en su fortuna, y Lamartine arrastraba miserablemente su vejez, mientras que los Goncourt, Daudet y Zola han reunido grandes fortunas; y Rudyard Kipling, á los veintitrés años, se hace pagar á duro cada línea, llegando á eclipsar la celebridad de Dickens y Tackeray.

Y otro tanto sucede en el campo científico. El descubrimiento de Volta apenas fue notado, y el de Marconi le da fama, honores y millones en plena juventud; Helmholtz tardó en conquistar

un nombre ilustre, y Roëntgen se ha hecho popular en un momento; Jenner fue ridiculizado, y Pasteur enaltecido, y los sueros antidiféuticos de Roux han sido aceptados en el acto por el mundo entero.

¿Por qué esta transformación? Desde luego, por la enorme difusión moderna de los medios de publicidad. Los grandes maestros tienen hoy admiradores en todo el mundo, y la gloria y los aplausos de los extraños repercuten en el propio país. Otros reivindicadores de los hombres célebres fueron y son los periódicos. Es verdad que éstos existían también hace un siglo; pero su organización, sus medios y hasta sus fines eran muy distintos de los de hoy; su público era muy reducido, su información sumamente deficiente y su esfera de acción muy limitada.

Hoy, cualquier descubrimiento no queda encerrado en los austeros muros de los laboratorios y de las Academias; los periódicos lo pregonan y lo vulgarizan, y los autores ven publicados por todas partes su retrato, su pensamiento y su vida. Es posible que haya muchos que no sepan todavía en qué consiste el aparato Marconi; pero es seguro que todos

han oído hablar de Marconi, el autor del telégrafo sin hilos, y se interesan por sus viajes, por su fortuna y por sus éxitos. Y luego sucede una cosa curiosa: el público, á fuerza de oír hablar de un hombre, de sus inventos, de sus hechos, de sus triunfos, se encariña con él, se enorgullece de ser su compatriota ó su contemporáneo, y le consagra toda su admiración, estando dispuesto para honrarle á todos los sacrificios.

Otro motivo más profundo del cambio á que asistimos es que hoy el misonismo es mucho menos que lo fue en otro tiempo. Antes, el hombre, acostumbrado á vivir tranquilamente en un rincón al que apenas llegaban más rumores que los de la ciudad vecina, debía sentir un choque profundo al contacto de lo nuevo. Hoy, acostumbrado á moverse, á viajar, á respirar el aire de todo el mundo, no se sorprende de nada ni es hostil á nada. El público tiende á elevarse hacia el nivel de los grandes hombres, y los grandes hombres, por su parte, tienden á acercarse al público; y de esta doble corriente nace la comunión de ideas á que asistimos, sin los esoterismos y exoterismos de las escuelas antiguas.

Es evidente, en suma, que nuestro tiempo es propio para estos hombres superiores, que pueden surgir en el campo de la ciencia ó del arte y que sacan de su superioridad amplia cosecha de fama, honores y riquezas, como el público saca de ellos á su vez no menores ventajas y satisfacciones.

FERNANDO ARAUJO.

NUESTROS GRABADOS

El Aguador

Como lo saben nuestros favorecedores, el señor Héctor J. Soto, de Maracaibo, es un *amateur* de exquisito gusto y bellas cualidades de observación artística y quien nos ha obsequiado en otras ocasiones con trabajos fotográficos, de simple afición, que gustosos hemos reproducido en nuestras páginas, por su mérito.

El que lleva el título de estas líneas es una buena composición y un excelente original, con el que á nuestra vez creemos hacer un apreciable presente á nuestros abonados.

El Quirinal.--Roma

Actualmente es la residencia del Rey de Italia.

Ha representado, á ambos extremos de la historia romana, las dos grandes y definitivas luchas italianas.

Los sucesos de la primera pertenecen á la Roma antigua; los de la segunda, á la Roma moderna.

De ese monte Quirinal puede decirse que salieron, definitivamente orientados, los destinos de ambas ciudades, en la antigüedad como en los tiempos modernos.

Domina el antiguo emplazamiento del Foro de Trajano; ramificación del Esquilino, del cual es otra el Viminal, estuvo en él la ciudad sabina, y al unirse al Palatino, puede decirse que constituyó el núcleo de la Roma histórica.

Frente á él, pero á una gran distancia; también alto, poderoso, mirando por sobre la

masa del castillo de San Angelo, aparecen las construcciones, los monumentos, las cumbres del monte Vaticano. En nuestro grabado distínguese en el fondo la enorme silueta de la iglesia de San Pedro, atalaya de ambas ciudades, moral, política é históricamente rivales.

Fuente de Trevi.--Roma

Es uno de los restos de la antigua ciudad, y que todavía ornamenta y sirve á la ciudad contemporánea.

Como obras romanas, es apenas concebible la magnitud de empresa, la suma de caudales necesarios á la construcción de estos acueductos, cuya estructura ha resistido á los furros de las luchas de los hombres, á las iras de la naturaleza y á la carga abrumadora de los siglos.

Catorce fueron los antiguos acueductos, de los cuales hoy se utilizan solamente cuatro.

El que envía el agua á la fuente de Trevi, *Acqua Vergine*, fue construido veinte años antes de Jesucristo, por Marco Vips. Agripa, y recorren sus conductos una extensión de veinte y un kilómetros, de los cuales dos van sobre grandes arcadas, atravesando por encima de la *villa Borghese*.

Luxemburgo.--Cámara de sesiones del Senado

Así como Fontainebleau ha brindado asilo á los monarcas acosados por la desgracia, el Palacio del Luxemburgo ha sido siempre un monumento que por sus destinos ha producido y produce cierta idea de grandeza venerable, de gloria serena y de representación ilustre.

Con el desarrollo de sus fachadas, con la amplitud de las calles que lo separan, con sus grandes jardines, parece que abraza una inmensa extensión á la orilla izquierda del Sena.

Fue construido en el siglo XVII, para María de Médicis, la viuda de Enrique IV. Su plano es de una sencilla grandiosidad: tres pabellones, unidos por galerías; tres pisos, adornados con pilares almohadillados. En 1804, el emperador Napoleón ordenó grandes cambios, que le dieron mayor aspecto de grandeza, complementado por las modificaciones que en la fachada frente al jardín mandó ejecutar el rey Luis Felipe.

En uno de los departamentos celebra actualmente sus sesiones el Senado francés, cuyo presidente habita el Pequeño Luxemburgo, al lado del gran palacio y probablemente mandado construir por la misma María de Médicis.

También contiene el Luxemburgo el nuevo Museo de su nombre, en el cual se coleccionan las obras de los artistas vivos, en especial las de pintores y escultores: estas obras son trasladadas al Louvre y á los museos de provincias, diez años después de la muerte de sus autores.

Tocador de María Antonieta en Fontainebleau

Algo de triste é inevitable, algo de melancólicamente fatal, dice de los recuerdos de ayer esa cámara resplandeciente de fastuoso esplendor.

Pertenece á la mansión predestinada, en la historia de Francia, á sufrir imborrables injurias de la adversidad, á albergar irremediables infortunios, á recoger congojas y suspiros lanzados por los más orgullosos pechos que hayan dado asilo al espíritu humano.

Fontainebleau es colocado sobre un retazo de la tierra francesa por un rey que solamente salva, de su más estrepitoso desastre, el honor sin manilla y su nombre sin acusaciones; pero así como fue de aciaga la suerte del monarca, así es también de permanentemente doloroso el sello que á este monumento le imprime su mano, impotente, como todas,

para vencer la fatalidad. En vano Francisco I pretende darle á un viejo y señorial castillo todo el aspecto y el carácter de una obra de construcción y arte nacionales, al transformarlo en mansión real; en vano son llamados á concurso el genio, el amor y el orgullo de los más ilustres artistas de la Francia. Como si Fontainebleau hubiese de ser un testimonio pétreo y eterno del Renacimiento conquistador, las líneas, las ideas, las concepciones de los maestros nacionales, son primadas y abrumadas por la victoria de los pensamientos, del estilo y del arte resurrector que en aquellas galerías dejan los escultores, los pintores y los arquitectos traídos de Italia: Serlio, Rosso, Primaticcio y Nicolo del Abate.

Intentan continuar la construcción Enrique II y Enrique IV; sueña Luis XV con darle mayores proporciones y belleza, y lo deja menoscabado, mutilado, como igual cosa acontece á Luis Felipe, so pretexto de restaurarlo.

De todo ello resulta un amontonamiento de construcciones al rededor de cinco cuerpos de edificio, cuyos muros abrigan las concepciones más felices del genio: la Galería de Diana; el Salón del Consejo, pintado por Bouchet; la Capilla, pintada por Freminet; la Sala de Festejos, pintada por Primaticcio; la Galería de Francisco I, esculpida por Domenico del Barbieri.

No hay un departamento que no haya recogido el eco, y los gestos amargos de algún gran dolor: allí reciben reyes insignes noticia del derrumbamiento de sus ensueños y de la estrepitosa ruina de sus conquistas; allí será prisionero el Papa Pío VII; allí irá á beber la gran melancolía de sus primeros vencimientos contra el Destino el gran emperador, y firmará su abdicación, besando las gloriosas banderas coronadas por las águilas y abrazando á sus viejos veteranos; y allí está ese departamento de la austriaca infortunada, voluntariosa y más desdichada que culpable, y con quien fue tan inexorable el dedo del Eterno, que, hija de María Teresa y discípula de Metastasio, ignora hasta la historia de su país y aprende mal el idioma de su insigne maestro; mimada, como hija última de un emperador que agrega á su corona las perlas de Hungría y de Bohemia, engastadas en la real diadema de su esposa; locuela caprichosa en medio de los bullicios de la corte desenfadada de Viena, un invencible malestar tiraniza su educación y su espíritu, en medio de las exigencias severas y las rigideces cortesanas de Versailles y de Marly; y ansiosa de librarse del protocolo del primero, y no bien hallada aún entre los esplendores del segundo, va á asomarse un instante á Fontainebleau, como para dejar en aquel asilo del infortunio coronado, un nuevo testimonio de fatalidad.

Extasis de San Francisco

Es la del seráfico fundador una de las más ricas iconografías que se conocen. Han contribuido poderosamente á formarla: la época en que comenzó su vida (á fines del siglo XII) de contemplación y de predicación; sus antecedentes de antiguo acudado en Umbría; la esencia de su doctrina, eminentemente cristiana, y el momento en que los *trecentistas* deslumbaban el arte con la violenta resurrección de todo cuanto lo había hecho egregio en los tiempos.

Acaso no haya obra de los siglos trece, catorce y quince, obra de arte religioso, en que no se haya ofrecido á la inspiración de los maestros el continuo episodio magnífico de la vida del humilde diácono, del predicador del Carmelo, como un rico motivo para legar á las generaciones piadosas el espectáculo de aquel ardentísimo apóstol, que en su amor divino y en su fe, viaja por la Siria, atraviesa Italia y España y va hasta Egipto, repitiendo los

ejemplos, las enseñanzas y las esperanzas de los días de Cristo.

El episodio de su éxtasis, que es el asunto del cuadro cuya copia reproducimos, ha sido—desde tiempos del Correggio—el que más se ha prestado para exhibir al santo de Asís en la verdadera ascensión de su vida. En un repliegue de los Montes Apenninos, cerca de la ciudad hoy episcopal, un día de oración, de contemplaciones extraterrenales, de infinita paz, Francisco ve, en medio de un deslumbramiento empíreo, á un serafín crucificado, de cuyas manos extendidas en un gesto solemne, de cuyo costado abierto por una herida sangrienta, de cuyos pies sostenidos como en un vuelo lentamente ascendente, brotan torrentes de luz que caen sobre las mismas partes del cuerpo del santo, imprimiéndoles sagrados estigmas, en los mismos sitios en que los clavos de la cruz y la lanza del centurión desgarraron las carnes de Jesús.

Paisaje

DE J. M. MARQUÉS

No es precisamente elegir un sitio de plena belleza, tomar luz en sus más cabales condiciones de incidencia y reflexión, y copiar en una hora feliz el espectáculo de esos apartados retiros en que la naturaleza se recoge á ostentar para sí misma el portento de su coquetería inimitable, no es solamente esa obra la que constituye el mérito delicado del paisajista. La simple labor mecánica y técnica está á fácil alcance de quienes posean los más triviales rudimentos del arte.

Pero lo bello, lo exquisito y merísimo está en que la mano del artista vaya perfilando la esencia de sentimiento, la emoción sugerente que hace nacer una pincelada, al trazar el borde de una vereda intacta, el tapiz que se levanta á su paso, la penumbra de misterio amable de un bosque, la rama desmayada que se proyecta sobre el arcano de un horizonte. El alma solemne, milagrosa y ferviente de la naturaleza duerme en ese espectáculo hecho de recogimiento, de luz y de frescores, y es lo que se pide al artista: la inmensa sugestión de esa alma, que ora en el santuario de los matices intactos hasta por las auras, que murmura entre las frondas aromadas en su seno por el turbulo perpetuo del grande hálito de la tierra feliz; que tenga solemne éxtasis en el lampo sereno ó ría con la risa deslumbradora del sol y el agua en justa de fulgores, y que cante la canción inexpresable que va bogando sobre el dorso de la onda en la proa eucarística de un cuello de cisne.

Todo ello, algo más que no puede ser contenido en este espacio, piden las miradas que sólo han vivido en camaradería de belleza y emoción, y gran parte se halla realizado en el paisaje de Marqués.

La comedia humana

Hále bastado al autor un grupo cualquiera de humanidad, colocado en no importa cuál escenario, para trasladar al lienzo las actitudes, los gestos y las expresiones con que nos vemos obligados á defender la vida, su destino y sus atributos. No es que las virtudes eximias ó las sencillas virtudes tengan que prestar ropaje honesto para ofrecerse á la edificación y al ejemplo; sino que, en salud de sí mismas, tienen que estar atentas, en esta infinita ficción, á los movimientos arteros de todos los que las fingen.

Así, el artista ha colocado en cada una de sus figuras todos los detalles de expresión con que aparecen en la vida: el dolo, la superchería y la insidia, atisbando á sus eternas víctimas la sinceridad, el candor y la honradez.

Talleres de la fábrica "Maíz-Oriza"

Hemos hecho visitar los talleres que los señores Conde Hermanos han instalado en esta capital, para la elaboración del producto, ya ventajosamente conocido en nuestras plazas, con el nombre de *Maíz-Oriza*.

Y hemos obtenido los informes más satisfactorios acerca del espectáculo de trabajo, de consagración y de actividad que están ofreciendo los propulsores y dueños de la nueva industria, como un ejemplo viviente de voluntad honrada, en medio de tantos otros afares dolorosos.

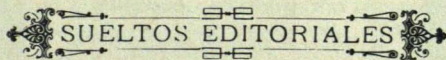
A fin de dar á nuestros abonados una información, tan exacta como sea posible, de las instalaciones mencionadas, insertamos en este número una vista general de ellas, por la cual puede juzgarse del actual estado de la naciente empresa y de los propósitos y facilidades de expansión que abrigan sus directores, á medida que el producto vaya, como hasta ahora, haciéndose campo y crédito en los mercados y en la aceptación pública.

Actualmente, la empresa ha puesto su preferente atención en obtener el *Maíz-Oriza* en las más ventajosas condiciones y en calidad que haga cuando menos difícil la competencia de productos similares. El maíz, materia principal, es escogido con cuidadoso esmero por los propios fabricantes. Antes de entregarse á las maquinarias, sufre una trituración previa para ser dado á los aparatos de lavado y depuración y molido luégo, en medio de verdaderos torrentes de agua potable. La nueva masa es trasladada á un extenso filtro, movido por la electricidad, en donde sufre un abundante baño que la arrastra á los conductos y canales que caen sobre largas mesas impermeables. En estas se deposita la *maizena* ó *Maíz-Oriza*, permitiendo que derive hasta depósitos *ad hoc* el gluten desprendido en la elaboración.

Ya obtenido el producto, las operaciones sucesivas son de perfeccionamiento, ó mejor, de acondicionamiento previo para el empaque y expedición á la plaza. Estas últimas operaciones, de secamiento, empaquetamiento y almacenaje, se ejecutan en departamentos especiales, provistos de prensas, estufas, oficinas, etc., etc.

Según informes, los productos anexos á esta industria, tales como la *semola* y el *gluten*, merecerán también de parte de los fabricantes una formal explotación, porque por de pronto aquellos se preocupan principalmente de proveer al mercado de una buena cantidad y de una excelente calidad de *Maíz-Oriza*, como industria principal de la empresa.

Entre tanto, presentámosles nuestras congratulaciones por el consolador ejemplo de laboriosidad y laudable contracción que están ofreciendo en medio de nuestras complejas actividades.



SEÑOR ELIODORO LOPEZ

Triste, sin duda, profundamente triste de la vida que le fue hostil en sus tardes; y, por tanto, con un gran gesto de reconocimiento á la tregua final concedida por la inexcrutable misericordia, así debió sentir la última hora de sus largas y dolorosas luchas este ciudadano excelente, que tuvo hermosos días,—ya lejanos—de ensueños consoladores; que nació al pie de los altares del trabajo, que creció viviendo y contemplando justas ilustres, que sintió surcar su frente á una im-

borrable contracción de desaliento sin fin, cuando sus quimeras se desvanecieron, cuando se desplomaron sus altares, cuando los torneos se trocaron en querellas sangrientas, arrollando hasta las ruinas de lo que había perecido con impetuosos torrentes de escarlata humeante. . . .

Era el decano de los tipógrafos de Caracas: durante sesenta años, desde 1843, todos los talleres de la capital conocieron su contracción concienzuda, su carácter de íntegra ingenuidad, su honradez lindera de íntimas candideces, su buena sonrisa delatora de una tranquila salud moral, única de la cual no enfermó jamás.

Descanse en paz el antiguo benemérito de las labores honestas; el viejo justador en ignoradas luchas despiadadas; y reciban su familia y deudos la expresión de nuestros sentimientos de tristeza por su fallecimiento.

SIXTO SANCHEZ

El día 22 del mes pasado fueron conducidos á la última morada los despojos mortales del que fue en vida un honorable miembro de la sociedad de Caracas, excelente padre de familia y buen ciudadano. Detras de su recuerdo no deja ninguna impresión ingrata; su acción de hombre, cuando pudo ejercerla, no arrancó lágrimas, no sembró dolores, no produjo amarguras; y sus manos, cuando por ellas pasaron públicos tesoros, quedaron puras: de ahí, que las honras á su cadáver fuesen una protesta de aprecio y de justicia.

Acompañamos á su familia y deudos en el duelo que los aflige.

RATOS DE OCIO

Es el título de un nuevo libro que hemos recibido de la villa de La Pascua y del cual es autor el señor V. M. Ovalles, ya conocido en la prensa, por sus producciones periodísticas.

Al presentar al autor nuestras congratulaciones por su nuevo trabajo, cumplimos con expresarle nuestro doble reconocimiento, por la dedicatoria del libro y por las menciones que hace en él de esta Revista.

DOCTOR EZEQUIEL JELAMBI

Fue un facultativo acreditado por sus conocimientos y por el ejercicio constantemente humanitario de su profesión. Fundó un hogar en donde tuvieron culto todas las virtudes.

Desempeñó altos y distinguidos cargos de administración y de gobierno.

Y ha muerto honrosamente pobre, sinceramente querido, justiciaramente lamentado.

Unimos nuestra protesta de pesar á las que ha recibido la familia del extinto.

PÉSAME

Fue en vida, el señor ADOLFO BÖTTGER, un laborioso y culto extranjero, que por su conducta mereció de cuantos le cono-

cieron y trataron sinceras manifestaciones de estimación. En los últimos días de la anterior quincena bajó a la tumba, en medio de los sentimientos de ingenuo pesar del gremio á que pertenecía y de sus numerosas relaciones.

Reciba su familia la expresión de nuestra sentida condolencia.

BIBLIOTECA DEL MAESTRO CUBANO

Han llegado á nuestra oficina los dos primeros volúmenes de esta serie de obras didácticas, que en la vecina República de Cuba ha emprendido la casa editora «La Moderna Poesía,» de La Habana.

El primer volumen se titula *Nociones de Lógica*, y es su autor el doctor Enrique José Varona, quien rige la cátedra correspondiente en aquella Universidad.

El segundo volumen tiene por título: *Principios de Moral é Instrucción Cívica*, por Rafael Montoro. De él insertaremos algunos capítulos, á fin de que formen idea del libro nuestros lectores.

PÉSAME

Con pena hemos recibido la noticia de haber fallecido en Aragua de Barcelona, el señor Avril, padre de nuestro apreciable amigo y colaborador artístico de EL COJO ILUSTRADO señor H. Avril.

Enviamos á éste nuestro sentido pésame.

R. MIRANDA SOSA

Cuéntase, entre las muy sensibles pérdidas de estos días, la de este apreciable caballero y buen ciudadano, que entre las innumerables muestras de estimación á que lo hacían acreedor su conducta y sus cualidades, mereció que dos repúbli-

cas de Centro-América, Nicaragua y Honduras, le confiaran su representación comercial, con el carácter de Cónsul General ante nuestro Gobierno.

Enviamos nuestro pésame á su distinguida familia y deudos.

DUELO

Joven, frente á los horizontes risueños de la esperanza, una dolencia aleve y despiadada segó la vida de quien fue la señora LUISANA MANCERA DE ANZOÑA, perteneciente á una apreciable familia que cuenta entre nosotros distinguidas relaciones sociales.

A los padres, esposo y demás deudos de la extinta señora DE ANZOÑA presentamos la expresión sentida de nuestra condolencia.

OTRA TUMBA

Un nombre más en la luctuosa lista: el del señor FRANCISCO FLAMERICH, otro extranjero de conducta honrada y labor meritoria, que entre nosotros consagró al trabajo el mejor vigor de sus años y la plenitud de sus entusiasmos, y que fundó una familia educada en prácticas de virtud y laboriosidad y á la cual acompañamos en el dolor que hoy sufren.

CONDOLENCIA

Ya en prensa las últimas páginas de esta Revista, llega á nosotros la sensible noticia del fallecimiento de la señorita IGNACIA ROMERO, quien perteneció á una de las más distinguidas familias de esta capital.

Duerma el eterno sueño la honorable señorita, y reciba su estimable familia la sincera manifestación de condolencia con que nos asociamos á su dolor.



Lo que cada súbdito paga á su rey

El monarca más costoso no cuesta arriba de 45 céntimos al año á cada uno de sus súbditos. Y hasta hay reyes de muy buen aspecto y deslumbradores de lujo, como el de Inglaterra, cuyo coste no pasa de dos céntimos.

Se necesita tener un alma muy republicana para protestar contra un lujo tan barato; tanto más cuanto que algunos Presidentes de República cuestan más. Por ejemplo, el modesto M. Loubet grava con nueve céntimos al año el presupuesto de sus conciudadanos, aunque sólo cobra 100.000 bolívares al mes, mientras que á otros monarcas les dan uno ó dos millones en el mismo espacio de tiempo.

Todo depende de la cifra de la población, es decir, del número de contribuyentes entre los cuales tienen que pagar la lista civil.

Así ocurre que el Czar, con sus colosales ingresos, no cuesta á cada uno de sus súbditos más que 35 céntimos al año; mientras que el rey de Bélgica y el de Grecia representan una carga de 50 céntimos para cada contribuyente.

El emperador de Austria representa 45 céntimos; el rey de Italia 44; el de Suecia 40; el emperador de Alemania 34.

Roosevelt, el Presidente de los Estados Unidos, exige de sus conciudadanos un desembolso anual de 22 céntimos.

El *record* de la baratura lo tiene el Presidente de la República Helvética, que sólo cuesta á cada suizo seis milésimas de bolívar al año.

El veneno maravilloso de un lagarto

Se ha descubierto que el remedio más eficaz contra la parálisis, las erisipelas y las enfermedades del corazón es el veneno de cierto lagarto americano, que los naturalistas

MAIZ-ORIZA



CONDE H NOS.



Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General

Carlos Orta Ibarra.



llaman *helodermo hórrido*, conocido también con los nombres de *escorpión de los criollos* y *toluchini*. En los Estados Unidos se está empleando con gran éxito tan singular medicina, y últimamente ha empezado á aplicarse para curar la fiebre amarilla.

En la Florida, durante la última epidemia de esta enfermedad, los doctores Bavis y Holcombe han inoculado el veneno de helodermo á 1.016 atacados, de los que sólo murieron 55, mientras otros médicos que seguían distinto tratamiento, han tenido 350 defunciones en 1.000 enfermos.

El doctor Belden, que así se llama el descubridor del nuevo remedio, habiéndose fijado en una porción de propiedades que diferenciaban esta ponzoña de las de otros reptiles, envió cierta cantidad á su colega Robert Boocock, de Brooklyn, quien la experimentó sobre sí mismo primero, y luego sobre una señora que estaba muriéndose de erisipela y un hombre paralítico, obteniendo siempre excelentes resultados. Hoy día, son muchas las personas que pueden dar testimonio de la eficacia del remedio.

No es muy difícil procurarse la saliva del helodermo.

Siendo, como es, un animal muy lento, fácilmente se le coge por el lomo, dejándole incapacitado para la defensa. Se le pone en la boca un pedazo de cristal grueso, y cuando muere, deja allí una especie de salivazo espeso, viscoso y amarillo, que es el veneno puro.

Para emplearlo como medicina es preciso tomar una cantidad muy pequeña. Una gota de veneno se disuelve en cien gotas de alcohol puro, y esta mezcla se disuelve después en una cantidad cien veces mayor también de alcohol, resultando, por consiguiente, que por cada parte de veneno hay 100.000 de alcohol puro.

Solamente disuelta en esta proporción es como deja de ser peligrosa la saliva del helodermo; pero así y todo, es el estimulante más poderoso para el corazón que hasta ahora se conoce.

El helodermo vive en Méjico, en Tejas y en el Arizona, y tiene en su forma algo del lagarto verde de nuestros campos; pero su cola es mucho más corta á proporción. Mide poco más de medio metro de longitud, y está irregularmente manchado de negro y color salmón. A pesar de esta bonita coloración, es un animal en extremo repugnante, contribuyendo á ello el olor nauseabundo que despide, sobre todo en la época del celo.

Sus costumbres son, generalmente, nocturnas, y se alimenta de insectos, lombrices, ranas y otros animales pequeños. A primera vista, la suma lentitud de todos sus movimientos le da cierto aire inofensivo; pero si se le ataca, silba como una culebra, se echa paenza arriba y se defiende con valor, mordiendo furiosamente. Junto á la base de los dientes tiene unas glándulas esponjosas, y como llegue á morder lo bastante profundamente para que toquen estas glándulas en el objeto mordido y se compriman, al punto sale de ellas el veneno en la forma de baba amarillenta y pegajosa que hemos dicho.

No es ésta la primera vez que se usan como remedio venenos animales de los más violentos. El veneno de la serpiente de cascabel, el de la cobra y el del trigonocéfaló amarillo se emplean en medicina para combatir el tétano y la fiebre amarilla, y un célebre doctor francés, M. Calmette, se dedica á criar estos ofidios con el único objeto de recoger su ponzoña.

Los perjuicios del eucaliptus

El eucaliptus presta, como es bien sabido, notables servicios en los países pantanosos, desecándolos y haciendo que mueran los in-

sectos propios de tales regiones; pero en los terrenos secos y sanos, estas propiedades pasan á ser defectos de importancia. El poder desecante del árbol, cuando éste se encuentra cerca de un manantial, llega hasta á agotar toda el agua, haciendo al terreno estéril. Las raíces se introducen por entre las piedras y hasta por las grietas más imperceptibles, adquiriendo un grosor extraordinario al ponerse en contacto con el agua, de modo que llegan á obstruir el paso de ésta, y al mismo tiempo llenan todos los intersticios de una especie de musgo formado por diminutas raicillas que chupan toda la humedad. Iguales daños ocasionan los eucaliptus en las cañerías para la conducción de agua.

Con buen éxito.—Declara el doctor J. Trujillo Arraval, Médico Director del Hospital de Beneficencia de Caracas:

«He usado siempre con buen éxito la celebrada Emulsión de Scott.»

Breve, pero significativa y saludable manifestación.

¿Tienen alma las flores?

La pregunta no es fácil de contestar; pero lo que hoy por hoy puede asegurarse, es que muchas flores aman ó aborrecen como las personas más sensibles.

No hay duda de que las rosas sienten simpatías por ciertas flores, pues cuando se las planta junto á ellas se ponen más hermosas. En cambio, al lado de otras se marchitan rápidamente, sin duda porque no congenian con ellas. Se ha descubierto que también existe un vivo afecto entre la violeta y el heliotropo, é igual amistad profesan los claveles á los pensamientos.

El descubrimiento de estas pasiones vegetales se debe á un notable botánico francés, cuyas observaciones hacen sospechar que pronto será preciso convencerse de que los aromáticos adornos de los jardines están dotados de almas apasionadas.

Misterios del cuerpo humano

Cuando nos vamos á dormir, las distintas partes de nuestro cuerpo no pierden su sensibilidad todas á la vez. Los músculos de las piernas y de los brazos son los primeros que quedan adormecidos; les siguen los que sostienen la cabeza, y en tercer lugar los de la espalda.

Lo mismo sucede con los sentidos. La vista es el primer sentido que se insensibiliza; inmediatamente queda dormido el gusto, más tarde el olfato, y luego el oído; el último de todos es el tacto.

Ya que de sentidos se trata, conviene hacer notar que tal vez no son solamente cinco los que el hombre posee. En el cráneo, debajo del caballete de la nariz, tenemos una pequeña cavidad denominada *silla turca*, que probablemente era en otros tiempos una glándula compuesta de dos pequeños lóbulos. Los fisiólogos suponen que esta glándula era el asiento de un sexto sentido, que debió ser de gran utilidad para nuestros antepasados antediluvianos; acaso un sentido que les permitía ver en la oscuridad ó les facilitaba para la orientación en medio de las selvas primitivas. Como los actuales medios de vida hacen innecesario este sentido, se ha ido atrofiando á medida que se usaba menos, y el órgano en que residía se ha osificado.

Dentro de la oreja tenemos tres protuberancias globulares cubiertas de diminutas celdillas, cada una de las cuales contiene un pelito rodeado de fluido linfático. Cuando nos movemos violentamente, los pelillos se agitan, y por medio de ciertos delicados nervios producen cierta irritación en el cerebro. Probablemente, estos pelitos son los que producen el mareo cuando se da

vueltas ó se baila, y también cuando vamos embarcados. Se ha observado que algunas personas enfermas de los oídos, que tenían lesionado el sitio ocupado por dichos pelos, no podían sostenerse en pie apenas cerraban los ojos. Es posible, por tanto, que en el interior de la oreja tengamos algún sentido aún no clasificado como tal, y que podríamos llamar el sentido del equilibrio.

El Específico de la Tuberculosis.

De todas las especialidades farmacéuticas conocidas ninguna es tan agradable al paladar, tan indispensable á la salud y de reputación tan sólida como la Emulsión de Scott.

Ningún medicamento la aventaja en eficacia. La fama de que goza tan mercedamente no ha sido disputada por ninguna otra sustancia farmacológica; los médicos de todo el mundo la preconizan como el más excelente agente terapéutico contra la tuberculosis, la escrófula, el raquitismo, el linfatismo y todas las enfermedades que reducen el organismo á la miseria fisiológica. La

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de
Bacalao con Hipofos-
fitos de Cal y Sosa

casi puede decirse y no sin razón que es el específico de la tuberculosis, especialmente cuando se usa á tiempo. Tales son sus admirables resultados en esta común enfermedad.

Exijase la legítima.

De venta en las Boticas.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK
 Purgativos, Depurativos y Antisépticos,
 Contra el **ESTREÑIMIENTO**
 y sus consecuencias.
JAQUECA, MALESTAR, PESADEZ GÁSTRICA
 Sin cambiar sus costumbres ni disminuir la cantidad de alimentos, se toma con las comidas, y despierta el apetito.
 Ejemplo: el Rótulo adjunto en 4 Colores, impreso sobre las cajitas azules metálicas y sobre sus envoltorios.
 Toda cajita de cartón ó otra clase, no será más que una falsificación peligrosa.
 París Farmacia LE'ROY 9 Rue de Cléry y en todas las Farmacias.

La princesa de Gales posee una cruz que se supone da la buena suerte á quien sea su propietario. Tiene esta cruz una historia bastante curiosa, pues fue descubierta en el sepulcro de la bella y famosa reina Dagmar de Dinamarca y durante bastante tiempo per-

teneció al rey de esta nación, quien la regaló á la princesa británica con motivo de su matrimonio. Aparte de su valor histórico y del que la superstición quiere concederle, el objeto es una obra de arte de verdadero mérito.



AGUA DE FLORIDA CARTA BLANCA

CONTRAMARCA SIGLO XX

Hemos usado este magnífico perfume, cuyas cualidades higiénicas para el tocador y para el baño nos complacemos en recomendar.

Se encontrará en nuestra casa, á dos reales y medio el frasco, de 125 gramos.

EMPRESA EL COJO



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
 DE FACIL DIGESTION
 para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
 Nutrición de los convalecientes
 En el raquitismo y en la anemia
 Embarazos y dentición
 En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
 Pote grande Bs. 2,50
 Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
 De venta en los principales establecimientos de la República

El frío conserva los microbios

Es muy general suponer que el frío mata los microbios, librándonos de todos los gérmenes que conspiran contra nuestra salud. Lejos de esto, hoy se sabe con absoluta certeza que las más bajas temperaturas, aunque causan la inactividad de estos seres, los conservan vivos y hasta les libran de la muerte natural á que pueden estar expuestos con la temperatura ordinaria.

En ciertos casos, cuando la temperatura es de algunos grados bajo cero, muchos microbios mueren, pero la mayor parte de las especies soportan fríos tan extraordinarios como no los resistiríamos nosotros.

Por consiguiente, es de todo punto inútil buscar métodos fundados en el descenso de la temperatura para la esterilización.

El cocinero del rey de Inglaterra

El primer cocinero del rey Eduardo VII de Inglaterra tiene un salario de 65.000 bolívares. En España, fuera de los miembros de la familia real, no hay nadie que cobre un sueldo mayor.

Este cocinero se llama Mr. Menager y es natural del Sur de Francia. No vive en el palacio real, sino en una calle próxima. Como no se ocupa para nada del desayuno, nunca se presenta en las cocinas de Buckingham Palace hasta las once de la mañana, hora de preparar el almuerzo. Después de recibir el *menú*, hace traer todos los artículos necesarios, pasando la cuenta á Sir Nigel Kingscote, primer cajero, que paga por medio de una *cheque*. Servido el almuerzo, Mr. Menager se retira á su casa para reaparecer á las seis, cuando comienza lo más importante de sus funciones, la preparación de la comida. En ésta queda en absoluta libertad de elegir los platos á su gusto, y entonces es cuando despliega

POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 54 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

todo su genio culinario, que al fin y al cabo el genio de un jefe de cocina es tan digno de aprecio como el de un músico ó el de un poeta, y mucho más á la hora de comer.

Una de las cosas que más llaman la atención en Mr. Menager, es que está reconocido

como ardiente partidario de la presencia de la mujer en la cocina. Se ha dicho que las cocineras no pueden llegar en su oficio á la altura á que llegan los cocineros, pero el jefe de cocina de Eduardo VII no piensa lo mismo; entre sus ayudantes tiene algunas mujeres, y siempre está satisfecho de sus talentos culinarios; más aún, asegura que en Londres hay excelentes cocinas que á veces han servido comidas al rey, y están encomendadas exclusivamente á cocineras.

El bigote, espejo del alma

El bigote es el espejo del alma: esto deben tenerlo muy presente nuestras bellas lectoras cuando quieran conocer el carácter de un hombre á la primera ojeada. Estando la forma del labio superior y regiones á él inmediatas íntimamente relacionada con aquellos sentimientos que comunican al hombre el imperio de sí mismo, como son la avaricia, la vanidad, el valor, etc., no es de extrañar que el aspecto de un bigote exprese estas cualidades ó las opuestas.

¿Que un hombre lleva el bigote descuidado, levantado de un lado, caído del otro? Sin vacilar, puede decirse que esto es una señal de absoluta carencia de sangre fría. En cambio, un bigote recto y arreglado prueba que su poseedor sabrá conservar el imperio sobre sí mismo cuando sea preciso.

Si hay tendencia á rizar las guías del bigote, es señal evidente de un carácter inclinado al orgullo y á la ambición.

El bigote rizado hacia arriba denota jovialidad y cierto amor á los elogios; rizado hacia abajo, indica un genio más serio, no exento de melancolía.

Nótese que todos los hombres de buen humor, cuando se atusan el bigote, siempre se lo retuercen hacia arriba, mientras aquellos que siempre están gruñendo y malhumorados tienden á dirigir las guías hacia abajo.



VINO NOURRY

YODOTÁNICO
à la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc.

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS

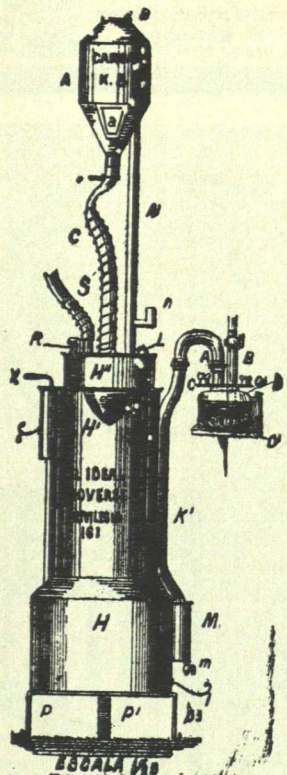
J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno
Aparatos sistema RoverSI - Carburo de calcio de 7 à 12 el quintal de 100 lbs. según condiciones - Quemadoras, Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas. - El IDEAL à raída de carburo en el agua - Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles
Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos - Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela - Ministro de España - General Bello - Faro de Puerto Cabello - Dr. Conde Flores - Dr. Lacavalerie - Ing. M. Pérez - Hotel León de Oro - Familia Rodríguez - Tipografía Vidal - Marmotería RoverSI - Panadería Solís - General Quintero - Dr. Rivero Saldivia - Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados
Carga de k 1 à k 50 - Valor: de \$ 10 à \$ 250

Un pueblo de criminales

En Italia, sobre una fértil colina, próxima à las montañas del Lacio, se encuentra situada la ciudad de Ardena, la más criminal de todas las ciudades del mundo. Los habitantes de esta población, en número de 4.104, son todos criminales hereditarios; de modo que allí el asesinato y el robo están siempre à la orden del día.

A primera vista parece esto inverosímil, porque Ardena es una ciudad hermosa y rica, está situada en terreno muy productivo y sus habitantes se dedican à la agricultura; pero las apariencias engañan, y el viajero debe huir de allí como de un pueblo maldito.

La causa de esta criminalidad es sin duda la ley de herencia, pues se ha observado que generación tras generación cada familia comete siempre los mismos delitos, y lo peor es que éstos son cada año más frecuentes y espantosos.

En ninguna nación civilizada se cometen tantos crímenes como en la ciudad de Ardena. Los asesinatos que anualmente se cometen por cada 100.000 habitantes en varias naciones, son: en Italia, sin contar con Ardena, 9,86; en España, 5,54; en Bélgica, 2,01; en Austria, 2,08; en Francia, 1,49; en Alemania, 0,94; en Irlanda, 1,08; en Inglaterra, 0,60; en Escocia, 0,60. En Ardena hay cada año, por término medio, 61,50 homicidios, siendo unos 4.000 sus habitantes; de modo que la proporción para 100.000 almas sería de 1.537,50 asesinatos. Los robos en la calle y en el camino real, los

hurtos al descuido y la violación, están en proporciones parecidas.

La fama criminal de Ardena es antigua. En 1557, el Papa Pablo IV proclamó un edicto permitiendo à todo el que lo deseara ir allí à cazar à los habitantes como si fuesen fieras; mas esta disposición no sirvió de nada, y la ciudad se ha sostenido hasta hoy habitada solamente por criminales y ladrones por naturaleza.

Imágenes pintadas que abren los ojos

En la Galería Doré, en Londres, se exhibe un cuadro representando la cabeza de Cristo, que por mucho tiempo ha sido la preocupación de cuantos lo veían, porque de vez en cuando la imagen abría y cerraba los ojos, sin que nadie pudiera explicarse el fenómeno. La pintura carece de todo mérito artístico, pero el mecanismo

EXIJAN Vds.
en cada PILDORA BLANCA las palabras:
DEHAUT A PARIS impresas en relieve.

Las
PILDORAS
Purgativas y D-purgativas
del Doctór
DEHAUT
se toman
al comer.

Ningún Regimen. No más Dieta.
Las menos COSTOSAS
pues que son
las más activas.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PILDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

mediante el cual tenía lugar el aparente prodigio es tan ingenioso como sencillo, aunque ya se ha practicado antes de ahora.

La imagen se pintó primero con los ojos abiertos; cuando estuvo seca la pintura, se pintaron los párpados cerrados con una capa de color sumamente tenue. Si la luz da al cuadro de frente, los ojos aparecen cerrados; pero si se ilumina el lienzo por detrás, la transparencia de la capa de pintura que simula los párpados permite ver los ojos abiertos, que han quedado pintados debajo.

Una pequeña maquinaria colocada detrás del cuadro ponía en movimiento la luz en la parte posterior del lienzo, haciéndola subir ó bajar, ó bien cambiar de posición à intervalos de tiempo más ó menos regulares, à voluntad del operador ó de quien sacase provecho de la mixtificación.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis. Exigase el verdadero nombre. Rehúse los productos similares.



J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO. **SOLUCIÓN TITULADA**. Las Grageas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. **AMPOLLAS ESTERILIZADAS** para Inyecciones Hipodérmicas.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

Medalla de ORO de la Soc. de F.ª de Paris. LABELONYE y C.ª, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

INFLUENZA RACH ANEMIA CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-NIERRO

El más poderoso Regenerador.

Frasco 5fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

LAIT ANTÉPHELIQUE

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

para ó mezclada con agua, disipa FEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Se conserve el cutis limpio y terso

St-Denis

EMPLEADO CON ÉXITO DESDE HACE MÁS DE OCHENTA AÑOS, CONTRA LAS ENFERMEDADES DEL HIGADO, DEL ESTÓMAGO, DEL CORAZÓN, GOTA, REUMATISMOS, FLEBES PALÚDICAS Y PERNICIOSAS, LA DISENTERIA, LA GRIPE ó INFLUENZA, LAS ENFERMEDADES DEL CUTIS, LAS LOMBRICES Y TODAS LAS ENFERMEDADES OCASIONADAS POR LA BILIS Y LAS FLUMAS.

Rehúse todo antifebril que no lleve la Firma PAUL GAGE.

Depósito General, Dr PAUL GAGE Hijo, F.ª de 1.ª cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias.

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTI-EMATICO

DEL DR. GUILLIE

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias Jaqueca Ciática.

CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
607

JARABE AUBERGIER

TOS CATARROS BRONQUITIS INFLUENZA INSOMNIO

Empleado con mucho éxito en los Niños.

CLIN y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F.ª G. SÉGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ACRITUD DE LA SANGRE

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL. Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO TRATAMIENTO Complementario del ASM. Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, E.ª grávida, Tuberculosis.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO TOSAS RECIENTES Y ANTIGUAS BRONQUITIS CRÓNICAS

L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

La fuerza de las hormigas

Las hormigas deben contarse entre los animales más fuertes; todo el mundo las ha visto arrastrar cosas mucho más grandes que ellas, pero nadie se había preocupado de observar hasta dónde puede llegar la desproporción entre una hormiga y su carga, hasta que lo ha hecho un naturalista.

Yendo de paseo, vió un saltamontes que parecía andar sin mover las patas; como la cosa era rara de veras, miró más de cerca y se convenció de que realmente el saltamontes no andaba; estaba muerto, y si avanzaba, era porque una hormiga lo iba arrastrando. La hormiga era muy pequeñita y el saltamontes bastante grande. Deseando conocer la diferencia de peso de los dos insectos, el obser-

vador los cogió y los pesó, encontrando que, mientras el saltamontes pesaba 190 miligramos, la hormiga no pesaba más que 3,2 miligramos. El diminuto animalito, por consiguiente, arrastraba un peso sesenta veces superior al suyo.

Para tener en la especie humana un esfuerzo equivalente, sería preciso que un hombre medianamente pesado arrastrase un peso de cuatro toneladas y media; y si se trataba de un caballo, tendría que arrastrar 36 toneladas, y esto sobre un terreno quebrado y pedregoso, pues para una hormiga, los granitos de arena deben ser como para nosotros un suelo extraordinariamente pedregoso.

La luz que calma los dolores

El doctor Minime, director del Hospital Militar Nicolás de San Petersburgo, ha descubierto que los rayos azules de la luz poseen la virtud de calmar los dolores.

Hace poco tiempo que realizó la primera aplicación práctica de su descubrimiento.

Durante una operación quirúrgica hizo proyectar sobre el enfermo un haz de rayos de luz eléctrica azul.

La operación duró veinte minutos, y el enfermo, á quien no se había administrado el cloroformo, no manifestó sentir dolor alguno.

El doctor Minime intenta con este nuevo sistema evitar el empleo del cloroformo, que tantos y tan graves inconvenientes presenta en muchos casos.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.